

española; pero más le turbó apreciar la pujanza que la economía local había adquirido en los pocos meses de ocupación británica. Suponiendo que se quedarían allí permanentemente, los ingleses abrieron la isla al comercio internacional. Esta medida dio a la agricultura un impulso sin precedentes. En cinco meses se importaron 10.700 esclavos africanos, quintuplicando el número que España permitía ingresar por año. Recuperada la isla, la Corona española se dio cuenta que no podía volver al viejo régimen restrictivo. Empezó, pues, a conceder subvenciones para la importación de máquinas de moler azúcar, cedió tierras a los inmigrantes españoles con toda liberalidad y fomentó la explotación de zonas vírgenes del interior. Producción y población esclava crecieron a ritmo vertiginoso. Los 10.000 esclavos de principios de siglo eran, cincuenta años después, 40.000, y hacia 1790, 65.000. La isla rendía, en esta época, 14.500 toneladas anuales de azúcar, cuya industria empleaba por encima de 25.000 esclavos. La producción de café se incrementó, asimismo, entrando con paso seguro en el mercado mundial. En vísperas de la rebelión haitiana de 1791, Cuba estaba por convertirse en la colonia del Caribe con mayor número de esclavos.

Al terminar el siglo XVIII, la esclavitud estaba, se ha visto, firmemente arraigada en varias regiones del imperio español y del portugués. Brasil descollaba entre ellas en todo. La esclavitud no dejó, sin embargo, de desempeñar un notable papel en las sociedades de la América española. En todas fue dejando su rastro de esclavos o de personas de color libres. En Panamá los libres de color representaban el 50 por 100 dentro de una población total de 65.000 personas; en Venezuela, que seguía importando esclavos, los libres de ascendencia negra sumaban casi 200.000, un 46 por 100 de la totalidad de pobladores; en Colombia, una cantidad aún mayor de libertos constituía casi la mitad de sus 800.000 habitantes. Esta capa sobrepasaba las 100.000 personas en Perú y en México. Brasil, con una esclavitud floreciente, reunía sin embargo, el mayor caudal, casi medio millón. Los libres de color crecían, pues, donde la esclavitud declinaba, pero también donde prosperaba.

La distribución y la importancia de la mano de obra esclava, así como la de color libre, habían quedado, hacia 1790, bien definidas en Iberoamérica. Pronto se sentirían aquí las profundas repercusiones de la revolución haitiana, primera rebelión de esclavos triunfante.

## Capítulo 5

### Esclavitud y plantación en el Caribe. Siglo XIX

La revolución francesa de 1789 repercutió de manera profunda en la dividida clase dirigente de Saint-Domingue. Esta sociedad, con el sistema de plantación azucarera más eficiente, activo y extenso del mundo, terminaría por liquidarse a sí misma. Los plantadores blancos luchaban entre sí para apoderarse del gobierno y contra los libres de color que reclamaban derechos y privilegios. Las tres colonias francesas de las Indias Occidentales fueron, en 1789, las primeras en enviar representantes a un parlamento europeo. Los amos blancos deseaban un gobierno autónomo y derechos sólo para sí, y rechazaban cualquier participación de los libres de color, entre quienes había plantadores. Con mayor razón aún descartaban a los esclavos africanos y criollos. La propia Francia se hallaba a la sazón en pleno debate acerca de las libertades básicas y no ignoraba los conflictos de la isla. Un movimiento abolicionista dirigido por los *Amis des Noirs*, asociación sumamente influyente en los círculos metropolitanos, consiguió que los Estados Generales de París concedieran, tras largas discusiones, en mayo de 1791, el derecho a votar a los libres de color de las Indias Occidentales. Aquí, los plantadores y el gobernador local, un realista, rehusaron aceptar la resolución, y estalló el conflicto.

En medio de las disputas de los diversos grupos sociales de personas libres —plantadores mulatos contra plantadores blancos, pobres de color contra europeos y criollos pobres—, los esclavos de las haciendas de los llanos del norte, corazón de la industria azucarera de la isla, se sublevaron en agosto de 1791. Tras meses de lucha feroz y sangrienta y el asesinato de dos mil blancos, más de mil plantaciones arrasadas y diez mil esclavos muertos, no quedaron allí plantadores. El combate pro-

siguió hasta 1793, cuando los esclavos se hicieron del Cap Français, último baluarte blanco en el norte; el ejército jacobino de Saint-Domingue declaró entonces una primera emancipación. La ocupación inglesa, que duró cuatro años, y un período de independencia bajo el gobierno de Toussaint sólo postergaron por algún tiempo la destrucción final del sistema de plantación. En 1800 se desmoronaron los embalses que irrigaban los llanos del sur y del oeste; siguieron los años de pelea intensa contra el ejército napoleónico que había invadido la isla con el fin de restaurar la esclavitud. En 1804, el gobierno haitiano declaró su independencia y la abolición de la esclavitud. Ese mismo año, la producción de azúcar se redujo a un tercio de la de 1791; en el decenio siguiente, Haití, la antigua Saint-Domingue, desapareció del mercado azucarero. Incluso el café, que sobrevivió la destrucción de las plantaciones, rendiría por año, durante la primera década del nuevo siglo, la mitad de la cantidad obtenida en 1791.

El mayor productor mundial de azúcar quedó, pues, fuera de juego. Saint-Domingue producía, hacia fines del decenio de 1780, el doble de su competidor más cercano, unas 86.000 toneladas anuales de azúcar mascabado y terciado, cantidad que representaba un 30 por 100 del total mundial. Su eliminación suscitó la subida de los precios internacionales. Los plantadores de Cuba y Jamaica, de Bahía y Río de Janeiro se encontraron de repente ante un mercado abierto y precios en alza, y pronto se pusieron en acción para satisfacer esta nueva demanda. Igual espaldarazo recibieron los incipientes cafetales jamaquinos, puertorriqueños, cubanos y brasileños, al perder la mitad de su producción el principal proveedor del mundo.

La rebelión haitiana no acarreó, sin embargo, consecuencias únicamente económicas. Provocó también un endurecimiento en los mecanismos de control de los esclavos. Como legado social y político de la experiencia haitiana se promulgaron de la Virginia norteamericana a Río Grande do Sul, leyes más estrictas, y se generalizaron actitudes menos tolerantes hacia las personas de color libres, amén del miedo a las rebeliones de esclavos. Aunque el temor se disipó al cabo de varios decenios, resabios amargos en leyes y actitudes tardarían más en ser superados. Los amos habían aprendido que las divisiones internas en sus filas podían llevar a la desaparición de la esclavitud. La pujante clase de plantadores de Cuba y Puerto Rico se tomó en serio la lección haitiana y prefirió permanecer leal a España, a contrapelo de otras colonias que en cambio se rebelaron. La lección no siempre fue, sin embargo, aprendida. En otras partes de la América española, el levantamiento de blancos contra la metrópoli adelantó la abolición de la esclavitud. En Venezuela, una situación a la haitiana terminó con el régimen negrero, si no aniquilado, por lo menos debilitado.

A los esclavos, la revolución de Haití les demostró que la victoria podía coronar la lucha por la libertad. Los esclavos de Saint-Domingue ganaron su emancipación con las armas, peleando contra sus amos y

contra las tropas inglesas, francesas y españolas. A los grupos de color libres de América, los derechos alcanzados por sus pares al calor de la Revolución Francesa auguraban la posibilidad de justicia e igualdad, que faltaban en las sociedades llenas de prejuicios en que vivían. Trabajadores negros y mulatos, libres o esclavos, fueron inspirados por el ejemplo de Haití, tal como sus amos y demás blancos temieron.

Las repercusiones sociales y políticas de la rebelión esclava de Haití se sentirían en América por todo el siglo; las consecuencias económicas fueron, en cambio, más inmediatas y perceptibles. La desaparición del régimen de plantación más rico y con la más densa población esclava del mundo estimularía por lo pronto la expansión de otros en varias sociedades coloniales.

Jamaica, Brasil, Cuba y Puerto Rico más que duplicaron, de 1791 a 1805, su producción de azúcar para satisfacer la acrecida demanda del mercado europeo. El azúcar de las Indias Occidentales británicas y Brasil avanzó sobre regiones del Viejo Mundo ahora abiertas y dominó, hasta casi finales de la segunda década del siglo XIX, el mercado del Atlántico norte. Un par de decenios después, Cuba, con la industria azucarera más dinámica y eficiente de la América decimonónica, sustituyó a Saint-Domingue en el orden internacional.

Desde los comienzos de la colonia, Cuba había plantado azúcar. Durante buena parte del siglo XVIII exportó moderadas cantidades. Hacia la octava década de esa centuria había alcanzado una producción relativamente importante, de unas 18.000 toneladas anuales de azúcar moreno y blanco. Terminado el primer decenio del siglo siguiente, duplicaba esa cantidad con unas 37.000 toneladas. Con un crecimiento más pausado que el de Jamaica o Brasil, sus remesas cubrían entonces apenas un modesto 12 por 100 del mercado internacional. A fines de los años veinte, las exportaciones cubanas de azúcar rozaban las 70.000 toneladas y, una década después, se equiparaban con las de Jamaica, en vísperas precisamente de la emancipación de los esclavos jamaquinos. Con mano de obra a partir de entonces libre, la colonia inglesa no pudo competir con la Gran Antilla. En 1840, Cuba se convirtió en el principal productor mundial de azúcar de caña; exportó más de 161.000 toneladas, equivalentes al 21 por 100 de la producción mundial. La cosa no paró allí. En 1870, con 702.000 toneladas y un 41 por 100 de la producción mundial, tocó techo. Su rendimiento, el máximo jamás alcanzado con régimen de esclavitud, no fue superado hasta el siglo XX.

Cuba se distinguió igualmente por una nueva exportación, la de café, producido por Brasil y Jamaica y cultivado hasta entonces en la isla únicamente para consumo local. En 1791, los franceses fugitivos de Haití, instalados en Cuba con capital, conocimientos técnicos y esclavos, pusieron en marcha las plantaciones cafetaleras. De no exportar nada en 1789, Cuba extrajo 14.000 toneladas hacia el decenio de 1810 y en el siguiente, 20.000 toneladas. En este momento, más de 2.000 cafetales empleaban unos 50.000 esclavos, tantos como las plantaciones azucareras.

En dura competencia con Jamaica, que pronto quedó rezagada, Cuba se convirtió en uno de los mayores productores del mundo. Impulsado también por la declinación del haitiano, el café brasileño, aunque con un crecimiento inicial más modesto, terminó por igualar la producción de Cuba hacia 1840.

En Cuba, la prosperidad debida al azúcar y al café impulsó un veloz crecimiento demográfico. Hubo, como era de esperar, un incremento espectacular de la inmigración y de la población esclavas. Con todo, a diferencia de procesos anteriores en el Caribe, el aumento de los esclavos no implicó la declinación de los blancos, ni la eliminación de la importante capa de color libre. Los blancos crecieron casi tanto como los esclavos; los pardos y morenos libres aumentaron menos, pero sin pausa. Los centros urbanos eran bastiones de mano de obra libre; definidos como concentraciones de 1.000 habitantes o más, congregaban hacia 1860 más de medio millón de personas. A pesar del avance de las plantaciones esclavistas, la mayor parte de las ocupaciones rurales permanecía en manos de trabajadores libres, blancos o de color. Estos predominaban en la ganadería y en la agricultura de alimentos, así como en la famosa industria tabacalera. No faltaban esclavos en vegas, estancias y sitios; pero sumaban apenas 70.000, en contraste con los 404.000 blancos y los 122.000 libres de color que allí se afanaban. La mano de obra libre preponderaba, pues, no sólo en las ciudades, sino también en las áreas rurales, donde los esclavos ascendían a sólo un tercio de la fuerza de trabajo.

Prósperas industrias agrícolas y trabajos urbanos aseguraron ocupación para la mano de obra libre. Gracias a la inmigración de blancos, la constante manumisión de esclavos y el crecimiento natural de ambos grupos no esclavos, la población libre no paró de aumentar a lo largo de los siglos XVIII y XIX. A fines de los años de 1770 residían en Cuba 44.000 esclavos, 31.000 negros y mulatos libres y 96.000 blancos. A partir de 1791, la marcha del crecimiento demográfico se acelera al compás de la economía. Los esclavos aumentan inicialmente a mayor velocidad. Los 84.000 de 1790 son, veinte años más tarde, 212.000, frente a 114.000 libres de color y 274.000 blancos. Mediada la década de 1840, sumaban 324.000, y dos decenios después llegaron a su cota más alta, 370.000. Los otros segmentos de la población no se habían quedado, empero, rezagados. Pasado 1860, los blancos constituían más de la mitad del 1,4 millón de habitantes de la isla. El segmento de color libre representaban por su parte casi dos quintos del conjunto de negros y mulatos, esclavos o no.

Por más que Cuba importó africanos hasta más tarde que cualquier otra región americana, los esclavos nunca fueron mayoría en la población. En el decenio de 1860, cuando el segmento de color alcanzaba el máximo superando las 600.000 personas, los libres y sus descendientes sumaban 233.000. En torno a 1875, los libres de color aumentaron, a consecuencia de la aplicación de las primeras leyes sobre manumisión, a 272.000, sobrepasando por primera vez el número de esclavos. Los blan-

cos excedían a la sazón el millón. Esta evolución demográfica fue similar a la experimentada por Brasil. En ambos sitios, el notable crecimiento de los libres de color coincidió con un flujo creciente de esclavos y con una rápida expansión de la población blanca debida al crecimiento natural y a la inmigración de europeos. Distinta fue la historia de las islas bajo dominio inglés o francés. Cuba y Brasil, como se verá en los últimos capítulos, difirieron también de otras regiones por lo que respecta a la vida social y cultural de sus esclavos y gentes de color. En cuanto a la organización del trabajo, ambas fueron, sin embargo, sociedades esclavistas típicas de América: esclavos y producción de exportaciones, azúcar y café en especial, eran inseparables.

En cuanto a la propiedad de esclavos, Cuba fue, en cambio, por lo que parece, distinta a otras sociedades esclavistas con abundante población libre. De los pocos datos disponibles en censos del decenio de 1850, se calcula que había a la sazón alrededor de 50.000 dueños de esclavos, de los cuales 24.000 vivían en núcleos urbanos. Suponiendo que únicamente europeos o sus descendientes criollos poseían esclavos, resultaría que sólo el 12 por 100 de los blancos urbanos y el 9 por 100 de los rurales eran propietarios de esclavos. Estas cifras contrastan con las de los Estados Unidos y Brasil, donde el número de blancos poseedores de esclavos era el doble o el triple del de Cuba. Más aún, la distribución de esclavos no era aquí nada pareja. El promedio urbano era de tres por propietario; el rural, sólo 12. Si una plantación empleaba, como término medio, 127 esclavos, y muchas hasta 200 o 400, es evidente que incluso en este restringido grupo la repartición se sesgaba marcadamente en favor de unos pocos que poseían la mayoría de los esclavos.

Las plantaciones cafetaleras y azucareras de Cuba se instalaron siguiendo, en sus inicios, el modelo de las Indias Occidentales francesas. Un ingenio corriente, compuesto por el molino y el cañaveral, usaba el triple de tierra y de esclavos que el cafetal. En 1804, los 174 ingenios existentes, que producían 22.000 toneladas anuales de azúcar, ocupaban 26.000 esclavos; en 1817, los 779 cafetales de la isla empleaban 28.000 esclavos, o sea 35 cada uno. Pocos años después en ambas industrias juntas trabajaban casi 100.000 esclavos; otros 46.000 participaban en otras empresas agrícolas y alrededor de 70.000 ejercían ocupaciones urbanas o labores sin relación con la agricultura.

El café, pese a la mayor celeridad con que conquistó inicialmente el mercado internacional, no pudo competir en Cuba con el azúcar en punto a esclavos y tierras. La producción de unos mil cafetales alcanzó, con 20.000 a 30.000 toneladas anuales, su cota más alta en el decenio de 1830. Brasil, que en 1821, apenas llegaba a las 10.000 toneladas, sobrepasó en esa fecha a la isla caribeña en el mercado mundial. Cafetales cubanos en los fértiles llanos, cuyo rendimiento se había reducido a la mitad devastados en 1844 y 1846 por huracanes tropicales, fueron invadidos por su rival, el azúcar. Este absorbió la mayor parte de la tierra y del capital.

Las plantaciones azucareras se extendieron por la costa desde La Habana rumbo al este hasta Matanzas, así como por el interior occidental de la isla. A medida que avanzaban por tierras vírgenes, arrasaron sus espléndidos bosques. Por primera vez en su historia, Cuba importó maderas, indispensables para sus ingenios. Esta época del primer auge azucarero, que abarcó de 1790 a 1830, contempló cambios espectaculares. Los franceses, al aportar las técnicas más avanzadas, renovaron la anticuada industria azucarera de Cuba. Su productividad se incrementó. Los ingenios siguieron extendiéndose. En este clima de bonanza se introdujeron también modificaciones en la organización del trabajo. Haciendas de nueva planta en la zona occidental prefirieron comprar esclavos varones jóvenes. En la fuerza de trabajo de los ingenios más grandes escasearon, pues, las mujeres, que no llegaban al 15 por 100, y quedó virtualmente eliminado el aporte de los niños. Se esperaba incrementar así el rendimiento por trabajador. Este régimen, que contradecía normas habituales de la esclavitud de plantación, redundó en una vida particularmente dura y brutal para los esclavos. Con el tiempo probó ser anti-económico, a la vez que social y políticamente inseguro. Hacia la década de 1830, con la actividad en una fase más madura, la distribución por sexo, así como la dispersión por edades volvieron más o menos a normalizarse.

Progresos tecnológicos dieron comienzo, en el decenio de 1830, a una nueva etapa del régimen de plantación azucarera, que se prolongó hasta los años de 1860. Cuba, la mayor productora mundial de azúcar de caña, sería también pionera en la modernización de su industria. En 1838 inauguró el ferrocarril, el primero en funcionar no sólo en el Caribe sino en toda América latina. Las vías férreas redujeron considerablemente los costos de transporte y relevaron de esta ocupación a una buena cantidad de esclavos; asimismo, al asegurar el transporte rápido y seguro de grandes volúmenes de caña a los ingenios, la superficie cultivada pudo expandirse. La aplicación de la energía de vapor revolucionó luego la molienda de la caña. En 1846, de los 1.422 ingenios existentes en la isla, el 20 por 100 eran movidos a vapor; en 1861, su número se había reducido a 1.365; pero el 71 por 100 de ellos empleaba esta energía.

El auge de los ingenios de vapor transformó la industria del azúcar en todos sus niveles. En 1860, el rendimiento del trapiche de vapor semimecanizado era nueve veces superior al del movido por tracción animal, viento o agua. Pero, más aún, el nuevo ingenio mecanizado producía en una zafra normal 1.176 toneladas de azúcar en promedio, o sea veinticuatro veces más que el antiguo trapiche de fuerza motriz animal. Todo ello traía aparejado un considerable aumento de la demanda de caña, lo cual a su vez implicaba una mayor demanda de mano de obra rural no calificada. En las regiones que se mecanizaban, menudeaban las plantaciones de 300 esclavos o más, aunque en el conjunto de la isla predominaban todavía, durante la primera mitad del siglo, unidades con una dotación de 120 a 150 esclavos. La necesidad de mano de obra se

hizo tan acuciante que, en el cuarto decenio del siglo, antes de la abolición de la trata, los plantadores buscaron otras soluciones e importaron cientos de indios mayas de Yucatán, esclavizados tras haberse rebelado. También trajeron los primeros de los 100.000 o más culíes chinos que en los veinte años siguientes desembarcarían en Cuba. Indios y chinos fueron de inmediato puestos a trabajar en los cañaverales codo a codo con esclavos africanos y criollos. En las mayores plantaciones fue formándose así una fuerza de trabajo variada, donde se mezclaban esclavos y enganchados. Los esclavos siguieron siendo, con todo, la mano de obra básica en la producción azucarera. En 1862 había 173.000 de ellos en los ingenios, a razón de 126 por cada uno; los chinos eran 34.000 y los indios yucatecos, 700. El centro de esta actividad seguía ocupando la región entre La Habana y Matanzas. De aquí salió el 70 por 100 de las 512.000 toneladas de azúcar obtenidas en la zafra de 1863.

La modernización suscitada por la introducción de la máquina de vapor recibe un fuerte impulso de un acontecimiento ajeno, la guerra civil. Gran número de plantadores, comerciantes y pequeños agricultores de Cuba, descontentos ante la declinación del mercado peninsular para sus exportaciones y la política cada vez más restrictiva de la metrópoli, deseaban un gobierno más autónomo para la isla. La hostilidad con que los funcionarios de la Corona reaccionaron ante las presiones de estos grupos, provocó una polarización y, finalmente, en 1868, estalló la revuelta.

Tras una lucha brutal y destructiva, conocida como la Guerra de los Diez Años, los ejércitos rebeldes fueron vencidos. La contienda tuvo, empero, graves consecuencias para la esclavitud cubana. El Oriente, zona poco desarrollada de pequeñas plantaciones, fue el centro del levantamiento. Los plantadores, ante las tropas españolas que no vacilaban en arrasar sus tierras, manumitieron en su desesperación a sus esclavos para convertirlos en soldados. Todo ello acabó en la virtual desaparición de la esclavitud de plantación y en la eliminación de ingenios tradicionales de tracción animal en esta región. El gobierno español no intentó, tras la victoria, volver a esclavizar a los manumisos. En el Oriente surgiría entonces una dinámica agricultura ejercida por campesinos de color libres que sobreviviría hasta el siglo XX.

El Occidente de la isla, zona de haciendas más extensas y más modernas, experimentó en la misma época transformaciones sustanciales, debidas a la renovación tecnológica. Los ingenios mecanizados terminaron por dejar fuera de juego a los antiguos trapiches de sangre. De los años de 1840 en adelante, la producción, siempre en aumento, se fue concentrando en un número cada vez más reducido de ingenios. A fines del 1870 casi todo el azúcar exportado provenía de ingenios mecanizados. El altísimo costo de su construcción, la mayor cantidad de caña que su funcionamiento requería y el alza del precio de los esclavos —en particular tras el cese de la trata atlántica en los primeros años de 1860—, impondría una reorganización de la propiedad y de la producción en la

industria azucarera cubana. Aparecieron entonces los *centrales*, ingenios enormes que se dedicaban sobre todo a refinar el azúcar y dejaban mayormente a cargo de pequeños plantadores independientes el cultivo de la caña. Estos, llamados colonos, constituían una nueva clase de propietarios de esclavos similar a la de *lavradores de caña* existente en Brasil tiempo atrás. Los colonos carecían de trapiche propio y con frecuencia arrendaban la tierra que cultivaban con mano de obra esclava y enganchada. Los centrales ajustaban contratos para moler la caña producida por ellos. Los cubanos habían empezado, por ende, a reorganizar la mano de obra y a ensayar nuevas formas de propiedad de tierras e ingenios tiempo antes de la abolición de la esclavitud.

Durante este período de auge y cambios en el sector azucarero, la esclavitud de Cuba no estaba centrada en el cañaveral. Humboldt calculó, en la segunda década del siglo XIX, que sólo el 25 por 100 de los 260.000 esclavos de la isla estaba a la sazón vinculado con el azúcar y que cafetales e ingenios sumaban apenas unos 100.000. En los decenios siguientes, con unos 150.000 en las plantaciones azucareras, la proporción de esclavos allí alcanzó su máximo, un 40 por 100. Otro 20 a 30 por 100 en zonas rurales se empleaba en cambio en pequeñas unidades de unos pocos esclavos cada una. Trabajaban en una variedad de actividades, los cafetales incluidos. Alrededor de La Habana se los hallaba ocupados en labranzas que abastecían el mercado local.

La vida de los esclavos urbanos de Cuba era aún más diversa que la de sus pares en las plantaciones. A lo largo del siglo XIX trabajaron en las ciudades entre la mitad y dos tercios de la cantidad de esclavos activos en la industria azucarera. En La Habana, el centro más importante, el censo de 1811 registró 28.000; un tercio del total de esclavos de la isla vivía entonces en núcleos urbanos. En 1861, cuando La Habana tenía 180.000 habitantes, la proporción de esclavos urbanos había bajado a un poco más de la quinta parte del total de los de su clase; vivían en ciudades 76.000, junto a 120.000 libres de color. Los esclavos desempeñaron aquí las mismas tareas que sus congéneres de Lima siglos antes. La propiedad de esclavos estaba muy difundida entre los habitantes de las ciudades. A menudo los amos permitían a sus esclavos vivir y trabajar fuera de la casa a cambio de una renta estipulada. Entre la multitud de trabajadores de color libres, ejercían múltiples ocupaciones, calificadas o no, a la vez que proveían para su propio sustento, vivienda y actividades sociales. Iban desde prostitutas y vendedores ambulantes hasta albañiles o carpinteros. Figuraban como empleados en comercios grandes o pequeños. Como estibadores en el puesto de La Habana cargaban los millones de cajas de azúcar remitidas a Europa y los Estados Unidos. Los domésticos, que servían en cualquier casa de ingresos moderados para arriba, solían estar sometidos a mayor sujeción dentro de la atmósfera relajada y abierta de la esclavitud urbana.

Aunque el ingenio gigantesco dominara la vida económica, política y social de la colonia, nunca llegó a absorber a la mayoría de los esclavos

ni de las personas de color libres de la isla. Los esclavos de Cuba constituyeron una población de tamaño moderado si se la compara con la de los Estados Unidos o Brasil o, incluso, con la de Saint-Domingue. Al alcanzar su máximo eran 370.000, en un total de más de medio millón de negros y mulatos. Sin embargo, Cuba, junto con los Estados Unidos y Brasil, tendría uno de los regímenes de plantación más dinámicos del siglo XIX, tanto que quedaría como paradigma.

El desarrollo de Puerto Rico, segundo centro de producción del Caribe español, siguió en buena medida los pasos de Cuba. La isla había poseído, desde su conquista en el siglo XVI, algunos esclavos, una minoría dentro de la población total. En sus inicios, dominó allí una minería de oro que empleó mano de obra esclava local, la de los indios arawak. Agotados los yacimientos auríferos, Puerto Rico se dedicó, durante el siglo XVII, a la ganadería y a la agricultura. Practicadas por pequeños campesinos, su producción se destinaba sobre todo a abastecer San Juan, centro defensivo fortificado. En el siglo siguiente, la isla empezó a exportar café, azúcar y tabaco, que se sumaron a las remesas tradicionales de cuero y madera. La producción de todos estos géneros corría a cargo de una mayoría de campesinos libres. La prosperidad del sector exportador suscitó un inusitado crecimiento de la población. Desde primeros de siglo, ésta aumentó, descontados los aportes inmigratorios, a más del 2 por 100 anual.

La producción de exportaciones no duró mucho tiempo en manos de campesinos libres. El colapso de Saint-Domingue en 1791 impulsó en Puerto Rico, con excelentes terrenos y clima ideal, la producción masiva de azúcar. Veinte años después de la revolución haitiana, prosperaba ésta conforme al modelo clásico caribeño en plantaciones dotadas de mano de obra esclava. El sector de agricultura de subsistencia se refugió tierra adentro. En 1830, ocupada ya la mayor parte de la franja costera por plantaciones de azúcar, café y tabaco, la superficie dedicada en el interior a la agricultura de subsistencia seguía duplicando la de los cultivos comerciales. Que ese amplio sector de campesinos libres persistiera e incluso participara en la producción de géneros exportables distingue a Puerto Rico de otras economías plantadoras del Caribe. En Cuba, en especial en el Oriente, sobrevivió también un campesinado libre; pero éste quedó al margen del desarrollo ocurrido en el siglo XIX. En Puerto Rico, por el contrario, protegido por la naturaleza montañosa de la región central, prosperó. La existencia de estos campesinos libres explica por qué la esclavitud, aunque mano de obra mayoritaria en la producción azucarera, no lo fue dentro de la agricultura en general.

Otras características singularizaron, asimismo, a Puerto Rico. En Cuba y en Saint-Domingue, sus vastas llanuras favorecieron la constitución de grandes haciendas. La caña de azúcar se cultivó en Puerto Rico en Ponce, Mayaguez y Guayamo, en fajas costeras relativamente angostas que dependían de la irrigación para el agua. Las condiciones del te-

rreno limitaron, pues, el tamaño de las plantaciones y, en consecuencia, el número de trabajadores empleados por unidad.

A pesar de tales constreñimientos, la industria azucarera tuvo un despegue sorprendente para un Puerto Rico que en 1827 contaba con una población de menos de 300.000 almas. Las exportaciones de azúcar treparon de 2.000 toneladas a fines del segundo decenio del siglo XIX a 16.000 a mediados de la década siguiente. En el mismo período el café subió de 3.000 a 6.000 toneladas. Antes de 1830 Puerto Rico era, pues, un respetable productor mundial de ambos artículos, así como de tabaco. Mediados los años treinta, la producción azucarera puertorriqueña alcanzó las 19.000 toneladas anuales y, al final del decenio, casi duplicó esa cantidad con 36.000 toneladas, un tercio de la cubana. Diez años más tarde se aproximó a las 48.000 toneladas, con las cuales Puerto Rico quedó incorporado en las filas de los principales productores mundiales de azúcar de caña. Suplía entonces el 22 por 100 de las importaciones de los Estados Unidos y el 9 por 100 del mercado británico, recientemente abierto. En 1870 alcanzó su cota máxima con 100.000 toneladas, que representaban el 7 por 100 de la producción mundial anual. Sin embargo, la creciente competencia del azúcar de remolacha le fue cerrando a mediados de siglo el mercado europeo, mientras que Louisiana y Cuba le desplazaban en los Estados Unidos. La Gran Antilla, ante los elevados aranceles impuestos a las importaciones de azúcar blanco, incrementó sus remesas del moreno, con lo que afectaba a Puerto Rico, en cuya producción prevalecía el mascabado. Hacia 1880 la industria azucarera de Puerto Rico se hallaba en franca declinación, agudizada por la emancipación de los esclavos proclamada por leyes de 1870 y 1873. El número de plantaciones dedicadas a este cultivo se redujo a la mitad de las existentes diez años atrás. La historia de la esclavitud y la del azúcar estuvieron, pues, íntimamente ligadas en la isla; la abolición de la trata coincidió con el derrumbe de la industria.

A Puerto Rico se le había otorgado, en 1789, el mismo derecho de importar libremente esclavos que a Cuba. La lentitud inicial de la expansión del azúcar no dio lugar, empero, a un crecimiento apreciable de la población esclava. Hacia 1815 había allí sólo 19.000 personas de esta condición. Liberalizada luego la economía por la Corona española en su intento por retener la isla, a lo que se sumaron los efectos del derrumbe haitiano, la producción azucarera y la esclavitud tomaron impulso. Los esclavos empezaron a crecer a una tasa anual del 4 por 100, gracias, ante todo, al flujo continuo de africanos. En 1828, la población esclava de la isla sumaba ya 32.000 personas; en 1834 subió con 42.000 a su punto más alto. Mediado el decenio de 1840, la trata atlántica quedó, por presión de los ingleses, totalmente cerrada para Puerto Rico, veinte años antes que para Cuba, a pesar de lo cual la producción azucarera siguió aumentando. El número de trabajadores esclavos se mantuvo, sin embargo, invariable hasta comienzos de la emancipación, en 1870. Dada la constante pérdida de esclavos por manumisión, cabe pensar que

el grupo había alcanzado, antes de la abolición, una tasa de crecimiento natural suficiente como para mantenerse por tres decenios sin disminuir. Puesto que, de todos modos, la población libre crecía a una tasa anual por encima del 2 por 100, la proporción de esclavos en el total de habitantes bajó del 12 por 100 a un 9 por 100 en vísperas de la abolición.

La cantidad de 42.000 esclavos en 1834 era baja en comparación con las de otras sociedades del Caribe. La existencia a la vez de una amplia población libre de 317.000 personas (de las cuales dos quintos eran de color) implicaba, por un lado, que muchas de las tareas que en Cuba o en las Indias Occidentales francesas desempeñaban esclavos, corrían en Puerto Rico a cargo de asalariados libres. También significaba que el azúcar empleaba una altísima proporción, de dos tercios a tres cuartos, de la mano de obra esclava. Pese a esta concentración de esclavos en la actividad azucarera, su trabajo hubo de ser complementado con el de una mano de obra libre.

La economía azucarera de Puerto Rico difirió, pues, en algunos aspectos del modelo corriente en el Caribe. El tamaño de la hacienda azucarera puertorriqueña y de su fuerza de trabajo fueron menores que en otras colonias. Desde su nacimiento hasta su desaparición, la industria usó mano de obra libre junto con la esclava, fenómeno que en el resto del Caribe ocurrió sólo hacia la época de la emancipación de esclavos. Por ejemplo, en Ponce, principal zona azucarera, en 1845, a unos 40 esclavos por hacienda —promedio común también en el resto de la isla—, se agregaban, como término medio, unos nueve jornaleros. El tamaño medio de cada hacienda era de 24 hectáreas, en vez de las 81 a 121 típicas de otras antillanas. Las plantaciones de Puerto Rico estuvieron, con todo, plenamente integradas en el mercado mundial; su productividad fue alta. También lo fue la de las granjas menores, que gracias a ello pudieron perdurar.

Cuando a mediados del siglo XIX aumentaron en Puerto Rico la producción y la cantidad de haciendas y se estancó el número de esclavos, se recurrió evidentemente más a los jornaleros. La mano de obra predominante en las plantaciones siguió, con todo, siendo la esclava. En el decenio de 1840, al cerrarse el tráfico negrero pero proseguir la prosperidad azucarera, los plantadores consiguieron la aprobación de las primeras leyes contra la vagancia a fin de forzar a los trabajadores libres a emplearse, en lo que no tuvieron mucho éxito. La solución fue más bien ofrecer mejores salarios a los jornaleros e intensificar la mecanización de la agricultura. La limitada extensión de los terrenos irrigados y arables disponibles tornaba la instalación de ingenios mecanizados en un negocio muy costoso. Estos proliferaron, sin embargo, entre 1850 y 1870. La clase de los plantadores quedó así trabada por una iniciativa demasiado cara y, como tal, poco eficiente, y no pudo aguantar la crisis posterior a 1870. La combinación de diversos factores —falta de cumplimiento en el pago de las compensaciones prometidas por los esclavos emancipados, inversiones desmedidas en la mecanización y pro-

ducción excedente de azúcar en el mercado mundial—acabó con la industria azucarera de Puerto Rico en el último cuarto de siglo. Las exportaciones de la isla viraron hacia el café; su economía, menos dependiente entonces de los Estados Unidos, volvió a integrarse con España.

La evolución de la esclavitud y del azúcar en las islas bajo dominio francés, Martinica y Guadalupe, no se diferenció mucho de la de Cuba y Puerto Rico. Al comienzo, sin embargo, las repercusiones de la evolución haitiana acarrearón agitaciones y levantamientos entre los esclavos de ambas islas. Mientras en otras colonias la eliminación de Saint-Domingue del mercado movió a incrementar la producción de azúcar y desarrollar nuevos cultivos comerciales, como el café, no ocurrió igual en las posesiones francesas. En Martinica y Guadalupe, las plantaciones, *habitations* como se las llamaba, de azúcar, café, algodón y añil padecieron revueltas laborales, pérdida de capitales y una crisis general desencadenada por los movimientos revolucionarios de Francia y Haití. La invasión inglesa al final de las guerras napoleónicas restableció el orden en ambas islas.

En 1789, las posesiones francesas en el Caribe sumaban casi 170.000 esclavos; el mayor número, unos 89.000, residía en Guadalupe. Durante el período de intranquilidad que siguió, la importación de esclavos cesó por completo y la producción cayó abruptamente. En 1794, la Asamblea francesa abolió la esclavitud y la trata negrera. La medida sólo pudo imponerse en Guadalupe, porque Martinica había caído en poder de los ingleses. En la primera vino en realidad tras una rebelión de esclavos que en alianza con los franceses expulsaron de la isla a los ingleses. De 1794 a 1802, negros y mulatos intervinieron activamente en la economía de Guadalupe; incluso se intentó relanzar las plantaciones azucareras, faltas de su mano de obra tradicional, alquilando antiguos esclavos. Libertos y libres de color formaban parte de las tropas y hasta se estableció un gobierno provisional encabezado por Pélage, un antiguo esclavo mulato. Pero Napoleón no estaba dispuesto a aguantar a un Pélage o un Toussaint. En 1802 desembarca en Guadalupe un nuevo ejército francés que, contra la encarnizada oposición de los esclavos liberados, reinstala la esclavitud y el tráfico negrero. Los sucesos de Guadalupe persuadieron a Toussaint, en Haití, a romper finalmente con sus aliados franceses.

Al concluir, en 1815, las guerras coloniales entre Gran Bretaña y Francia, Martinica y Guadalupe, devueltas a su metrópoli, volvieron a prosperar. Con la restauración de los Borbones, de 1815 a 1830, se reanudó la trata, minoraron las manumisiones y resucitó la industria azucarera. A comienzos del decenio de 1820, ambas islas superaron, con 20.000 toneladas anuales cada una, los niveles de producción alcanzados antes de la revolución. La mano de obra se expandió, sobre todo en Guadalupe, más dinámica, donde la población esclava alcanzó la cifra de 100.000. En vísperas de la abolición definitiva del tráfico francés de africanos en 1831, entre ambas sumaban alrededor de 180.000 esclavos

y producían 70.000 toneladas de azúcar de caña, cantidad que las colocaba entre los principales productores del mundo.

Diversos cambios ocurridos en el mercado mundial habían alterado además los esquemas de producción de estas islas. Algodón, café y añil, exportaciones importantes en los años de 1780, declinaron abruptamente en el siglo XIX. Más tierras y más esclavos se consagraron entonces al azúcar. Hacia 1830, más de la mitad del suelo cultivable de Guadalupe estaba cubierto por cañaverales y alrededor del 42 por 100 de los esclavos trabajaban allí. El número de las plantaciones aumentó; el tamaño medio de la fuerza de trabajo se redujo en comparación con el período prerrevolucionario. De 112 esclavos que había entonces en una *habitation* azucarera típica, quedaban, hacia 1830, 79. El café había declinado de más de 3.000 toneladas anuales exportadas hacia 1780 a menos de 1.000 medio siglo después, cuando absorbía, con 18 esclavos por cafetal, menos del 9 por 100 de la fuerza de trabajo esclava.

El curso de la esclavitud en las islas cambió repentinamente con el establecimiento de la Monarquía de Julio en Francia. En 1831 se dispuso el cese definitivo de la trata restaurada por Napoleón y abolida sin éxito en 1818; al año siguiente se anularon todas las restricciones aplicadas a la manumisión y se concedieron plenos derechos como ciudadanos a las personas de color libres. Cerrado el tráfico negrero y multiplicadas las manumisiones, el número de esclavos descendió. En el decenio de 1780 residían en estas colonias 8.000 libertos. Medio siglo después, su número subió a 25.000 a consecuencia de guerras y rebeliones; en la década de 1840, a 72.000. En ese momento, con 161.000 esclavos todavía en las islas, los libres de color representaban casi un tercio del total de población no blanca.

El declinar del estrato esclavo y el incremento de los libres indican que los plantadores hubieron de ensayar otras formas de reclutamiento de mano de obra antes de la extinción de la esclavitud en 1848. Aunque el esclavo siguió siendo el componente básico de la plantación azucarera hasta el fin, se hicieron ensayos con mano de obra libre, con contratos de jornal o aparcería, antes de que llegara, a mediados de siglo, la entrada por enganche de trabajadores de las Indias Orientales o incluso de africanos.

Por más que la economía de Martinica y Guadalupe padeciera una nueva sacudida tras la emancipación definitiva en 1848, la adopción por Francia de aranceles preferenciales en favor del azúcar de sus colonias permitió a la producción de las islas sobrellevar airosamente las crisis decimonónicas. El régimen francés de plantación azucarera estrenado en el siglo XVIII consiguió, pues, sobrevivir a los trastornos desencadenados por dos revoluciones —la de la metrópoli y la haitiana—, la invasión inglesa e incluso la emancipación de los esclavos. Más aún, en el tercer cuarto del siglo se mostraría fuerte y capaz de renovarse al adoptar, primera región en el mundo, el sistema moderno de producción azucarera con un único ingenio central, la *usine*.

Por más que el azúcar señoreara en las Antillas francesas, al surgir, a partir de 1794, la clase de los libres de color, las relaciones entre colonias y metrópoli se modificaron. Negros y mulatos libres pronto constituyeron, como en Jamaica, un estrato considerable de propietarios de pequeñas fincas que abastecían de víveres los mercados locales. Al tener que defender sus derechos constantemente amenazados, lo que hicieron una y otra vez con las armas en la mano, los libres de color pasaron a ser en las islas francesas un grupo mejor organizado y políticamente más consciente que los de otras sociedades caribeñas antes de que la esclavitud fuera abolida. Su participación fue decisiva en las agitaciones en pro de la abolición y de la igualdad de las personas sin distinción de color o clase. Extinguida la esclavitud, el grupo ganó rápidamente el control político de las islas, a la vez que dominaba la representación en la Asamblea francesa de París. Pese a su escaso número, los libres de color desempeñaron, hacia 1780 en Saint-Domingue y entre 1790 y 1850 en otras islas, una función fundamental en la liberación propia y en la emancipación de los esclavos.

La trayectoria económica de las Indias Occidentales francesas después de 1791 fue distinta a la de las islas españolas. Distraídas por los levantamientos de Haití y los conflictos internacionales entre las grandes potencias, tardaron en reaccionar a los cambios acaecidos en el mercado internacional. Al final disfrutaron, sin embargo, como Cuba, de una nueva expansión durante el siglo XIX, transformaron su organización industrial y buscaron nuevas maneras de reclutar mano de obra. En Puerto Rico, la plantación no aguantó en cambio el embate de la extinción de la esclavitud.

## Capítulo 6

### Esclavitud y plantación en Brasil y en las Guayanas. Siglo XIX

La revolución haitiana afectaría no sólo las sociedades caribeñas vecinas. Sus consecuencias se sentirían también en ese vórtice de esclavitud que era Brasil, así como en las pequeñas colonias europeas del nordeste de Sudamérica. La desaparición del principal productor de azúcar y de café del mundo a partir de 1791 dio renovado impulso en estas regiones al régimen de plantación esclavista.

Para España, Cuba y Puerto Rico tuvieron que producir azúcar y también abastecer las colonias del continente. En ambas islas desembarcó un flujo constante y copioso de esclavos hasta mediados del siglo XIX. Pocos llegaron, en cambio, a Tierra Firme española después de 1800. Las industrias azucareras de Perú y México siguieron volcándose casi exclusivamente al mercado local e incluso perdieron terreno ante las importaciones cubanas y puertorriqueñas. El cultivo de cacao y de añil así como la minería del continente o bien se estancaron o bien pasaron a emplear trabajadores libres. Negros y mulatos esclavos se concentraron en las ciudades y en las industrias allí localizadas. Este tipo de esclavitud no era sensible a los cambios que pudieran ocurrir en los mercados internacionales.

Un crecimiento al estilo del Caribe tendría lugar en la mitad oriental de América del Sur. Brasil se pondría sin duda a la cabeza en el siglo XIX. Antes de 1791 era la región americana con mayor cantidad de esclavos. Aunque este título le sería arrebatado por los Estados Unidos decenios después, la población esclava brasileña siguió aumentando, más que nada gracias a la abundante importación de africanos hasta 1850. El colapso de Haití sobrevino oportunamente cuando Brasil atravesaba una de sus clásicas crisis de exportaciones. A finales del si-

glo XVIII se había derrumbado la minería del oro y de diamantes, y la actividad azucarera sufría la competencia de los pujantes productores franceses e ingleses de las Indias Occidentales.

La consecuencia inmediata de la eliminación de Saint-Domingue fue revivir los viejos sectores, como el del azúcar y el del algodón. En diez años, la producción azucarera sobrepasó su antigua cota de 15.000 a 20.000 toneladas anuales cuando los precios y la demanda iniciaban una escalada secular. El antiguo sistema de plantación se intensificó en el Nordeste, aumentando el número de haciendas y de esclavos; pero también cobraron impulso formas más avanzadas. La demanda europea, e incluso la norteamericana, crecía de manera tal que Brasil se encontró compitiendo otra vez en el mercado mundial. Confinado durante la mayor parte del siglo XVIII a Portugal y al Mediterráneo, el azúcar brasileño volvió a penetrar mercados de la Europa central y norte. Con una producción en multiplicación veloz, Brasil recobró su puesto entre los primeros productores; en 1805 contribuyó con un 15 por 100 al total mundial de azúcar.

El crecimiento más notorio de la industria acaeció en el Nordeste, encabezado por Bahía y Pernambuco. El cultivo, la variedad Otahiti de caña, introducido como en Cuba en esta época, fue la única renovación. La energía a vapor no se adoptaría hasta bien avanzado el siglo XIX. En realidad, el rendimiento medio por ingenio se mantuvo en Bahía, zona azucarera por excelencia, sin grandes cambios. La producción aumentó al explotarse tierras más allá del famoso Reconcovo y al multiplicarse los ingenios. El mercado nacional, en constante expansión, sirvió para paliar los efectos de súbitas caídas en los precios mundiales. El Nordeste respondió a los altibajos del comercio internacional expandiendo o contrayendo alternativamente la frontera del azúcar.

Mientras el mercado fue propicio, las exportaciones escalaron. Pasado 1820, la producción nacional alcanzó las 40.000 toneladas anuales; en el decenio siguiente, las 70.000; diez años después trepó hasta las 100.000, cifra que mantuvo por dos décadas mientras los precios mundiales sufrían las consecuencias del ingreso del azúcar de remolacha en el mercado europeo. Con valores nuevamente favorables, la marcha ascendente se reinició; en los años de 1870, la producción brasileña rondó un promedio de 168.000 toneladas anuales y, en el último decenio de esclavitud, sobrepasó las 200.000. Si bien Cuba había tomado la delantera ya a comienzos del siglo, Brasil ganó el segundo puesto en la carrera de la producción cuando la emancipación desbarató la de las Indias Occidentales inglesas. Al empezar la década de 1880, la producción brasileña, la mitad de la de Cuba, equivalía a un quinto del total de América y de un 13 por 100 de las exportaciones mundiales.

El aumento de la producción entre 1791 y 1820 se debió, ya se dijo, a la multiplicación de los ingenios y a la expansión de la superficie cultivada. Bahía duplicó sus molinos, superando los 500, e incrementó el número de esclavos hasta llegar casi a los 150.000. Exportaba entonces

unas 20.000 toneladas de azúcar, casi la mitad de las remesas brasileñas. En los años siguientes, aminorada la marcha, la industria bahiana produjo sólo unas 30.000 toneladas en los años de 1840, quedando rezagada frente a Pernambuco. Por más que Bahía resurgiera en el último cuarto de siglo gracias a importantes inversiones de capital que le permitirían introducir máquinas de vapor en tres cuartas partes de sus ingenios, no logró, sin embargo, volver a adelantar a Pernambuco.

El crecimiento de Pernambuco en el siglo XIX se había iniciado antes gracias a la política de Pombal. La provincia había quedado capacitada para reaccionar con presteza al alza de los precios del azúcar que sobrevendría a partir de 1791. En las zonas tradicionales de cultivo, así como en la frontera, aumentaron los ingenios; al mismo tiempo, el tráfico negrero se intensificó y la población esclava rondaba los 100.000 en la segunda década del siglo XIX. La producción azucarera creció hasta sobrepasar la de Bahía a mediados de siglo. Hacia 1885, producía más de 100.000 toneladas, o sea casi la mitad de las exportaciones brasileñas de azúcar. Este incremento tuvo lugar con una población esclava en continuo declive. En los años de 1850, al cerrarse la trata, Pernambuco contaba con 145.000 esclavos; el censo de 1872 enumeró allí 106.000; en el decenio siguiente eran 85.000. El aumento de los grupos de color libres compensó con creces esta declinación, provocada en parte por la venta de esclavos a los cafetales del sur. Ya en la década de 1850, las plantaciones del distrito azucarero más rico de Pernambuco empleaban un promedio de 70 esclavos y de 49 trabajadores asalariados cada una. La proporción de éstos creció por cierto cuando al adoptarse la energía de vapor se incrementó la producción por trabajador. Hacia los años de 1870, no más de 40.000 esclavos permanecían en los cañaverales de esa zona de Pernambuco.

Este período presenció el desarrollo también espectacular de Río de Janeiro. La industria, instalada alrededor de la bahía de Guanabara y en las tierras bajas de Campos en el interior contribuían, en 1808, con un quinto a la producción azucarera de Brasil. Hacia 1820, la provincia albergaba más de 170.000 esclavos, de ellos unos 20.000 ocupados en sus 400 haciendas azucareras. Estas, aunque empleaban la misma tecnología que las nordestinas, eran de tamaño menor. Un ingenio típico de Campos poseía, a fines del siglo XVIII, alrededor de 40 esclavos, por más que hubiera alguno con 200. La producción, estable hasta entonces, rondaba las 10.000 toneladas en el segundo decenio del siglo XIX. Veinte años después, la industria cobró bríos. El tamaño de las haciendas se expandió hasta aproximarse al de las nordestinas y, en el decenio de 1850, de los 360 ingenios de Campos, había 56 movidos a vapor. Aunque en la provincia la mayoría de los esclavos desempeñaban labores agrícolas ajenas al azúcar, Campos fue, hasta vísperas de la abolición, el distrito que contó con más trabajadores de esta condición. La totalidad de las plantaciones azucareras de Río de Janeiro ocupaban en-

tonces entre 35.000 y 40.000; su producción se situaba detrás de la de Bahía.

Una última región brasileña, la capitanía de São Paulo, empezó, asimismo, a sobresalir como productora y exportadora de azúcar. Lo cultivaba en regiones costeras próximas a Santos y en tierras dedicadas antes a una agricultura diversificada alrededor de la ciudad de São Paulo. Por más que no consiguiera superar el cuarto puesto en la producción nacional, a la que aportaba más de un 5 por 100, esta actividad fue de suma importancia para la capitanía. Incluso cuando en esta etapa temprana su producción apenas alcanzaba las 1.000 toneladas, el azúcar representaba más de la mitad del valor total de sus exportaciones. En los años de 1820, con una producción entre 5.000 y 10.000 toneladas, pasó a ser éste el rubro principal. De los 50.000 esclavos de la provincia, las haciendas azucareras ocupaban unos 12.000. La extracción de azúcar subió a fines del decenio de 1840, cuando unos 20.000 esclavos producían poco menos de 9.000 toneladas y, además, grandes cantidades de cachaza. Este aguardiente de caña dio especial renombre a São Paulo y Río de Janeiro, en particular en el comercio negrero con África.

Este desarrollo no transcurrió sin problemas. Brasil no fue la única nación en reaccionar ante la desaparición de Saint-Domingue del mercado. Otros productores americanos contendieron en él, incluidos los Estados Unidos, Cuba y Puerto Rico. Hasta Perú y México empezaron a exportar también algún azúcar que producían con trabajadores enganchados en China y en la India en la segunda mitad del siglo XIX. Asia también compitió. Franceses e ingleses produjeron grandes cantidades en sus islas del océano Índico con esclavos africanos; en India, Java y, más tarde, las Filipinas, se recurrió en cambio a mano de obra libre. La pujante industria cubana fue, sin embargo, la que más afectó, según se ha dicho, a los precios del mercado europeo. Graves consecuencias trajo asimismo la difusión del azúcar de remolacha de Europa. Brasil tampoco pudo encontrar una alternativa en los Estados Unidos, cubierto su consumo por el azúcar de Louisiana, Cuba y Puerto Rico.

Estas dificultades aquejaron, sobre todo, a las regiones del Nordeste brasileño, ya que Río de Janeiro y São Paulo no habían apostado por entero sobre el azúcar y habían procurado desarrollar nuevas exportaciones. En realidad, la actividad que más se transformó en Brasil por causa de los sucesos haitianos no fue la azucarera, sino la cafetalera. Producido en Brasil desde principios del siglo XVIII, el café era un renglón de exportación en progresiva expansión. La reducción de la producción haitiana a la mitad y la creciente demanda en los mercados de Europa y Norteamérica infundieron renovado ímpetu a la actividad. El café, más que otros cultivos, caracterizaría la esclavitud brasileña del siglo XIX.

El desarrollo del café en Brasil llama la atención por lo tardío de su arranque, la rapidez con que dominó el mercado mundial y su concentración en pocas zonas del vasto territorio del país. Al revés de lo

ocurrido con el azúcar, los brasileños aprendieron de las Antillas. Los plantadores de Río de Janeiro, zona del primer desarrollo de esta actividad, tomaron las técnicas para producir café a escala comercial primero de Saint-Domingue y después de Cuba. Esto ocurrió sobre todo a partir de la subida de precios generada, alrededor de 1815, por la creciente demanda europea y norteamericana.

Antes de la conclusión de las guerras napoleónicas, la producción cafetalera era insignificante; hasta 1821 los plantadores de Río de Janeiro no alcanzaban a exportar 7.000 toneladas, cantidad que representaba un tercio de la producida por Cuba y Puerto Rico y que estaba muy lejos de las 42.000 de Saint-Domingue de 1791. Dentro de la provincia misma, el café ni siquiera había logrado todavía desplazar al azúcar como principal rubro de exportación. En 1831, las remesas brasileñas de café rebasaron por vez primera las de azúcar y su volumen superó el récord establecido por Saint-Domingue. Tres o cuatro años después, Brasil producía el doble de Cuba y Puerto Rico juntos, convirtiéndose en el mayor productor mundial. En los años de 1840, llegó en su escalada a las 100.000 toneladas anuales, cantidad que más que duplicó en la década siguiente.

Típico cultivo de plantación esclavista, el vertiginoso crecimiento del café en Río de Janeiro, Minas Gerais y São Paulo impulsó la entrada de africanos. Como toda economía plantadora de esclavitud, el cafetal avanzó constantemente sobre tierras nuevas de fronteras. Su productividad dependía de la disponibilidad de suelos vírgenes. A falta de fertilización, el agotamiento de la tierra obligaba a una expansión continua. De 1820 a 1870, los valles centrales de Río de Janeiro, entre los que destacaba Vassouras, constituyeron el centro de explotación cafetalera. Desde allí, el cafetal se propagó hacia el oeste, ocupando la zona sudeste de Minas Gerais, cuya economía se reanimó gracias al azúcar primero y al café después. Tan rápido fue el progreso aquí que, en el decenio de 1860, Minas Gerais, produciendo más de un quinto del total exportado, desplazó por un tiempo a São Paulo como segundo productor del país. Durante los años sesenta y setenta el café ganó terreno también en Río de Janeiro, todavía puntero en la producción. En el decenio de 1880, cercano el fin de la esclavitud, la frontera del café llegó por fin al planalto occidental de São Paulo y a tierras antes azucareras, como Campinas. La abolición de la esclavitud no impidió el avance del cafetal más al sur de São Paulo, hasta Paraná.

En la región costera de Río de Janeiro, el café se cultivó al principio en haciendas relativamente pequeñas. Una *fazenda* típica de comienzos del siglo XIX contenía alrededor de 40.000 cafetos y unos 30 esclavos. Los cafetos empezaban a dar fruto a los tres o cuatro años de plantados y duraban en producción unos treinta años, con grandes variaciones anuales. Los contemporáneos estimaban entonces que un esclavo adulto podía cuidar unos dos mil cafetos recién plantados o

antes de dar fruto, y hasta mil de los adultos. Mil árboles rendían entre media y una tonelada de granos, según la calidad del suelo.

La necesidad de tierras vírgenes empujó a los cafetales tierra adentro. En los valles del interior fluminense, que habían estado cubiertos por bosques espesos y suelos excelentes, los cafetos alcanzaban en los primeros quince años un rendimiento elevado. Pero, la erosión de la tierra, privada del bosque y mal trabajada, disminuía al cabo de unos años la productividad de los plantíos. Rápidos ciclos de prosperidad y quiebra caracterizaron el café en estos primerizos centros de producción. El desarrollo cafetero de Vassouras, distrito central del valle de Paraíba en el interior de Río de Janeiro, es típico de esta primera época. Colonizado desde 1790, Vassouras no montó haciendas cafetaleras hasta el decenio de 1820. La riqueza del suelo, los elevados precios en el mercado europeo y la disponibilidad de capital, así como de mano de obra, permitieron el desarrollo allí de un nuevo tipo de plantación. Surgieron entonces grandes haciendas con incluso 400.000 a 500.000 cafetos, que atendían 300 a 400 esclavos. Más corriente era, sin embargo, el cafetal con una dotación de 70 a 100 esclavos. Esta, de cualquier modo, duplicaba o más el tamaño medio de la antillana aún en el siglo XIX.

Con el tiempo, la productividad de los esclavos mejoró a medida que se ocupaban tierras de rendimiento más duradero en los planaltos y se ganaba experiencia en el cultivo. A mediados de la centuria se calculaba que un esclavo podía cuidar de más de 3.500 cafetos adultos y producir entre diecisiete y veinte sacos de café, de sesenta kilos cada uno. Antes de la inauguración del ferrocarril, los costos de transporte absorbían buena parte del precio final del producto; una tercera parte, por lo menos, de la fuerza de trabajo esclava de una hacienda estaba ocupada de modo permanente en trasladar a lomo de mula el café a los puertos. El ferrocarril eliminó las recuas de mulas; éstas fueron reemplazadas por carros tirados por bueyes que conducían el café hasta el empalme más próximo. Estas innovaciones redujeron los costos; pero poco cambiaron la vida en las plantaciones. Registros de haciendas de la provincia de Río de Janeiro muestran que los esclavos que trabajaban en el cafetal nunca sobrepasaron el 58 por 100 del plantel de una hacienda. Organizados en cuadrillas vigiladas por un esclavo o por un capataz blanco, los esclavos plantaban, escardaban y cosechaban. Tal como en los cañaverales del Caribe y del propio Brasil, las mujeres eran mayoría en las cuadrillas. En el café, como en el azúcar, las ocupaciones calificadas se reservaban a hombres. Con abundancia de trabajadores libres, negros y blancos, éstos eran empleados para talar y limpiar la selva virgen, labores pesadas que en el Caribe francés o inglés efectuaban esclavos varones.

Río de Janeiro fue hasta 1870 la zona productora más importante. No sorprende, pues, encontrar allí, diez años antes, unos 100.000 de un total de 250.000 esclavos al servicio del café; la cifra subió, probablemente, a 129.000 en el decenio siguiente. Cafetales y esclavos no

permanecían fijos en las zonas de explotación tradicionales, sino que se desplazaban constantemente por el valle del Paraíba. Tierras con cafetos envejecidos y escaso suelo virgen y boscoso, como Vassouras, perdían esclavos en edad de trabajar, trasladados que eran a nuevos sitios de producción. Un copioso flujo de africanos —50.000 anuales en el decenio de 1820— mantuvo a las haciendas abastecidas hasta mediados de siglo; después, el crecimiento de las plantaciones dependió en gran medida del movimiento interior de esclavos.

São Paulo surgió como segunda provincia cafetalera. Exportador tardío se inició con el azúcar en cantidades modestas; en los primeros decenios del siglo XIX era, sin embargo, el cuarto productor brasileño. A fines de los años de 1830 la provincia albergaba 79.000 esclavos, la mayoría en actividades rurales, sobre todo en las relacionadas con el azúcar. Una década después el café dejó atrás al azúcar. El primero empleaba, se estima, unos 25.000 esclavos, contra 20.000 ocupados en ingenios. Con 53.000 toneladas obtenidas, aportaba entonces un cuarto del total nacional de café. Embarcada la mitad en Río de Janeiro y la otra mitad en su propio puerto de Santos, la producción paulista superó la de Minas Gerais a fines del decenio de 1840 y alcanzó luego la de Río, tomando la delantera hacia 1880. Unos 74.000 esclavos servían a la sazón la cafeicultura de São Paulo, que demostraría ser la más eficiente del país. Los emprendedores plantadores del centro y oeste de la provincia fueron los primeros en ensayar nuevas formas de reclutamiento de mano de obra con trabajadores asalariados. Anticipando la terminación de la esclavitud, trajeron inmigrantes europeos. Veinte años antes de terminar el siglo, sumaban ya unos 10.000. A estos colonos, italianos en su mayoría, se les asignaba por contrato un determinado sector del cafetal con árboles jóvenes; para los esclavos se reservaban las tareas de escardar, podar y cosechar los cafetos adultos.

El café se propagó a partir de Río de Janeiro hacia la Zona de Mata, en Minas Gerais. Por más que la minería, en decadencia, mantuviera activos, en 1810, apenas unos 8.000 esclavos, Minas era todavía la provincia que contenía el mayor número de ellos. En 1820 sumaban más de 180.000, y siguieron aumentando. A la sazón Minas vivía más bien de la ganadería y de una agricultura variada. Producía de todo, desde cueros y algodón hasta azúcar y café. En 1850 el café sobrepasó en valor a las demás exportaciones de la provincia; sus cafetales empleaban entonces sólo alrededor de 13.000 esclavos. Las plantaciones de Minas eran, término medio, por su extensión y por el tamaño de su fuerza de trabajo, más pequeñas que las de Río y São Paulo. Una hacienda corriente contenía unos 130.000 cafetos y 36 esclavos. Los plantadores de Minas Gerais mantuvieron, como los de Río de Janeiro, actitudes tradicionales y tardaron en incorporar trabajadores libres. Una regular importación de africanos más una población esclava criolla en aumento permitieron precisamente que esta actividad contara exclusivamente con

esclavos. Su número en los cafetales mineiros llegó probablemente a un máximo de 42.000 a principios del decenio de 1870.

El café absorbía, no obstante, en Minas una fracción reducida de sus esclavos, incluso de los rurales. El caso de este estado, con la mayor población esclava de Brasil y con una agricultura diversificada con vistas al mercado local, es único. En el decenio de 1870, los esclavos empleados en el café representaban apenas una décima parte de los 382.000 residentes en Minas, o el 15 por 100 de los 279.000 registrados como rurales. Tampoco eran los distritos cafetaleros los que tenían más esclavos. Ganadería, cultivo de granos y plantas tuberosas, así como la obtención de alimentos, eran ocupaciones no sólo de trabajadores libres sino también de esclavos. Minas Gerais fue, pues, una de las poquísimas zonas de América que emplearon en masa esclavos para producir víveres para consumo local o nacional. También fue excepcional, entre las zonas del centro y sur de Brasil, por la distribución de la propiedad de esclavos. Como en Cuba, la media de esclavos por propietario era bastante baja; pero, a diferencia de la isla, la cantidad de dueños era mayor y representaba una proporción más elevada de la población libre. Los grandes hacendados con muchos esclavos eran pocos y controlaban una porción relativamente pequeña de la mano de obra esclava.

A medida que pasó el tiempo, el café absorbió más trabajadores; en los dos últimos decenios de la era de la esclavitud la cafeicultura fue el mayor empleador de esclavos en Brasil. Pese a los experimentos que los paulistas hicieron con inmigrantes antes de la abolición, el esclavo siguió predominando en la fuerza de trabajo del cafetal. Con el cierre de la trata atlántica subieron sus precios y los plantadores tuvieron que comprar esclavos en otras partes de Brasil. A fines de los años de 1870 había 245.000 trabajando en el café. Mientras el total de esclavos brasileños se contraía entre 1872 y 1888 gracias a las compras que las juntas locales hicieron para emanciparlos, así como a la liberación de viejos y recién nacidos, el porcentaje de ocupados en el café alcanzó al revés su máximo. En 1883, cuando los esclavos brasileños eran ya menos de un millón, éstos habían aumentado, se calcula, a unos 284.000.

Desde una perspectiva global, el 1,1 millón de esclavos económicamente activos registrados por el primer censo nacional de 1872, 808.000 estaban empleados en la agricultura. De ellos, únicamente un tercio en verdad servía en los cafetales. El resto se hallaba en plantaciones de otro tipo y en ocupaciones rurales diversas, de la ganadería hasta las pequeñas labranzas familiares. En cuanto al azúcar, segunda exportación de Brasil, aun cuando recurría a trabajadores de color libres, todavía empleaba, en 1872, unos 100.000 esclavos en los ingenios de Pernambuco, Bahía y Río de Janeiro. Los otros cultivos de plantación importantes —cacao y algodón— sumaban juntos entre 50.000 y 100.000 esclavos. El algodón, producción importante que había cubierto buena parte de las necesidades del mercado europeo hasta principios del si-

glo XIX, revivió entre 1860 y 1880. La Guerra Civil de los Estados Unidos dejó entonces desguarnecidas las fábricas textiles de Europa; la coyuntura reanimó la plantación algodonera de Maranhão e impulsó el surgimiento de nuevas regiones, Minas Gerais, por ejemplo. Este auge fugaz, aunque impresionante en términos financieros, no repercutió de manera duradera en la distribución de la mano de obra brasileña. El desplazamiento temporal de esclavos a los algodones no alteró a la larga su empleo por otros cultivos de plantación.

De los esclavos rurales, los que restaban, unos 370.000, esparcidos por todo el territorio, abastecían al vasto mercado de 9,9 millones de brasileños. Los esclavos seguían siendo esenciales para el tasajo, localizado en Río Grande do Sul, Paraná y Santa Catarina; también en el sector de carne y cueros, aunque éste había pasado en gran parte a manos de trabajadores libres. En Minas Gerais intervenían en la producción de alimentos y en la manufactura de derivados lácteos y porcinos. Por último, cualquier centro urbano de importancia estaba rodeado por granjas que producían hortalizas y otros víveres por cuenta de pequeños grupos de esclavos.

Quedaban, finalmente, otros 690.000 esclavos económicamente. Buena parte de ellos se hallaba vinculada por cierto a la vida de las plantaciones. El caso más obvio es el de los 95.000 registrados como jornaleros, que solían trabajar en haciendas a la par de los esclavos residentes. Algunos de los 7.000 artesanos descritos como dedicados a trabajar maderas y metales, carpinteros y herreros en especial, podían estar empleados en plantaciones. Los esclavos constituían, asimismo, el 11 por 100 de la fuerza de trabajo ocupada en industrias; la textil, que surgía a la sazón como manufactura importante, empleaba unos 13.000. Los 175.000 en servicios domésticos representaban el 15 por 100 de los esclavos económicamente activos y el 17 por 100 del total de personas empleadas en esa función. Los esclavos abundaban también en otros sectores, como la construcción (los 4.000 allí ocupados representaban un 19 por 100 de todos los trabajadores del ramo), la albañilería, la cantería y oficios relacionados con ellas (18 por 100), así como entre los jornaleros (23 por 100) y trabajadores rurales (27 por 100). Aun en actividades donde los esclavos eran en proporción pocos, no pasaban desapercibidos en números absolutos. Por ejemplo, las esclavas costureras representaban sólo un 8 por 100 de la profesión, pero sumaban nada menos que 41.000.

Gran número de esclavos vivía en ciudades. En ellas, como en el resto del país, constituían una minoría dentro del conjunto de pobladores de color. De los 4,2 millones de libres de color, un porcentaje más elevado que el correspondiente al total del 1,5 millón de esclavos habitaba en centros urbanos. Con todo, la presencia de esclavos en la fuerza de trabajo urbana era apreciable. De las 785.000 personas que vivían, en 1872, en centros de 20.000 habitantes o más, por lo menos 118.000, o sea el 15 por 100, eran esclavos. La ciudad de Río de Janeiro tenía

entonces 39.000, más de un quinto del total de sus 183.000 habitantes. Bahía, la segunda ciudad de Brasil, con 108.000 pobladores contaba con 13.000 esclavos. Recife se situaba en tercer lugar con 57.000 personas, de las cuales 10.000 eran esclavos. Hasta São Paulo albergaba 3.000 esclavos entre sus escasos 28.000 habitantes. Las cifras habían sido, con todo, superiores antes, pues los esclavos urbanos estaban, como los demás, en plena declinación para 1872. En efecto, desde el fin de la trata atlántica a mediados de siglo, la falta de entrada de africanos dio lugar a una tasa negativa de crecimiento de la población esclava. En 1849, por ejemplo, Río de Janeiro albergaba 78.000 esclavos, el doble de los consignados pocas líneas antes para 1872.

La esclavitud urbana adoptó en Brasil las dos formas de explotación también comunes en el ámbito rural: empleo directo del trabajador o alquiler a un tercero. En la ciudad menudeaban además otras categorías, raras en el campo: los empleados por cuenta propia, *escravos de ganho*, según los llamaban en Brasil. Estos abarcaban una gama de ocupaciones, desde las menos calificadas o más peligrosas hasta las más remuneradoras. Cargadores, vendedores y artesanos calificados o semicalificados podían ser *escravos de ganho* que corrían con sus gastos de vivienda y mantenimiento y entregaban al amo determinada suma de dinero. En igual situación solían vivir artistas y músicos; aunque a veces éstos se hallaban en posesión directa del amo. Esta diversidad de esclavos ganadores de dinero y a la vez consumidores configuraba una trama compleja que gravitaba considerablemente en el mercado. Aunque las autoridades municipales objetaron con frecuencia la excesiva libertad y la falta de recursos financieros de los esclavos empleados por cuenta propia, resultaban demasiado lucrativos para sus amos como para acabar sin más con la práctica.

La declinación relativa del estrato esclavo en las ciudades, y quizá incluso del de las personas de color, fue parte de un proceso más amplio de dislocación geográfica después del cierre de la trata atlántica. La proporción de esclavos subió no sólo en las industrias más productivas, como la del café, sino también en las zonas donde éstas se localizaban. A mediados de siglo, menos de la mitad de los esclavos se encontraban en las tres provincias cafetaleras más prósperas; en 1872, sumaban allí más de la mitad. Un animado tráfico interno terminó por concentrarlos en la región centro-sur de Brasil. El Nordeste y las provincias meridionales enviaban sus esclavos a Río de Janeiro, Minas Gerais y, sobre todo, a São Paulo. En vísperas de la abolición de la esclavitud en 1887, casi tres cuartas partes de los 751.000 esclavos que quedaban se localizaban en esas tres provincias. Tanto en Brasil como en Cuba, los dos regímenes esclavistas más importantes entonces de Latinoamérica, los esclavos fueron desplazados hacia las regiones más dinámicas del país antes de la emancipación.

Cayena, Surinam y la Guayana británica, las tres restantes colonias esclavistas de Sudamérica, situadas en su costa continental nordeste, pa-

sarían por etapas de desarrollo y cambio comparables a las de Brasil y las Antillas. Las tres sufrieron la influencia de la revolución haitiana; la que más, naturalmente, la Guayana francesa, Cayena. Esta colonia nació con el comercio del palo brasil en el siglo XVI; a fines del XVII se convirtió en una sociedad de plantación. En la centuria siguiente fue una productora importante de algodón y la principal abastecedora mundial de bija o achiote, una pasta tintórea roja extraída de árboles. De tamaño reducido en comparación con otras de América, la colonia tenía hacia 1790 unos 10.000 esclavos. Padeció luego los ramalazos de la Revolución Francesa, entre ellos la proclamación del fin de la esclavitud. Pero la abolición duraría poco, de 1794 a 1802. La misma expedición que restauró la esclavitud en Guadalupe, devolvió a los plantadores de Cayena sus esclavos. Fue fácil hacerlo ya que la emancipación sólo los había transformado en aprendices vinculados todavía a la plantación, sin otorgarles de hecho la libertad. Un éxodo masivo de unos 2.000 a 3.000 esclavos fue detenido por tropas de mulatos libres. En esta colonia no se formaron nunca comunidades de negros cimarrones.

En medio del desorden generado después de 1803 por la crisis del imperio francés y los constantes ataques de los ingleses contra sus posesiones, los portugueses se apoderaron de Cayena en 1809 y consiguieron retenerla hasta el fin de las guerras napoleónicas. Los nuevos ocupantes poco hicieron por cambiar la fisonomía económica y social de la colonia, muy parecida a la de la vecina provincia brasileña de Pará. La vuelta al dominio francés en 1815 tampoco trajo novedades. La época revolucionaria había dado origen a una importante clase de personas de color libres. También había aumentado algo el número de esclavos. En la década de 1840 había 19.000, de los cuales 3.000 eran propiedad de negros o mulatos libres. Estos sumaban 4.000 y los blancos 1.200. En el siglo XIX se desarrolló una industria azucarera de escasa monta. En 1840 alrededor de 3.500 esclavos servían 29 plantaciones, de las cuales 27 tenían trapiches de vapor. Su rendimiento apenas alcanzaba las 1.000 toneladas. La llegada de la emancipación definitiva en 1848 encontró a los plantadores mal preparados para entenderse con una mano de obra libre. Aunque todavía exportaba azúcar, algodón, pimienta y bija, la colonia empezó a decaer. Los antiguos esclavos prefirieron dedicarse a la agricultura de subsistencia y a la ganadería. El intento de mantener vivo el sector exportador con trabajadores enganchados traídos de Indias no resultó. Cayena entró en una prolongada declinación.

Diferente es la historia de la Guayana holandesa o la de la inglesa. Ambas, ya en pleno desarrollo a fines del siglo XVIII, fueron centros florecientes de producción azucarera, con una numerosa población esclava, y supieron sacar ventaja del auge azucarero desencadenado por el colapso de Saint-Domingue. Cada una pasó sus crisis en el siglo XIX, pero salieron adelante y pudieron sobrevivir a la emancipación de los esclavos.

La presencia holandesa en el continente sudamericano se remonta a los comienzos del período colonial. Surinam, establecida por los ingleses, cambiaría varias veces de mano entre éstos y los holandeses, quienes por fin se quedaron con ella a cambio de sus colonias en Berbice, Demerara y Esequibo. En el decenio de 1670, Surinam contaba con 30.000 esclavos; éstos habían aumentado a 75.000 cuando la Revolución Francesa sembró intranquilidad por todo el Caribe y las colonias continentales. Unos pocos holandeses crearon, según el modelo corriente en la agricultura caribeña, grandes plantaciones de azúcar, café, cacao y algodón. Esta pujante colonia fue el centro del imperio holandés en el Nuevo Mundo. Las islas antillanas bajo su dominio, sin una agricultura de exportación importante, funcionaron sobre todo como estaciones de factoraje.

Surinam, con escasos habitantes libres, blancos o de color, junto a una masa de esclavos, que representaba por encima de los tres cuartos del total de población, fue, pues, colonia típica del Caribe. En otros aspectos fue, por el contrario, única. Entre los plantadores destacó una importante minoría judía. A fines del siglo xvii, más de cien familias judías poseían allí 9.000 esclavos empleados en 40 haciendas azucareras. Judíos propietarios de esclavos hubo en las Indias Occidentales holandesas y en Pernambuco hacia la misma época; pero de ellos muy pocos, si es que alguno, fueron plantadores o productores de bienes básicos. En Surinam, en el decenio de 1760, 115 de las 591 haciendas existentes estaba en manos de familias judías y éstas constituían el grupo más numeroso de blancos nativos. Existió incluso una reducida comunidad de mulatos libres judíos que, en 1759, establecieron su propia sinagoga. Sin embargo, a fines de siglo, ambos grupos de judíos, blancos y mulatos, habían perdido relevancia.

De mayor trascendencia fueron las comunidades de cimarrones surgidas en tierras de frontera en el interior de Surinam. Entre fines del siglo xvii y comienzos del xviii, rebeliones de esclavos solieron terminar en la huida del plantel entero de una hacienda. El clima creado por las interminables guerras entre las diversas potencias coloniales favorecía estas fugas y la creación de comunidades autónomas de esclavos. Entre levantamientos e invasiones, para el siglo xviii unos 6.000 esclavos habían escapado tierra adentro y establecido docenas de pueblos a lo largo de ríos del interior. Entre ellos destacaban tres grupos principales conocidos como los *djukas*, los *saramaacanes* y los *matuaris*. En el decenio de 1760, los holandeses, convencidos de la imposibilidad de doblegar la tozudez de estos cimarrones, se avinieron a firmar tratados con ellos, al estilo de los acordados por Jamaica con sus *maroons* en 1739. Los acuerdos garantizaban la paz entre la colonia y las comunidades a cambio de que éstas cerraran la frontera a nuevos esclavos fugitivos. Mientras los pueblos de cimarrones de Jamaica y de otras regiones plantadoras fueron a la larga destruidos, los de Surinam sobrevi-

vieron y prosperaron. Hacia 1840, cuando éstos reunían más de 8.000 esclavos huidos o sus descendientes, el gobierno colonial, enfrentado con una escasez de mano de obra, viró de una política de aislamiento a otra de integración. Un censo local enumeró a la sazón entre los *djukas*, el grupo más grande, 5.500 personas repartidas entre quince poblados, de los cuales el más grande contaba con más de 600 habitantes y el menor con 170. Pese a renovados intentos, a fines de siglo, de integrarlos económicamente, esas comunidades nunca perdieron su autonomía ni su cultura propia.

La Revolución Francesa tuvo, al comienzo, efectos perjudiciales sobre la economía de Holanda y de su colonia. Aquí, los persistentes conflictos locales provocaron una caída general en la producción y la consiguiente declinación en el número de esclavos. En 1817, Surinam había perdido 25.000 de ellos; quedaban 50.000, conviviendo con 3.000 libres de color y apenas 2.000 blancos. Cerrada en 1814 la trata holandesa, el grupo esclavo siguió contrayéndose, a pesar de una renovada prosperidad que estimuló, entre 1820 y 1845, las exportaciones de azúcar, café, algodón y cacao. Todos éstos eran cultivos de plantación, que empleaban cantidades elevadas de esclavos. El censo levantado en 1833, en medio de esa primera bonanza del siglo xx, enumeró 344 haciendas que juntas empleaban 36.000 esclavos, o sea un promedio de 105 por unidad. La mayoría de las plantaciones rondaban esa cifra, excepto dos que poseían más de 400 esclavos cada una. La colonia exportaba a la sazón 19.000 toneladas de azúcar y considerables cantidades de algodón y café. Los vientos favorables no duraron. La población esclava prosiguió su declinación y el creciente número de trabajadores de color libres exigía aumentos de salarios. La escasez de mano de obra, sumada a precios internacionales en baja, accidentes climáticos y epidemias, afectaron la producción y desencadenaron una grave crisis económica. Al declararse en 1863 la emancipación de los esclavos, quedaban sólo 33.000. El gobierno metropolitano pagó a los propietarios compensaciones por los esclavos liberados. Esto proporcionó capital suficiente como para mantener la economía de exportación en funcionamiento, pese a que gran parte de los emancipados abandonó las plantaciones para instalarse en pequeñas granjas o en la ciudad de Paramaribo. Durante el último cuarto de siglo se reanimó, con ayuda oficial, la economía. Empezó entonces un flujo abundante de trabajadores enganchados procedentes de India e Indonesia, que sustituyeron en las plantaciones a los esclavos emancipados.

La Guayana británica siguió una trayectoria parecida a la de Surinam; su desarrollo alcanzó, empero, mayores dimensiones. Intercambiando aquí los papeles, la colonia empezó como holandesa y se la conocía entonces por los nombres de las tres partes que la componían: Demerara, Berbice y Esequibo. Los ingleses la ocuparon en algún momento de las guerras desencadenadas por la Revolución Francesa y, al finalizar

éstas, pasó definitivamente a posesión británica. Los holandeses habían transformado, mediante diques y otras obras hidráulicas, estas tierras de delta en una de las zonas de plantación más ricas del mundo, productora de azúcar, café, algodón y cacao. Nada lentas para reaccionar al alza de precios provocada por la desaparición de Saint-Domingue, las plantaciones de la colonia se expandieron de manera espectacular. A fines del siglo XVIII, la Guayana británica iba a la cabeza de los productores mundiales de algodón y abastecía al imperio británico de la mayor parte del café allí consumido. Su población esclava rondaba entonces probablemente la cifra de 120.000. Aunque ésta se fue contrayendo en las décadas siguientes, hacia 1810 contaba todavía con cerca de 110.000 esclavos, cantidad que la convertía en la segunda colonia esclavista de la América bajo dominio inglés. Con la entrada de los Estados Unidos y Cuba en el mercado mundial de algodón y café, los plantadores de la Guayana inglesa, incapaces de competir en estos rubros, se volcaron de lleno al azúcar. De 12.000 toneladas anuales de este artículo en 1814, subieron en 1830 a 60.000. Para esta fecha, cerrada desde 1808 la trata atlántica destinada a las colonias británicas, los esclavos habían disminuido a unos 83.000, que se concentraban en las industrias azucarera y cacaoera. Cafetales y algodones fueron abandonados.

La extraordinaria riqueza del suelo y la posibilidad de seguir expandiendo los cultivos permitieron a los plantadores sobrevivir las consecuencias de la emancipación en 1838 y de la liberalización del comercio británico en los decenios siguientes. En mayor escala que Surinam, la Guayana inglesa importó trabajadores enganchados de diversa procedencia. Al mismo tiempo, entusiastas grupos de antiguos esclavos pusieron en marcha uno de los experimentos más originales de la historia económica de los afroamericanos. Negros emancipados adquirieron tierras, vacantes tras el abandono de cafetales o algodones, y constituyeron pueblos de propietarios campesinos dedicados a una agricultura tanto de subsistencia como comercial. Otros, unos pocos miles, compraron en cambio plantaciones azucareras en funcionamiento. Para su explotación se organizaron en comunas que manejaban la hacienda como propiedad colectiva. Haciendas azucareras similares existieron también en Jamaica, pero las de la Guayana británica alcanzaron mayor relieve. De todos modos, al cabo de más o menos tiempo, fracasaron por falta de capital.

Los plantadores blancos, en cambio, con la inmigración de trabajadores subvencionada por el gobierno, pudieron competir en el mercado internacional. Atraieron no sólo negros de África o de las Antillas, sino también varios miles de portugueses. Más tarde, como Surinam y Trinidad, recurrirían a las Indias Orientales y, como Cuba, a cultivos de China. Entre 1838 y 1918, ingresaron en la Guayana británica más de 100.000 trabajadores de las Indias Orientales, 28.000 negros libres de

Barbados y otras islas de las Indias Occidentales, 13.000 chinos y unos 8.000 portugueses de Madeira. Aquí, como en Surinam y en Trinidad, se fundieron culturas de clases trabajadoras de orígenes diversos y coexistieron agriculturas comunales con un régimen de plantación renovado y fortalecido.



Travesía o sea mod.

espera de los

4

28

## Capítulo 7

### Vida, muerte y familia en las sociedades afroamericanas de esclavos

La historia de la esclavitud latinoamericana es parte de la más amplia historia de la colonización europea y de la del desarrollo de la producción americana destinada a los mercados del Viejo Mundo. Los capítulos anteriores han descrito cómo se distribuyeron la población y la mano de obra esclavas. Los próximos examinarán qué ajustes sociales, políticos y culturales experimentaron los africanos en el mundo al que habían sido trasladados por la fuerza.

Punto de partida de este examen es el análisis demográfico, tanto de la migración ultramarina como de la condición esclava en tierra americana. El transporte masivo de africanos por el Atlántico resulta único por su envergadura y por sus efectos; el tráfico generó una compleja trama internacional de nexos comerciales desde Asia hasta América, cuyas consecuencias en África fueron profundas. De él dependieron, asimismo, el tamaño y la localización de las comunidades afroamericanas. El crecimiento o declinación de la masa de esclavos americanos repercutió, por otra parte, ampliamente: influyeron desde la demanda de mano de obra hasta la configuración de las sociedades tras la abolición de la esclavitud.

Esta migración masiva y forzada es un acontecimiento capital de la historia moderna, tanto de África como de América. Entre 10 y 15 millones de africanos fueron impelidos a cruzar el Atlántico; uno o dos millones murieron en la travesía. Su traslado forzado fue, qué duda cabe, uno de los mayores crímenes contra la humanidad de la historia mundial. Que tanto los africanos como los europeos participaron en sus beneficios, no mitiga su enormidad. Para entender cabalmente la experiencia afroamericana, es imprescindible, sin embargo, analizar la trata

en todos sus aspectos. De ella dependieron, en efecto, desde la cultura de los esclavos hasta sus modos de vivir y de morir en América.

La trata se desarrolló en sus comienzos de manera relativamente lenta; una vez establecido el vínculo atlántico, los seres humanos esclavizados constituyeron simplemente, durante dos siglos y medio, una de las tantas exportaciones africanas. Aunque unos 2,2 millones de esclavos fueron embarcados entonces, éstos no llegaron a ser el rubro principal de exportación africana hasta 1700. En cambio, cuatro quintos del total de esclavos africanos llegados al Nuevo Mundo, fueron transportados en siglo y medio, entre 1700 y mediados del siglo XIX.

No hubo potencia de la Europa occidental que no participara en alguna medida en el tráfico negrero; cuatro, empero, preponderaron en él. Del principio al final hubo portugueses, quienes fueron los que mayor cantidad de esclavos transportaron. Los ingleses dominaron la trata durante el siglo XVIII. En tercer lugar se sitúan, también en el XVIII, los holandeses, y luego los franceses. A la cola figuran, por períodos más o menos cortos, daneses, suecos, alemanes y norteamericanos, pero nunca los españoles.

Fuera cual fuera la nacionalidad del tratante, el transporte siguió pautas similares, particularmente durante el siglo XVIII. En cada viaje se transportaba aproximadamente el mismo número de africanos en naves de igual tamaño que tardaban además el mismo tiempo en cruzar el océano. Todos alojaban y alimentaban a sus esclavos de igual modo y, aunque unos se defiendan y otros acusen, no hubo quien no los maltratara. Éxitos y fracasos se repartieron parejamente; no hay ninguna nación que pueda reclamar para sí una tasa de mortalidad más baja que las demás.

La uniformidad se debió a la propia naturaleza de la trata. Los barcos en uso estuvieron determinados por las necesidades del tráfico. Hasta 1700, el tonelaje de las naves inglesas, francesas, holandesas o portuguesas solía diferir; fue una etapa experimental en busca de la solución óptima para el transporte de esclavos. Luego, el tamaño tendió a uniformarse. La mayoría tuvo una capacidad media rondando las 200 toneladas. Este tonelaje era bastante menor que el de las grandes naves mercantes de la época, como las que transportaban mercaderías a las Indias Occidentales u Orientales. Raros fueron, asimismo, los barcos negreros pequeños. Determinado tonelaje era, al parecer, esencial para asegurar la navegación como las ganancias.

La dimensión de la tripulación de un barco negrero tampoco se equiparaba con la de un carguero corriente. El número de tripulantes en aquél excedía siempre al normal para el tamaño de la embarcación, puesto que se necesitaban más hombres para guardar a los esclavos. Aunque con variantes, siempre ocurrió así en todas las rutas. El modo de acomodar el cargamento de negros muestra también uniformidad. Todos los barcos instalaban plataformas entre cubiertas donde dormían los esclavos; cualquiera fuera el tamaño del barco, el espacio asignado

a cada africano no fue muy diferente a lo largo de los siglos XVIII o XIX. Para cuidar y alimentar a la carga se siguieron asimismo pautas comunes: una combinación de alimentos africanos con europeos conservados. Arroz, ñame y aceite de palma eran los comunes.

Aunque los ingleses incorporaron, al parecer antes que otras naciones, un médico a la tripulación de los barcos negreros, su presencia no modificó la incidencia de enfermedades ni aligeró la mortalidad de los africanos a bordo. Una mejor información sobre dietas alimenticias y la inoculación contra la viruela, difundidas a partir de 1750 entre los tratantes de todas las nacionalidades, explicarían, más bien, la baja generalizada de la mortalidad. De un 20 por 100 antes de 1700, ésta cayó a un 5 por 100 entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX.

Dado que el porcentaje de defunciones varió mucho entre viaje y viaje, según barcos y capitanes, o incluso entre barcos de una misma nacionalidad en una misma ruta, las cifras medias mal expresan cómo declinó la mortalidad. En la etapa más temprana, la tasa más bien encubre una amplia disparidad; la más baja ulterior representa mejor en cambio la mortalidad experimentada en la mayoría de las travesías, con menos casos de mortalidad extrema. Esta reducción de la mortalidad media en los barcos negreros, así como la de su dispersión, se debe en gran parte a la mayor experiencia adquirida entonces por los tratantes de toda Europa. Varios estudios sobre el aprovisionamiento de los barcos muestran que para cualquier viaje se abastecían del doble de víveres necesarios para una travesía normal. Por otro lado, las rutas se habían regularizado y la duración del atraque y descarga acortado. El intenso tráfico facilitaba asimismo la información mercantil acerca de las condiciones de la oferta y de la demanda de esclavos.

Aunque declinaron, las tasas de mortalidad, comparadas con las de otros viajeros contemporáneos, no dejan de ser elevadas. Los esclavos disponían, en efecto, a bordo de la mitad del espacio asignado a soldados, emigrantes y penados, y sus instalaciones sanitarias eran, por supuesto, las más rudimentarias. Aunque la mortalidad de estos pasajeros de clase baja fue a veces tan alta como la de los africanos, sus tasas cayeron, entre fines del siglo XVIII y principios del XIX, por debajo del 1 por 100, índice que nunca consiguieron los negreros para su carga-mento.

Investigaciones recientes sobre la trata atlántica refutan mitos perdurables acerca de la organización del tráfico y del transporte de los esclavos. Para empezar, quede claro que los africanos no salían de balde para los europeos. Por más que el margen de ganancia fuera alto en relación con el precio pagado en el continente negro, los africanos controlaban la oferta y exigían mercaderías costosas por los esclavos que vendían. Los esclavos se pagaban primordialmente en tejidos, que en su mayor parte procedían de los telares de la India. No es, pues, casual que los dos puertos de Europa que más renombre adquirieron con la trata, Nantes en Francia y Liverpool en Inglaterra, hubieran descollado

antes por su comercio con Asia oriental. Surtidos de mercancías de este origen, entraron rápidamente a competir en el tráfico africano de esclavos. Detrás de los tejidos, seguían en importancia hierro en barras, que los herreros africanos convertían en herramientas, así como armas y utensilios. Por último, venían tabaco, alcohol y otros artículos de menor valor. La suma de estos géneros importaba un costo considerable para los europeos. Aunque usaran a veces conchas de cauri u otras especies de moneda africana, éstas debían también ser adquiridas con importaciones europeas.

Dado el elevado costo de los esclavos en Africa, no hay razón económica alguna que justifique la creencia de que los negreros cargaban sus barcos a tope —práctica que los historiadores anglosajones llamarían luego *tight-packing*—, sin preocuparse por las pérdidas, por cuanto aunque sobrevivieran pocos esclavos, éstos les reportarían ganancias. De la trata documentada posterior a 1700, no hay barco que operara de esta manera. De haber actuado así algún tratante, poco beneficio hubiera obtenido. Aparte, ningún estudio ha demostrado todavía que haya una correlación entre el número de esclavos por tonelada o por espacio a bordo y su mortalidad durante la travesía atlántica.

La muerte a bordo se debió a una variedad de causas. Entre ellas, la más letal fue la disentería, provocada por la mala calidad de los alimentos y del agua consumidos durante el viaje. Los brotes de este mal, conocido como «flujo de sangre», eran frecuentes; en ocasiones adquirirían proporciones epidémicas. Al aumentar la exposición de los esclavos a la disentería amibiana, la contaminación de las provisiones y el riesgo de muerte se incrementaban. Este mal, la causa más común de mortalidad en todos los viajes, dio razón de la mayoría de las defunciones. Los astronómicos índices de mortalidad alcanzados en algunas travesías se debieron más bien a la viruela, al sarampión y a alguna otra enfermedad altamente contagiosa, que nada tenía que ver con la duración de la navegación ni con las condiciones sanitarias e higiénicas o con la comida y el agua ingeridas a bordo.

Aunque el tiempo de permanencia en el mar no esté en general correlacionado con la mortalidad hubo rutas en que sí incidió. La trata de Africa oriental de fines del siglo XVIII en adelante registra una mortalidad total más alta que la de la costa occidental. Aunque el promedio de muertes por día fuera igual o incluso más bajo, la travesía desde Africa oriental duraba un tercio más de tiempo y aumentaba la exposición al riesgo. Apiñados esclavos oriundos de varias zonas epidemiológicas de Africa se facilitaba, asimismo, la transmisión de agentes portadores de enfermedades endémicas locales a todo el pasaje.

Aunque los tratantes no cargaran esclavos a tope ni se desentendieran de la mortalidad, o aunque no todos los viajes la tuvieran elevada, un 5 por 100 de pérdidas en dos o tres meses en jóvenes adultos sanos es con todo elevadísima. Tal tasa, comparada con la de una población coetánea de campesinos europeos no-migrantes, hubiera sido considerada

5

de proporciones epidémicas; tanto más por tratarse de personas saludables y en la flor de la vida, como eran los esclavos embarcados. Por más que los tratantes aplicaran cuanto procedimiento sanitario conocían, su efecto fue escaso; la costumbre de transportar 300 esclavos en un barco de 200 toneladas acrecentaba la morbilidad de un ambiente del cual pocos escapaban ilesos.

Las investigaciones sobre la trata muestran igualmente que fueron los africanos quienes dominaron las condiciones de oferta en su continente. Los abastecedores de esclavos solían ser autoridades locales o miembros de determinada clase de alguna sociedad africana; a veces, mulatos u otros, oriundos también de Africa, pero sin vinculación con tribu ni con nación alguna. Traficantes europeos o euroafricanos que conseguían por sí mismos sus esclavos en el interior, únicamente hubo entre los portugueses; pero, incluso a ellos, la mayor parte de los negros esclavizados les llegaban de vendedores o de intermediarios africanos.

Otro mito que estudios recientes han puesto en entredicho es el del llamado tráfico triangular, según el cual los barcos europeos transportaban de Africa esclavos a América, luego a Europa los productos de la colonia y, por fin, del Viejo Mundo mercaderías para comprar en Africa más negros para América. La más importante de las tratas atlánticas, la portuguesa, nunca incluyó en su itinerario a Portugal. Los barcos que acarrearán a Africa artículos de Brasil, Asia o Europa fueron de propiedad brasileña y regresaban directamente cargados de esclavos a los puertos de atraque. Hasta las naves negreras de Inglaterra y de Francia estaban tan especializadas que pocas transportaron a los mercados europeos géneros producidos por los esclavos en América. En los puertos de ambos países se equiparon, sin duda, barcos negreros, que al cabo del tiempo regresaban al lugar de origen; pero en este eventual retorno solían llevar poca carga o solo lastre. La mayoría de los productos americanos se transportaban en grandes buques construidos especialmente para el comercio con el Nuevo Mundo.

El movimiento transatlántico de esclavos era estacional, debido tanto a la influencia sobre la navegación de corrientes marinas o vientos reinantes en determinada época como a la demanda americana, variable según las temporadas. La navegación desde Africa oriental dependía claramente de las condiciones meteorológicas locales; la de Africa occidental solía responder más bien, por lo que parece, a la mayor demanda en tiempo de zafra. La nacionalidad, el sexo y la edad de los esclavos expedidos los fijaban sobre todo las condiciones locales en Africa.

Los plantadores a veces prefirieron africanos de una determinada procedencia, aunque está comprobado que aceptaban lo que viniera. Las investigaciones realizadas muestran que los europeos, salvo los portugueses de Angola y Mozambique, desconocían la naturaleza de las sociedades africanas con que trataban. A los esclavos solía denominárseles por el puerto de embarque y no por nación o tribu. La mayoría de

los tratantes no tenía idea de qué ocurría en África pocas millas tierra adentro; incluso los asentados en fuertes o plazas permanentes sólo se entendían con el gobierno local. Las potencias del Viejo Mundo se peleaban por guardar para sí algún tramo de la costa africana occidental; las operaciones llevadas a cabo por intérlopes europeos o africanos frustraron, sin embargo, todo intento de monopolio sobre la trata de una determinada región. Aunque los portugueses controlaban Angola y Benguela, los ingleses y los franceses no dejaron de cargar esclavos provenientes del interior de ambas zonas con sólo poner pie en la costa congoleña poco más al norte. Por más que algunos hacendados americanos pensarán que los «congoleños» eran muy trabajadores y otros haraganes, hubieron de conformarse con lo que entraba. Excepcionalmente, la caída de algún estado importante o una sonada derrota militar surtieron a la trata de abundantes esclavos de determinado origen. Fue más fácil que a éstos se los identificara en América por su denominación propia.

El número de varones y mujeres en una partida de esclavos dependía asimismo más de las condiciones de la oferta en África que de la demanda en América. Aunque el precio variara con el sexo, la diferencia no explica por qué la proporción fue de dos hombres por mujer. Las esclavas desempeñaban en las plantaciones prácticamente las mismas labores manuales que sus pares varones; en las cuadrillas que trabajaban en cafetales, algodonales y cañaverales solían ser mayoría. Las mujeres, libres o esclavas, eran en verdad muy solicitadas en África. En ciertas sociedades africanas, se tenía a la mujer en alta estima porque por ella se adquirían posiciones y relaciones familiares. Los grupos de África occidental se caracterizaban precisamente por su organización social matrilineal y matrilocal. Incluso esclavizadas, las mujeres creaban vínculos de parentesco y tenían, por tanto, importancia social. Por otra parte, en sociedades poliginicas, las esclavas eran más baratas que las mujeres libres, y de ahí su demanda. De más peso aún fue la práctica, difundida en África occidental, de emplear preponderantemente mujeres en los trabajos agrícolas. Por todas estas razones se pagaba más por las mujeres que por los hombres en el mercado de África. La menor participación femenina en la trata atlántica se explica, pues, por una mayor demanda interna.

Tampoco menudearon los niños en la trata. No más del 10 por 100 de los emigrantes africanos perteneció a este grupo, salvo en Cuba a mediados del siglo XIX. En este caso incluso la proporción de niños transportados no sobrepasó el 20 por 100. Los menores no sufrían una mortalidad mayor que otros grupos de edad durante la travesía atlántica; ahora bien, como el costo de su transporte era igual al de un adulto pero su precio de venta más bajo, los capitanes negreros prefirieron no cargarlos. Parece, además, que los niños eran más apreciados en el mercado interno de África que los varones adultos. Quizá llegaran por ello menos a la costa.

El desequilibrio por sexo y por edad de los migrantes africanos afectó el crecimiento de las poblaciones esclavas de América. La baja proporción de mujeres en cada arribada, junto con que la mayoría, adultas, había pasado varios de sus años fecundos en África, a lo que se suma el escaso número de niños, son todos factores que frenaron el crecimiento natural. Las africanas, perdidos sus mejores años reproductivos, no podían engendrar un número de vástagos capaz de reproducir la cohorte de inmigrantes. A las regiones americanas que dependieron de un flujo constante y abundante de esclavos africanos, les resultaría, pues, difícil mantener, e imposible incrementar, el tamaño de su población esclava sin recurrir a más inmigrantes. Parada la importación fue inevitable la declinación del estrato esclavo. Esto pasó tanto en Maryland en el siglo XVII como en Cuba y en Brasil dos centurias más tarde.

El decrecimiento de la primera generación de esclavos africanos explica la intensificación de la trata destinada a América durante los siglos XVIII y XIX. A medida que aumentaba la demanda europea de productos americanos, crecía la necesidad de mano de obra, que sólo el ingreso de más africanos podía satisfacer. El flujo de inmigrantes solía, pues, reflejar la salida de productos hacia los mercados europeos. Brasil y la América española absorbieron juntos alrededor de dos tercios de los 2,2 millones de africanos transportados al Nuevo Mundo en el siglo XVII. Con un desarrollo temprano, Brasil fue la región americana que recibió el mayor número entonces; a sus costas llegaron unos 4.000 esclavos por año durante la primera mitad de la centuria; la cifra subió a 7.000 en los cincuenta años siguientes. Hispanoamérica ingresó apenas un poco más de la mitad de los llegados a los dominios lusitanos; hacia 1700 su promedio anual se situaba alrededor de los 4.000. El segundo puesto tras Brasil fue ocupado en el último cuarto del siglo por las posesiones francesas e inglesas en el Caribe; en las primeras desembarcaron a la sazón unos 7.000 africanos por año; en las inglesas, unos 6.000.

En el siglo XVIII, al aumentar las exportaciones obtenidas mediante trabajo esclavo, la migración africana creció también. Aunque el volumen de los esclavos arribados a Brasil y a la América española se incrementó, su participación en el conjunto descendió. Sólo sería un 40 por 100 del total de la migración transatlántica esclava. Si, en cambio, se agregan los desembarcados en las Antillas francesas, la proporción de América latina vuelve al nivel alcanzado antes de 1700, o sea casi dos tercios del total, unos 6,5 millones de esclavos. Brasil continuó siendo, sin disputa, el principal importador durante este siglo, con una media de 15.000 esclavos por año en los dos primeros decenios. La cifra trepó en los dos últimos a 20.000. Las colonias españolas recibieron de manera regular unos 5.000 africanos por año hasta 1780. Al entrar entonces Cuba y Puerto Rico en el mercado se añadieron a ese promedio unos 1.000 más. El Caribe francés empezó con brío el siglo, ingresando unos 8.000 esclavos anuales. Ocho decenios después sumaban ya los 12.000.

La trata inglesa y la estadounidense cesaron en 1806; durante los decenios siguientes diversos gobiernos europeos declararon también su abolición. Francia, por su parte, había perdido su flota negrera en las luchas revolucionarias. El comercio de esclavos quedó entonces prácticamente en manos de los portugueses. Al suprimir la esclavitud, las colonias inglesas, en 1834, y las francesas, en 1848, dejaron de importar esclavos. De esta suerte, casi la totalidad de los dos millones de esclavos africanos transportados a partir de 1820 fueron oficialmente a la América española y portuguesa. Brasil siguió absorbiendo el mayor volumen. En los años de 1820, ingresó allí anualmente 32.000; en Cuba y Puerto Rico, unos 12.000. Las importaciones cubanas y puertorriqueñas alcanzaron su tope en el decenio de 1830 con 14.000 esclavos anuales; las de Brasil, pocos años después, con 34.000. Este país, cediendo por fin a las presiones internacionales, terminó, en 1850, su trata, la más antigua, prolongada y copiosa de América. Ella le había aportado alrededor de 3,6 millones de africanos. Los puertorriqueños habían cedido a los apremios ingleses en el decenio de 1840; los cubanos, en cambio, siguieron importando grandes cantidades de esclavos, rondando los 13.000 anuales. La armada norteamericana, en apoyo de las presiones ejercidas por los británicos, acabó, en los años de 1860, con este tráfico de africanos, el último de América.

En sus tres siglos y medio de existencia, la trata atlántica había transportado a la América española más de 1,5 millón de africanos y a las posesiones francesas otro 1,7 millón. Estos, agregados a los que fueron a parar a Brasil, suman casi siete millones para América latina en su conjunto. La cifra representa dos tercios del total de africanos embarcados rumbo al Nuevo Mundo, y a ella habría que añadir otros 2,2 millones que se repartieron entre las posesiones inglesas en el Caribe y las colonias de potencias europeas septentrionales en tierra firme sudamericana.

La procedencia de los africanos que migraron hacia el Nuevo Mundo varió a lo largo de esos siglos. La trata se fue desplazando costa abajo en África occidental y con el tiempo alcanzó el sudeste del continente. A la explotación de Senegambia en los siglos xv y xvi, siguió un comercio intenso con la Costa de Oro y de Sierra Leone, regiones en las que los portugueses pusieron pie primero, pero a las que acudieron también para obtener sus primeros esclavos intérlopes ingleses, franceses u holandeses. En el siglo xvii, la trata se extendió hacia el este por la Costa de Oro hasta la ensenada de Benin. Alrededor de 1700, esta zona era por sí sola la mayor proveedora de esclavos. Proporcionaba un promedio anual de 19.000. Senegambia y Sierra Leone, más al norte, embarcaban juntas unos 35.000 por año. Congo y Angola, al sur, enviaban entonces 8.000 anuales, pero aumentarían luego sus remesas.

Las potencias europeas intervinieron en la trata cada cual a su modo. España nunca tomó parte directa en ella; obtenía sus esclavos de negreros de otras naciones con las cuales concertaba el asiento. Tratantes

holandeses, franceses, ingleses y portugueses proveyeron a la América española de africanos. Su procedencia dependió de qué nación hubiera suscrito el asiento y con qué región operaba ésta. Las demás colonias americanas fueron abastecidas por traficantes de su propia nacionalidad; sus esclavos solieron, por consiguiente, tener orígenes más definidos. Franceses e ingleses, con pocas plazas-fijas, surcaban una gran extensión de costas. Los franceses se centraron más bien en Senegambia y en el Congo. Los ingleses no dejaron de traficar en todas partes, del Congo al norte. Holandeses y portugueses operaron principalmente a partir de factorías erigidas en tierra africana. Los portugueses fueron los únicos que crearon centros urbanos importantes —Luanda, Benguela y, más tarde, Cabinda—, todos en la costa congoangoleña.

El grueso de la trata portuguesa, más que la de otras naciones, proviene, pues, de determinadas zonas: Costa de Oro y la región congoangoleña. Su factoría de Elmina, situada en la Costa de Oro, primera plaza bajo dominio portugués, fue la principal fuente de abastecimiento de esclavos para las plantaciones azucareras del nordeste brasileño. Al caer Elmina en poder de los holandeses en la primera mitad del siglo xvii, el tráfico tomó otros rumbos, pero el nexo entre África y el nordeste de Brasil, por un tiempo también en manos holandesas, no pudo romperse. La imperiosa demanda africana de tabaco obligó a los holandeses a reanudar el viejo tráfico. Los puertos de Bahía, Pernambuco y Maranhão no dejaron de recibir hasta mediados del siglo xix abundantes cantidades de esclavos procedentes de la Costa de Oro. Por ellos se pagaba con tabaco brasileño, tejidos, alcohol y herramientas de metal. La prolongada e intensa relación entre ambos extremos de la travesía atlántica convirtió al nordeste brasileño en una especie de sede americana de culturas de la Costa de Oro. Tanto fue así que conflictos tribales que los africanos trajeron consigo incidieron sobre las rebeliones de esclavos del siglo xix en Bahía.

En las demás partes de Brasil hubo mayor variedad de orígenes africanos. Aunque Congo y Angola suplieron la mayoría de los esclavos, importantes partidas provinieron de Biafra y Benin, así como también de Senegambia y Costa de Oro. El pujante desarrollo de las plantaciones cafetaleras del centro-sur de Brasil favoreció la trata de la costa de África centro-occidental, nombre con el cual se conocía a la región congoangoleña.

En el último decenio del siglo xviii, ésta, con unos 36.000 por año, proporcionaba casi la mitad de los esclavos africanos embarcados para ultramar. Este tráfico encontró un contendiente en la bahía de Biafra, un poco más al norte. Región al comienzo escasamente explotada, con una exportación anual de apenas unos 1.000 esclavos a principios del xviii, llegó a ser, al terminar el siglo, con 18.000 por año, segunda en la trata. Juntas, las remesas de Biafra y de la zona congoangoleña representaban a la sazón más del 70 por 100 del flujo de esclavos africanos.

El siglo XIX trajo algunas novedades. Los puertos de Mozambique se abrieron para los portugueses y algunos tratantes franceses. Aunque intenso, el tráfico de esta nueva región alcanzó su cuota más elevada entre 1820 y 1840 con sólo 10.000 esclavos anuales. Al acabarse la trata sobresalían, pues, dos regiones abastecedoras, Biafra y África centro-occidental, más un aporte de poco más del 10 por 100 de África oriental.

El flujo de africanos transportados en los tres siglos y medio que duró la trata alimentó el estrato esclavo en América. Por mucho tiempo, las poblaciones esclavas experimentaron en el Nuevo Mundo tasas de crecimiento natural de signo negativo; únicamente en los lugares donde la trata cesó antes de que la esclavitud, alcanzaron los esclavos criollos, o sea los nacidos en suelo americano, índices positivos de crecimiento natural. Ejemplo clásico es el de los esclavos de los Estados Unidos que alcanzaron en el siglo XIX el nivel de reproducción más elevado de tales poblaciones de América. En algunas de las colonias más antiguas de las Antillas, como Barbados, y en parte de la América española, los esclavos alcanzaron también, antes de la abolición, tasas positivas de crecimiento.

La contracción acompañada por continuas remesas de más esclavos fue un fenómeno observado por los contemporáneos. En general, la atribuyeron al tratamiento que recibían los esclavos. Comentadores posteriores retomaron el tema y se elevó un coro de reclamos y denuncias acerca de quién trató peor o mejor a sus esclavos. Tampoco dejó de censurarse una supuesta lógica económica de los plantadores que habrían descartado la reproducción por demasiado costosa para preferir la importación de africanos adultos, más «barata». Análisis demográficos recientes demuestran, sin embargo, que ninguna de estas aseveraciones se mantienen en pie. La tasa normalizada de fertilidad de las esclavas eran en cualquier parte equiparable, cuando no superior, a la de las mujeres europeas. Mientras que las esclavas de los Estados Unidos alcanzaron en el siglo XIX tasas de fertilidad muy elevadas, con 50 nacimientos por mil mujeres en edad reproductiva, las de Cuba, Brasil y la Guayana británica no se quedaron por cierto cortas con otras alrededor de 40 nacimientos.

A pesar de su alto nivel, tales tasas no bastaron para reemplazar a las poblaciones locales por la desproporcionada cantidad de hombres que arribaban en cada barco negrero. Contra más esclavos se importaban, mayores tasas de masculinidad. Aun en el caso de que llegaran bastantes mujeres —un 45 por 100 del cargamento— y que los alumbramientos fueran elevados —un 40 por 1.000 esclavas entre dieciocho y cuarenta y cinco años—, la tasa bruta de natalidad sería sólo del 36 por 1.000. A menor número de mujeres dentro de la población total, por prolíficas que sean, obviamente menor natalidad. Una tasa del orden de los 50 por 1.000 era alta en relación con las habituales en Europa y parecida a la de las poblaciones libres de algunas regiones de América; sin embargo, no bastaba para reemplazar al grupo de esclavos.

Una causa residía en las elevadas tasas de mortalidad. Los inmigrantes africanos llegados a América, entre quienes escaseaban niños y muy jóvenes, tenían una estructura por edades más envejecida y, en consecuencia, tasas brutas de mortalidad superiores a las de los nativos, libres o esclavos. Donde los africanos conformaban una parte importante de la población esclava, su tasa de mortalidad, desproporcionadamente alta, distorsionaba la total. Desaparecida la primera generación de africanos, la tasa de mortalidad de los esclavos criollos se aproximaba a la de las capas libres; aunque, incluso en las mejores condiciones, no dejaba de ser algo más elevada.

Entre los esclavos hubiera sido, pues, necesaria una tasa bruta de natalidad de cerca del 50 por 1.000 para compensar una mortalidad de unos 45 por 1.000. Comparada con otras contemporáneas, esa tasa era sumamente elevada; con todo, las esclavas criollas solían alcanzarla. Detrás de la caída de la población esclava se oculta a veces una tasa positiva de crecimiento del contingente criollo. Una vez que desaparecía, sin que se la sustituyera por otra, la primera generación de africanos, la población esclava natural ya del lugar crecía por lo común, siempre que no se hubieran manumitido demasiadas mujeres en edad reproductiva —el grupo más a menudo liberado—, ni tampoco se hubieran extraído esclavos jóvenes para otras zonas. En Brasil, por ejemplo, un animado tráfico interno despojó, a partir de 1850, de hombres y mujeres jóvenes a las poblaciones esclavas de Bahía, Pernambuco y otras provincias nordestinas, así como, en el sur, a las de Río Grande do Sul y Santa Catarina. Los esclavos, a pesar de las altas tasas de fecundidad de las criollas y de la desaparición de los oriundos de África, siguieron declinando en estas regiones.

Cuando no hubo emigración y la manumisión fue escasa o se volcó hacia los viejos, la población esclava creció la generación después de la extinción de la trata atlántica. Así ocurrió, al parecer, en la mayoría de los regímenes esclavistas de América; ninguno alcanzó, empero, los niveles de crecimiento de los Estados Unidos. Como se ha señalado varias veces, los Estados Unidos y el Brasil inauguraron el siglo XIX con un millón de esclavos cada uno. Brasil importó por encima de otro millón más; sin embargo, alrededor de 1850 tenía apenas 1,7 millón de esclavos; los Estados Unidos, que habían adquirido sólo unos pocos cientos de miles más, contaba, en vísperas de la guerra civil, con cuatro millones de esclavos.

Se ha repetido también que el tratamiento que recibían los esclavos en los Estados Unidos era distinto al de sus pares de otras partes del Nuevo Mundo. Para corroborar este punto suelen compararse las respectivas tasas vitales. Contra este argumento cabe presentar algunas objeciones. Las tasas de natalidad y de mortalidad de los esclavos reflejan en realidad las de los habitantes libres, blancos y de color, entre quienes vivían. Estas tasas varían de un país a otro. Los índices vitales de esclavos latinoamericanos se aproximan a los de la respectiva pobla-

ción libre; e igual sucede en los Estados Unidos. La comparación ha de hacerse, por tanto, no entre grupos de esclavos separados por fronteras políticas, sino entre la población libre y la esclava dentro de cada país. En efecto, si bien es cierto que la mortalidad de los esclavos de Brasil era superior a la de los norteamericanos, otro tanto ocurría, y en la misma proporción aproximadamente, entre los blancos respectivos. Igual cabe decir para regiones de la América española y el Caribe. Para determinar cuanto pudo haber influido el trato otorgado conviene examinar antes las características del conjunto de la sociedad.

De la diferencia de tratamiento deberían derivarse, por otra parte, pautas distintas de fertilidad. Puesto que estado físico y dietas influyen en la fecundidad, en regímenes de «buen trato» cabría esperar que la menarquía sobreviniera a edad más temprana y la menopausia más tarde, al revés de lo esperable con «mal trato». Sin embargo, comparadas las edades extremas del ciclo reproductivo de las esclavas de las Antillas con las de las norteamericanas, se advierte poca diferencia. El tratamiento no basta, pues, para explicar la variedad de tasas de natalidad. Con esto no se pretende por supuesto decir que el trato o las exigencias laborales o las actitudes hacia la natalidad fueran iguales en todas partes; sino simplemente que la cuestión no tiene solución fácil. Del mismo modo, las cuidadosas reconstrucciones demográficas realizadas tampoco dan solaz a quienes se apresuraron a afirmar que «su» esclavitud era mejor que otras.

¿Cómo se explican entonces las altas tasas de natalidad de los esclavos criollos en los Estados Unidos? Investigaciones recientes muestran que las esclavas norteamericanas dejaban transcurrir menos meses que sus congéneres latinoamericanas entre el alumbramiento del primer hijo y los siguientes. Puesto que ninguna población esclava practicó el control de la natalidad, se pensó que la abstinencia u otros factores quizá hubieran espaciado los nacimientos fuera de los Estados Unidos. La diferencia se debió, sin embargo, según se ha comprobado, a pautas de lactancia distintas. Las esclavas criollas de los Estados Unidos adoptaron la pauta noreuropea de un año de amamantamiento, mientras que en otras partes lo prolongaban, como término medio, a dos años, lo corriente en África occidental. Como la lactancia reduce la fertilidad, este año adicional dilata el intervalo intergenésico y reduce en resumidas cuentas el número de hijos.

Siempre se ha especulado mucho sobre la esperanza de vida de los esclavos. Hoy parece demostrado que ésta no se diferenciaba demasiado de la de las poblaciones libres con las que convivieron. Ya en obras del siglo XIX se sostenía que la duración media de la vida activa de un esclavo al empezar su edad adulta no pasaba de los siete años. La mortalidad de los esclavos no llegaba, empero, a tales cimas, ni siquiera si se suman las muchas muertes sufridas por los africanos al ser expuestos a un nuevo medio patógeno durante los primeros meses de «aclimatación». La esperanza media de vida para el esclavo nacido en América

latina apenas superaba los veinte años, en contraste con la del norteamericano, que rondaba los treinta y cinco. En ambos casos las medias corresponden a las de las poblaciones libres respectivas. Un blanco de los Estados Unidos tenía, en 1850, una esperanza de vida de cuarenta años; un latinoamericano, menos. Para la población total, libre o esclava, de Brasil, no excedía, por ejemplo, en 1872, los veintisiete años.

Cuando se dice que la esperanza de vida de un esclavo varón era entonces en Brasil a lo sumo de veintitrés años, ello no significa, obviamente, que la mitad de los adultos muriera a esa edad. Téngase presente que la mortalidad infantil era en el siglo XIX tan elevada que un tercio de los varones brasileños nacidos moría antes de cumplir un año y casi la mitad antes de los cinco. Para los niños esclavos que alcanzaban el primer año de edad, la esperanza de vida era de 33,5 años; para quienes superaban los cinco, de 38,5. El esclavo varón que sorteaba esos primeros cinco peligrosos años tenía buenas probabilidades de llegar a cuarentón. Para las mujeres, el panorama era algo mejor. Sólo el 27 por 100 de ellas moría antes del año de edad y el 43 por 100 antes de los cinco. Su esperanza de vida al nacer era de 25,5 años; las que sobrevivían el primer año podían alcanzar los treinta y cuatro años de edad y las que superaban los cinco, treinta y nueve.

Los esclavos que salían indemnes de los ataques de disentería —la enfermedad más letal para ellos— y de otras dolencias infantiles tenían, está claro, una vida activa media muy por encima de aquellos míticos siete años tantas veces mentados. Los esclavos constituían por cierto una clase trabajadora y sufrían, por tanto, con mayor frecuencia accidentes laborales a más de enfermedades infecciosas y otras provocadas por la dieta propia de los estamentos sociales más pobres. Aunque las condiciones sanitarias y de habitación en que vivían en las zonas rurales fueran probablemente mejores que las de una familia libre dedicada a una agricultura de subsistencia, su alimentación apenas aventajaría la de los grupos más desposeídos. No sorprende que los esclavos padecieran las peores tasas de morbilidad y mortalidad dentro de las sociedades donde residían. El nivel general de decesos y enfermedades de cada sociedad americana incidió sobre las tasas vitales de los esclavos, a lo que se suma el hecho de que éstos ocupaban los peldaños más bajos.

Las pautas de la migración africana transatlántica y la dinámica del comportamiento vital de los esclavos en América son temas a los cuales los investigadores empiezan a prestar especial atención en los últimos años. La reconstrucción de los procesos demográficos es fundamental para explicar la evolución de las diversas sociedades afroamericanas. Estudiar las circunstancias africanas ha servido para conocer la edad y el sexo de los emigrantes. La configuración por sexo y edad del flujo afectó a su vez el crecimiento de las poblaciones esclavas de América y también, junto con las condiciones económicas locales, la intensidad y la duración de la trata. La desagregación de las tasas de mortalidad y de natalidad de los esclavos entre oriundos de África y nativos de Amé-

rica no sólo ha reavivado los antiguos debates acerca del tratamiento, sino que también ha suscitado nuevos estudios, como por ejemplo, uno sobre las diferencias culturales entre las madres lactantes. Por último, una mejor comprensión de la evolución demográfica de los esclavos sirve para enmarcar con más riqueza y detalle su desarrollo cultural.

## Capítulo 8

### Comunidades esclavas y cultura afroamericana

Los esclavos africanos eran casi todos analfabetos, hablaban multitud de lenguas diferentes y tenían poco en común, fuera de su pigmentación y de su posición en la sociedad receptora. Con el tiempo se acercaron y crearon una comunidad y una cultura en el Nuevo Mundo. En su cultura incidieron también los amos blancos. Esta amalgama no sorprende dada la multiplicidad de orígenes de los africanos y el poder que los blancos ejercieron sobre sus vidas. Práctica corriente de los plantadores fue mezclar esclavos oriundos de distintas partes de África. Además de dividirlos políticamente, el propósito era obligarlos a entenderse entre sí usando un idioma común, el del amo. Una lengua franca surgió que evolucionó hasta un idioma distinto, el criollo. Este no dejó de ser inteligible para el blanco.

A esta amalgama cultural se incorporaron elementos africanos seleccionados. De África sólo se tomaron y adaptaron los materiales necesarios para sobrevivir en la cultura dominante y para el nuevo papel económico, social y político que los afroamericanos desempeñarían. Contrariamente a los usos en su tierra, buena parte de los africanos se dedicaron en el Nuevo Mundo a labores agrícolas, y no a la caza y la guerra. Sin aparato estatal ni clases políticas, con su organización de clan destruida, los migrantes tuvieron que desechar creencias relacionadas con tales dimensiones de su vida.

Es, asimismo, indiscutible la influencia europea en la naciente cultura afroamericana. La religión dominante entre los esclavos fue el cristianismo, en sus distintos credos europeos, por más que en versión crética por la fusión con deidades y creencias de África. La organización jerárquica, según ocupación e incluso según pigmentación, fue tam-

bién impuesta a los esclavos, aunque sus divisiones internas no se ajustaron a menudo a las pautas de los blancos. Acomodados a la larga a las nuevas prácticas agrícolas, los africanos y sus descendientes adoptaron técnicas, herramientas y modos de vida europeos. Sus hábitos de trabajo, relaciones de amistad, visión del mundo y, sobre todo, el idioma en que se expresaban, terminaron por amoldarse a la cultura dominante.

La cultura de los esclavos, distinta de la cultura dominante, recogió normas de comportamiento y creencias propias. Algunos de estos aspectos originales fueron traídos de África, otros fueron creados para dar sentido a su vida dentro de la condición esclava y otros, en fin, aparecieron deliberadamente opuestos a la cultura que racionalizaba su servidumbre. Desenmarañar esta trama es difícil, más aún cuando es poco lo que se sabe de las culturas africanas e incluso de la de las clases bajas libres de América latina de entonces.

Algunas características de la cultura de los esclavos fueron comunes a todas las sociedades donde vivieron en el Nuevo Mundo; otras fueron propias de las latinoamericanas. En Cuba, Haití y Brasil, durante la esclavitud se desarrollaron a partir de prácticas prohibidas grandes movimientos religiosos de carácter sincrético. Tras la abolición, estos movimientos salieron a la luz en estos tres países católicos; no así en las sociedades protestantes. Esas vigorosas religiones, esencialmente no cristianas y ciertas formas del comportamiento cultural y comunitario singularizaron a las poblaciones afroamericanas de América latina frente a otras.

Antes de pasar a examinar la cultura de los esclavos, conviene esbozar su organización social. Por más que los blancos los consideraran a todos iguales ante la ley, el distinto precio que pagaban por uno calificado frente a otro que no lo fuera revela que reconocían aptitudes, habilidades u otras cualidades individuales en las «piezas» que compraban. Entre los mismos esclavos había cierta estratificación dentro de su común condición servil. Las definiciones corrientes de status social no se aplican en sociedades de esclavos. Posiciones con poder sobre recursos o sobre personas no otorgaban necesariamente superioridad dentro de la comunidad afroamericana, como tampoco las valoraciones fundadas en el mayor precio pagado por el amo. Más decisivos eran, en cambio, la autonomía y el saber. La autonomía significaba no estar estrechamente vigilado por el amo; el saber se refería a la cultura africana del pasado y a la actual de los blancos.

La vida de los esclavos de América latina se definía primordialmente por el trabajo. Excepto los muy jóvenes y los muy viejos, todos pasaban la mayor parte de su tiempo ocupados en labores manuales. Dentro del mercado laboral constituían el grupo con mayor participación y con menor división por sexo. Su existencia estaba, en definitiva, más que cualquier otra, dominada por el trabajo. Cuestiones referentes a autonomía o dependencia laboral eran, pues, de vital importancia para los

esclavos. La vigilancia más estricta era para la mayoría ineludible. No obstante, buen número disponía de algún tiempo para sí. En la plantación de café o de azúcar corriente, las cuadrillas empleaban sólo la mitad de la mano de obra esclava. Un tercio aproximadamente eran artesanos o desempeñaban ocupaciones al margen del control directo del capataz o del amo. Para los esclavos rurales fuera de plantaciones, había igual trabajos bajo vigilancia rigurosa, en granjas, por ejemplo, y otros relativamente independientes, como el de las familias esclavas que cultivaban la tierra por su cuenta o el de artesanos o muleteros. En la ciudad, los domésticos, gran porción de la mano de obra, estaban por lo común estrechamente controlados. Quienes se alquilaban por su cuenta o quienes ejercían de manera autónoma artes y oficios diversos solían disponer de más tiempo para sí.

Disponer de su tiempo y de su esfuerzo permitió a algunos esclavos desarrollar su talento y su capacidad. Quienes estaban en esta situación, considerada como deseable y próxima a una libertad completa, ocupaban un rango superior dentro de su comunidad. Algunos de estos trabajos relativamente autónomos, aunque no todos, eran tenidos en alta estima por los propios blancos, lo que redundaba a veces en el precio del esclavo. Observadores contemporáneos notaron ya cómo determinadas ocupaciones proporcionaban una independencia imposible de hallar entre los esclavos de cañaverales y cafetales o incluso entre los domésticos. En las haciendas cafetaleras de Saint-Domingue en el siglo XVIII y en las de Brasil a comienzos del XIX, se consideraba a los muleteros que transportaban el grano al mercado un grupo privilegiado; eran, según fueron descritos, los «reyes» de los esclavos.

El saber era otra fuente de prestigio dentro de la comunidad esclava. Leer y escribir la lengua europea local o incluso el árabe —útil para conocer el Corán—, o entender cómo funcionaban la clase del amo y las realidades socioeconómicas del mundo libre, prestaban ascendiente. Estas capacidades o conocimientos, más corrientes en las ciudades, solían encontrarse en trabajadores calificados de todo nivel y en trabajadores autónomos, así como en servidores domésticos, cuyo contacto con la clase dominante y otras no serviles era frecuente. En cambio, ser versado en costumbres y usos africanos o incluso provenir de la nobleza o de la élite de alguna comarca en África podía conferir al esclavo una influencia totalmente incongruente, desde el punto de vista de los blancos, con su posición dentro de la comunidad. Ejemplo extremo de esto, el jefe de una de las rebeliones esclavas de Bahía en el decenio de 1830 fue un noble africano que en Brasil era un ínfimo trabajador no calificado. Asimismo, la mujer o el hombre que ejercía de hechicero, curandero o sacerdote, gozaba entre los esclavos de un ascendiente nunca reconocido por el amo.

El saber sirvió para alcanzar a veces posiciones difectivas y otras únicamente de mediador cultural. A muchos domésticos, por ejemplo, no se les reconocía como superiores dentro de su comunidad, pero pro-

veían de informaciones y contactos útiles a esclavos más aislados de la sociedad dominante y funcionaban como enlace entre los cuarteles de éstos y la casa del amo. Este papel de intermediario solía impedirles, sin embargo, ganar posición en uno y en otro lado. Hubo líderes salidos del servicio doméstico, pero los más procedieron de ocupaciones fuera del control continuo del amo. No fue, pues, fortuito que a la cabeza de rebeliones o movimientos de protesta se hallaran las más de las veces esclavos urbanos, artesanos, porteadores, así como otros con posibilidades de comprar su libertad.

La cultura del mundo esclavo se fue configurando en los pequeños poblados del «cinturón negro» que rodeaba las grandes plantaciones. Estos villorrios, que albergaban unos cientos de esclavos entre criollos, con sus familias y grupos de parentesco, y recién llegados de allende el mar, constituyeron el terreno propicio para la amalgama de elementos africanos y europeos que constituiría esa peculiar cultura negra de América. Se ha pretendido en vano encontrar un origen exclusivamente africano para la totalidad de los componentes de esas nuevas culturas afroamericanas. Hasta la cultura de los cimarrones de Surinam, el grupo que sobrevivió con mayor independencia y conciencia de sí mismo en toda la América negra, contuvo elementos europeos y amerindios, junto con muchos otros africanos. De las poblaciones afroamericanas emergieron, pues, culturas fundamentalmente sincréticas.

Los amos de América latina experimentaron con todo tipo de organización comunal para los esclavos de plantación; la mayoría de éstos, desde Puerto Rico hasta el sur de Brasil y la costa peruana, vivió, sin embargo, en unidades familiares. Una organización social fundada en la familia caracterizaría, pues, la emergente cultura afroamericana y facilitaría la socialización de los hijos mediante la transmisión de determinadas creencias y pautas de conducta. Esta cultura lo abarcaba todo, desde costumbres sexuales y vínculos de parentesco hasta lenguaje, religión y arte. Creó una comunidad coherente y perdurable que proporcionaba al individuo esclavo los recursos y soportes de un entramado social. Sin esta cultura los esclavos no hubieran funcionado; hasta el plantador reconocía su utilidad para proporcionar estabilidad social en un mundo que, de otra manera, hubiera sido caótico y enteramente hostil.

En la unidad familiar, el papel más importante lo desempeñó la pareja de «casados». La desigual distribución por sexo de los africanos no permitió a muchos de sus varones tener acceso a mujeres; entre los esclavos criollos, el equilibrio entre sexos permitió a la mayoría una vida en familia. Entre los libres de Latinoamérica, la familia se caracterizó por una elevada incidencia de uniones libres y de nacimientos ilegítimos, superior a la de cualquier sociedad europea de entonces. La ilegitimidad entre latinoamericanos libres rayaba el 50 por 100. Incluso las clases altas de blancos, donde el matrimonio tenía una clara función social y económica, contaron con tasas de ilegitimidad y de unio-

nes libres más altas que las de los europeos, los latinos incluidos. América latina no siguió el modelo de familia, con muy baja ilegitimidad, de la Europa noroccidental. Tras haber sometido a las masas de indígenas e introducido gran cantidad de negros africanos, españoles y lusitanos no se sintieron en América constreñidos por la moral tradicional católica en relación con la familia. La rígida estratificación por clases y castas impuesta en las colonias revivificó antiguas propensiones al concubinato, que se difundieron desde arriba hacia las clases media y baja de blancos. En esta cultura europea americanizada, matrimonio y ilegitimidad adquirieron un sentido diferente al que tenían en el Viejo Continente.

En el mundo católico algunos esclavos también se casaron por la Iglesia. La proporción de matrimonios varió de nación a nación e incluso de región a región. En Brasil, por ejemplo, alrededor del 12 por 100 del total de los esclavos fue registrado, en 1872, como «alguna vez casado», mientras que en los distritos cafetaleros de São Paulo esa proporción subía al 30 por 100. En haciendas de propiedad de la Iglesia, todos sus esclavos solieron estar casados por la ley. En algunas plantaciones azucareras, de Bahía, pertenecientes a órdenes religiosas, poco esfuerzo se hizo, sin embargo, según consta, a principios de la era colonial, para legitimar las uniones.

Que la mayoría de las uniones entre esclavos no estuvieran legalizadas, no quiere decir que no existieran. Como buena parte de las parejas latinoamericanas, los esclavos vivían en unión consensual, y ésta era formalmente reconocida como una unidad familiar. Aunque el plantador podía romperlas vendiendo a algún miembro, la comunidad de esclavos procuraba por su lado asegurar la estabilidad interna de las familias reconocidas como tales. Esposos casquivanos o padres irresponsables eran reprobados y obligados a atemperarse. Para conseguir esta conformidad indispensable para el bienestar y la paz de la comunidad se recurría a la presión social o hasta a la hechicería o la violencia. No se ha de deducir de lo dicho que los esclavos practicaran una moralidad de estilo victoriano; lejos de ello. Pero, una vez establecida la familia, la comunidad la legitimaba y sancionaba.

Escasean los estudios generales sobre las prácticas sexuales y matrimoniales de los esclavos de América latina y Caribe. Investigaciones sobre plantaciones particulares muestran gran variedad de pautas, en un abanico que va desde las observadas en las Indias Occidentales británicas en un extremo hasta las halladas en algunas plantaciones de los Estados Unidos en el otro. En el primer caso, hasta casi la mitad de los padres esclavos adultos no cohabitaban y residían en plantaciones diferentes. En las islas azucareras bajo dominio inglés, entre fines del siglo XVIII y principios del XIX, gran número de esclavos vivían solos o en unidades domésticas constituidas únicamente por la madre y sus hijos; e incluso algunos esclavos favorecidos en poliginia. Por el otro lado, en las zonas de plantación de las islas francesas y de

sería ardua y prolongada debido a la diversidad de orígenes de los migrantes, quienes, además, se vieron obligados a aceptar amplias porciones de culturas ajenas a las suyas. Más allá del contorno familiar, había problemas que concernían a todos los miembros de la comunidad. Como en cualquier pueblo campesino, no faltaron entre los esclavos conflictos suscitados por cuestiones acerca de conucos, posesiones personales, noviazgos o fidelidades sexuales, o simplemente por choques de personalidad. Existía la necesidad común de curar males o de predecir el futuro. Para entenderse con tales problemas, aparecieron curanderos y hechiceros. Estos solían ser viejos, varones o mujeres, que proporcionaban a la comunidad la magia blanca o negra indispensable para su funcionamiento. Preparaban pocimas para curar o para influir en los estados emocionales o físicos de determinados individuos, o ayudaban a los agraviados impotentes frente a su enemigo. Administraban, asimismo, unos elementales procedimientos de justicia que, junto con la brujería, servían para contener la violencia y los conflictos dentro de límites tolerables en una comunidad que carecía de cualquier forma de gobierno o policía.

Estas prácticas y creencias relacionadas con la brujería fueron tomadas sobre todo de África, donde desempeñaban funciones bien establecidas. En América solieron constituir, por el contrario, una mezcla *ad hoc* de elementos de origen africano diverso, sin la forma elaborada y coherente que allí tenía. Dentro de los cuarteles de esclavos no hubo clase sacerdotal, desaparecida con la migración. El carácter fortuito de este conglomerado de creencias permitió que se abrieran a influencias americanas, en especial en las zonas de contacto con poblaciones amerindias y mestizas, como ocurrió en Brasil, la América española continental y las colonias sudamericanas de algunas potencias europeas.

La gravitación de hechiceros y curanderos fue desvaneciéndose a medida que desaparecieron los africanos nativos. En las colonias francesas, portuguesas y españolas, las mezclas de creencias alcanzaron a crear cosmologías más ricas hasta configurar, entre fines del siglo XVIII y principios del XIX, religiones completas. Los amos se opusieron a ellas por incompatibles, en su percepción, con su propio sistema de creencias, el cristianismo. Los cultos formales de los negros fueron, pues, combatidos implacablemente; en cambio, a las manifestaciones menores de la hechicería, consideradas poco peligrosas, se las toleró. Esos sistemas religiosos afroamericanos lograron con todo sobrevivir ocultos bajo diversas modalidades populares del catolicismo desarrolladas con la esclavitud. Aunque después de la abolición llevó a la sociedad cristiana varias generaciones aceptar su legitimidad, esos cultos se han afirmado por fin, en el siglo XX, como religiones independientes.

Estos sistemas religiosos son indudablemente de procedencia africana; pero, como era de suponer, del material originario retuvieron sólo determinados aspectos. En África, la religión solía ser ocupación exclusiva de sacerdotes; y estaba íntimamente asociada con la familia, el

linaje y el clan, así como con la jerarquía y el orden sociales. Rotos clanes, linajes y estructuras estatales con la migración transatlántica, muchos de estos cultos perdieron sentido en América y fueron, por consiguiente, abandonados. Otro tanto ocurrió con deidades y ritos agrícolas, que ya no concernían a los africanos esclavizados en las plantaciones. En cambio, dioses y creencias relacionados con el individuo y con la familia en términos de vida y muerte se mantuvieron y adquirieron renovado vigor; también los que servían para reafirmar a los esclavos en su identidad y legitimidad como clase opuesta a los blancos opresores. *Ogoun*, dios de la guerra; *Shango*, dios de la justicia, y *Eshu*, dios de la venganza, despojados de sus atributos más místicos o rurales y revestidos con otros más definitivamente sociales o políticos fueron entronizados en América como dioses de una clase oprimida.

Los cultos más importantes fueron el candomblé, el vudú y la santería. Todos se difundieron, bajo distintos ropajes, por Latinoamérica entera, aunque uno solo terminaría por prevalecer en cada región. Que uno u otro se consagrara dependió más de los procesos de aculturación locales que del número de esclavos de determinada procedencia. Así, un grupo reducido estableció a menudo las bases para algún culto que después adoptarían masas de inmigrantes africanos de diverso origen. En Bahía, por ejemplo, por encima de los candomblés de distintas procedencias africanas, prevaleció finalmente el *nago* (*yoruba*). Este configuró la teología, rituales y celebraciones propias de estos cultos, incluso de aquéllos conocidos por los nombres de dahomeyano, angoleño o congoleño. En Saint-Domingue fue el vudú dahomeyano de los *fon* el que al fin se impuso sobre la multiplicidad de cultos o misterios oriundos de varias partes de África. Entre los negros cimarrones de Surinam y de Cayena prevaleció la cultura de los *fanti-ashanti*, aun cuando muchos de estos fugitivos fueron bantús. Entre los propios esclavos se dieron, pues, procesos de aculturación, incluso entre prácticas y cultos africanos prohibidos.

El carácter sincrético de las religiones africanas explica la relativa facilidad con que éstas aceptaron e integraron también creencias y prácticas cristianas. Al comienzo, la aceptación fue puramente funcional, en tanto que cubría de legitimidad a religiones proscriptas por los amos blancos. Al cabo de las generaciones, la dualidad se resolvió en un sincretismo donde los esclavos terminaron por acomodar ambos sistemas religiosos. En las sociedades protestantes incorporaron partes de la religión ortodoxa a tono con los nuevos cultos afroamericanos. Por ejemplo, la historia de Moisés y de la liberación de los israelitas de la esclavitud egipcia venían bien a las necesidades y aspiraciones de los negros; asimismo, experiencias evangélicas de conversión se amoldaron a ritos africanos. En el mundo católico, el dogma de la Iglesia oficial no fue afectado; en cambio, la rica tradición popular de santos y festividades locales resultó ser un excelente medio de amalgamación con las deidades africanas.

Iglesias y gobiernos europeos habían resuelto, tras algunas vacilaciones, evangelizar a los esclavos. La empresa, resistida al principio por los plantadores, había surtido efecto hacia fines del siglo XVIII en casi todas las sociedades esclavistas de América. En el siglo siguiente, las regiones protestantes contaban con templos destinados a los esclavos y hasta permitieron a algún negro o mulato oficiarse de predicador lego. Las sociedades católicas fueron más lejos. Desde los inicios de la colonización proporcionaron a los esclavos hermandades religiosas y cultos especiales. Aparte de las asociaciones patrocinadas oficialmente por la iglesia, las autoridades civiles promovieron otras entre africanos libres y esclavos organizadas según la nacionalidad de origen, cuya finalidad declarada era alentar actividades cívico-religiosas de cooperación y observancia de normas doctrinarias y sociales. Este modo de obrar era, por un lado, paternalista, en tanto procuraba que los africanos aceptaran su papel en la sociedad; pero, por otro, tenía fines políticos muy precisos: azuzar las divisiones internas de los esclavos. En lugares como Cuba y Brasil, donde siguieron entrando grandes cantidades de africanos hasta mediados del siglo XIX, persistía el miedo a sus levantamientos. La experiencia había demostrado que, fomentando la identificación de los africanos con sus naciones de origen, se les hacía más difícil coordinar sus rebeliones. Abundan los ejemplos de grupos de esclavos conspiradores delatados a las autoridades por otros. En las célebres revueltas de Bahía, en los años de 1830 se supo que esclavos rebeldes intentaban matar a otros de naciones no musulmanas.

Por más que esta división tuviera algún éxito, las asociaciones y fiestas fomentadas por los blancos sirvieron, contra su intención, para dotar a los esclavos de organizaciones que les facilitarían la creación de una cultura y de una religión propias. Esta dualidad de una base africana bajo una superestructura cristiana no funcionó, empero, como un sistema rígido de compartimientos. Muchos esclavos adoptaron plenamente la religión y los valores de la clase de los amos. Mulatos con educación y riqueza no se distinguieron por sus creencias de los blancos libres, mientras que otros libres de color, oficiantes de cultos africanos, fueron procesados por anticristianos. Los dirigentes religiosos tenían tal vez una noción más pura del credo, pero sus seguidores confundían a menudo dioses africanos con santos católicos. Las hermandades fueron, pues, eficaces para que los esclavos se adaptaran a la sociedad receptora y para el mantenimiento del sistema; pero, a la vez, contribuyeron a que esclavos y libres de color desarrollaran una adhesión a su comunidad.

La iglesia católica sabía de las ventajas que ofrecía el sincretismo religioso para su proselitismo por la experiencia adquirida con la evangelización de los indígenas. La regla con ellos fue destruir a los dioses locales, pero incorporar los antiguos sitios sagrados a la cosmología cristiana. En cada centro religioso precolombino se erigió algún templo o santuario o apareció una Virgen de piel oscura. El culto adoptó ciertos elementos de ritos y creencias indígenas. Aunque, entre los cató-

licos, los intelectuales y la clase alta combatieron esta reducción de su religión monoteísta a un panteón de vírgenes y santos, a modo de deidades locales, nunca consiguieron erradicar de la Iglesia, ni en Europa ni en América, estas manifestaciones populares.

En un sincretismo similar se absorbieron creencias africanas. Rápidamente cada deidad africana importante se identificó con algún santo local, que adquiriría en la percepción de los esclavos, cuando no en la de los propios blancos, una especie de identidad dual. Los propios eclesiásticos fomentaban estos cultos especiales. En Brasil alentaron, por ejemplo, la devoción a Nuestra Señora del Rosario, que quedó reservada para los negros. Aunque se les enseñó a aceptar las celebraciones y devociones de los blancos se daba, asimismo, por sentado que los esclavos conmemoraran a su manera sus propias fiestas y santos. A este efecto, los esclavos se agruparon en los núcleos urbanos en asociaciones religiosas, conocidas como *irmandades* en Brasil y como *cofradías* en la América española. Cada una operaba como una entidad de ayuda mutua y preparaba la celebración anual de una particular figura religiosa. Había también organizaciones asistenciales, como, por ejemplo, las Santas Casas en Brasil, que contaron con sucursales distintas para mulatos y para negros. En Hispanoamérica, los cabildos de negros y de mulatos, organizados según nacionalidades u ocupaciones, se ocupaban sobre todo de la preparación de festividades. En Cuba estos cabildos fueron los centros de difusión del culto africano de santería. En las ciudades del Nordeste brasileño hubo incluso conjuntos de baile, los famosos *batuques*, en los cuales los negros se agrupaban según su procedencia africana.

Cada ciudad y cada pueblo de Iberoamérica, por pequeño que fuera, contó con hermandades y asociaciones de este tipo. Estas en algún momento llegaron a reclutar hasta un tercio de los esclavos y una mayoría de los libres de color. Fue, sin embargo, en Minas Gerais donde alcanzaron su mayor riqueza y esplendor. Prohibido por la metrópoli el establecimiento de órdenes religiosas en la región minera, las hermandades emprendieron aquí actividades que no solieron desarrollar en otras partes de América. Con amplia afiliación de esclavos y personas libres de color, manejaron importantes caudales; emprendieron una extravagante construcción de iglesias y patrocinaron numerosas obras de música y de arte del barroco, el estilo floreciente a la sazón.

Hermandades y cofradías fueron en su época muy renombradas, tanto por sus fiestas anuales como por sus conflictos con las autoridades blancas. A los reclamos de las asociaciones de esclavos y libres de color en pro de una mayor autonomía y del control sobre sus templos y cementerios se oponían persistentemente las organizaciones fraternales de blancos. A pesar del temor que estas exigencias suscitaban, las hermandades de negros y mulatos solían, en realidad, aceptar la cultura dominante y tendían normalmente a integrarse. Ciertamente es también que estas organizaciones fomentaron el sentimiento de orgullo y legitimaron las ac-

tividades religiosas de negros y mulatos. Andando el tiempo, los cultos africanos tuvieron que crear iglesias independientes para sobrevivir. Su postura viró entonces a una de rechazo y oposición a los valores de la clase de los amos. Estos cultos, decisivos para el desarrollo de los aspectos distintivos de la cultura afroamericana, terminaron por competir con el cristianismo, al que reinterpretaron para un público de esclavos.

De los poblados de las plantaciones y de los barrios bajos de las ciudades surgió, por ende, la cultura afroamericana. Esta dio a los esclavos un sentido de comunidad y de identidad propias, que les permitió sobrellevar los rigores de su integración forzosa en la sociedad de los blancos. No era una cultura homogénea. Sus aspectos integradores fueron simples expresiones de una subcultura de la cultura occidental de los blancos; otros, al revés, opuestos a la sociedad dominante, fueron exclusivos de los negros. Este esquema contradictorio fue casi inevitable ante la ambigüedad, teñida de hostilidad, que la cultura de los blancos manifestaba hacia el esclavo. Por un lado, el amo lo había incorporado como su semejante en una iglesia universal. La legislación latinoamericana recogía asimismo la presunción de que el esclavo se convertiría finalmente en hombre libre de esa misma sociedad que lo sojuzgaba. Además, nadie negaba la esencial humanidad del esclavo. Pero, al mismo tiempo, la sociedad blanca fue fatalmente racista; se resistía a aceptar la identidad y la valía propias del negro y se amañó para crear una ciudadanía de segunda clase para el esclavo liberado. La movilidad y el ascenso sociales fueron posibles para bastantes antiguos esclavos como para no borrar toda esperanza; el precio fue siempre, sin embargo, renunciar a su identidad cultural como afroamericano y a su calidad de negro. No ha de sorprender, pues, que la cultura creada por el esclavo en América sirviera para dos propósitos opuestos: integrarlo en la sociedad dominada por el amo blanco y proporcionarle una identidad y un sentido que lo protegieran de la opresión y de la hostilidad de esa misma sociedad.

## Capítulo 9

### Resistencia y rebeliones de esclavos

La creación de un sentimiento de identidad y de comunidad entre los esclavos africanos de América latina fue esencial para su supervivencia como sociedad y como grupo. Establecieron familias, educaron a sus hijos y tuvieron sus creencias, todo lo cual daba legitimidad a sus vidas. Sin embargo, éstas estaban en buena parte bajo el imperio de otros. Sus ocupaciones, definidas por los amos, no estaban organizadas en general, como entre las demás clases trabajadoras, en torno a la unidad doméstica. Incluso su comportamiento social, si chocaba con el dominio o con las normas consideradas aceptables por los blancos, era sometido a constreñimientos. Además, la violencia física, inherente a un régimen que tenía al esclavo por bien mueble, generaba un nivel de miedo y de indefensión sin paralelo en América con otras formas de relaciones laborales o de clase. Esta violencia provenía de arriba, y poco podía hacer el esclavo para contenerla o modificarla. Hasta su bienestar material y el de su familia estaban a merced del amo y supeditado a circunstancias fuera de su alcance.

Por más que su cultura y su comunidad lo hicieran sentir adaptado a la sociedad americana donde se hallaba, el esclavo experimentaba siempre cierto grado de dependencia y de falta de disposición sobre su propia vida. Estos sentimientos generaban hostilidad e inseguridad con respecto a la totalidad del sistema. A quienes eran incapaces de conformarse o de refrenar su individualidad, o tan desafortunados como para no encontrar ninguna autonomía o protección dentro del sistema, les quedaban como salidas la fuga o la rebelión.

La mayoría de los gobiernos de América latina y Caribe procuraron proveer al esclavo de alguna protección. Este reconocimiento de su esen-

cial condición humana derivó de un conjunto de leyes medievales, influidas, a su vez, por el derecho romano. Los códigos ibéricos, por ejemplo, las *Siete partidas* del siglo XIII, admitían que la esclavitud era una institución «contraria a la razón natural» (Partida IV, Título XXI, Ley I) porque por ella «el hombre, la más noble y libre de las criaturas salidas de la mano de Dios es puesto bajo el poder de otro...» (Partida IV, Título V). Este reconocimiento no impedía, por supuesto, al Estado legitimar cualquier contrato de propiedad o venta de esclavos. Implicaba, sin embargo, que, aun aceptando la necesidad de la esclavitud, le incumbía en tanto administrador de justicia garantizar algunos derechos mínimos para el esclavo.

De los tres derechos humanos fundamentales reconocidos por la legislación romana, el concerniente a la libertad personal quedaba automáticamente descartado en la esclavitud. En cambio, no contradecían su existencia los relativos a la propiedad y a la seguridad personales. Tampoco interferían con su definición como bien mueble otros derechos secundarios, como los que hacían al esclavo responsable de sus actos voluntarios y los que le garantizaban como cristiano su acceso a los sacramentos.

En cuanto a la seguridad personal, las Partidas de Alfonso X de Castilla, así como las detalladas *Ordenações manuelinas* portuguesas de principios del siglo XVI, determinaban que el asesinato de esclavos por su amo o por cualquier otra persona era un delito punible con la muerte. Difícilmente habrá llegado a ser ejecutado algún amo en la península ibérica por este crimen; unos cuantos, empero, fueron exiliados o pagaron multas elevadas. Las leyes protegían también a las mujeres y niños de violación y abusos por parte del amo. Con arreglo a la propiedad personal, el código castellano y el portugués garantizaban al esclavo su peculio, aunque dejaban en manos del amo ciertos derechos sobre esos bienes. Contra lo que ocurriría posteriormente en sus colonias, la legislación ibérica imponía restricciones al derecho de propiedad y al de concertar contratos del esclavo. Mostraba, por el contrario, gran firmeza en lo concerniente a la obligación del estado de facilitar la transición a la libertad y garantizar en principio el derecho a la compra de sí mismo.

En relación con los derechos secundarios, disponía que los esclavos podían ser sometidos a juicio por el Estado. En las Ordenanzas manuelinas estaban de hecho sujetos a los mismos castigos que la clase más baja de personas libres. La única diferencia con ésta era que el amo podía pagar las multas u obtener la conmutación de la sentencia contra el esclavo mediante algún arreglo monetario con el Estado. Se les reconocía a los esclavos la facultad, aunque en calidad de dependientes, de actuar como testigos, y el derecho a concertar cierto tipo de contratos. En realidad, todos estos derechos, por lo general bastante restringidos, nunca dejaban de tomar en consideración el derecho de propiedad del amo sobre su esclavo. No hubo, empero, dentro del mundo ibé-

rico, ninguna ley, ni de la Corona ni de municipio, que negara al esclavo derechos humanos básicos, por mucho que respaldara su condición de bien mueble o las necesidades del amo.

La Iglesia Católica, rica propietaria de esclavos, admitió que los africanos tenían un alma inmortal y les concedió el derecho a los sacramentos. Aunque más lerdá que el Estado en pronunciarse acerca de la esencia y de la vida de los esclavos, la Iglesia tenía ya para el siglo XVI el programa de evangelización en marcha. Los primeros sínodos de obispos en América dedicaron buena cantidad de medidas al proselitismo entre los esclavos. Les concedieron tiempo para el culto y establecieron que el acceso a los sacramentos estaba por encima de toda oposición del amo, hasta el punto de hacer que la Iglesia comprara al esclavo en casos en que no se pudieran garantizar de otro modo sus derechos como cristiano. Se preocuparon incluso legitimar las prácticas africanas de matrimonio y parentesco desde el ángulo de la doctrina cristiana. Considerados, al igual que los indígenas americanos, como paganos, se excluyó a los africanos de las órdenes religiosas y del clero; pero, como contrapartida, no fueron sometidos a la jurisdicción de la Inquisición y se les permitió incorporarse a las hermandades religiosas. Las iniciativas y las preocupaciones expresadas por los sínodos americanos fueron, a fines del siglo, plenamente refrendadas por el Concilio de Trento.

Aparte de obligar al amo a conceder tiempo al esclavo para participar en el culto y en los sacramentos, la Iglesia Católica trató, en Iberoamérica, de legitimar las uniones de esclavos. En cuanta sociedad se practicó el matrimonio eclesiástico, tanto el Estado como la Iglesia hubieron de garantizar la integridad moral y sexual de la familia esclava interviniendo para impedir la separación de los esposos por venta de uno de ellos. De este modo se protegía efectivamente a las parejas casadas legalmente. Ahora bien, dada la frecuencia de uniones consensuales, en realidad muy pocos esclavos podían beneficiarse de esa protección. Aunque con marcadas variaciones, según las regiones y la personalidad del amo, cabe calcular que, en el siglo XIX, no más de entre un décimo y un quinto de las parejas de esclavos vivían, en la América española y portuguesa, en matrimonio legal —una cifra por debajo de las comunes en otras clases de sus respectivas sociedades. Las uniones legales, sin embargo, escasearon todavía más en las posesiones francesas de las Antillas y prácticamente no se dieron en las británicas y holandesas.

La presión de la Iglesia afectó, en cambio, en mayor medida otros aspectos de la vida de los esclavos. Con su acción garantizó, aun contra la oposición de los amos, el ejercicio de ciertos derechos secundarios decisivos para reforzar vínculos entre los esclavos. Hacia fines del siglo XVIII o principios del XIX, todos ellos eran cristianos y la mayoría disponía de tiempo libre en días domingos y festivos para dedicar tanto al culto como al trabajo por su cuenta. Con la sanción y protección

eclesiásticas, el compadrazgo y la pertenencia a confraternidades reforzaron la amistad y la cooperación entre esclavos. Por último, la política de proporcionar santos negros como objetos de devoción, por más que de corte claramente paternalista, permitió la supervivencia de creencias religiosas africanas.

Ninguno de los antiguos códigos ibéricos que trataban sobre la esclavitud pasó al Nuevo Mundo sin modificaciones. En parte habían sido revisados ya durante el siglo xv o el xvi para adaptarlos a los cambios ocurridos en la composición de la fuerza de trabajo servil y a los diferentes antecedentes religiosos de los esclavos africanos. Al trasladarse a las colonias, la legislación, diseñada para una esclavitud ante todo doméstica, tuvo que ser ajustada a la nueva realidad de las plantaciones. En algunos casos, la modificación de las leyes serviría para precisar determinados derechos de los esclavos; pero, en otros, limitaría sus beneficios. Había, además, diversidad entre los regímenes fundados en el código romano; no todos proveían de la misma facilidad para recurrir a un tribunal ni mostraban la misma sensibilidad hacia las necesidades de los esclavos. Por otra parte, muchos de sus derechos fundamentales eran suspendidos en tiempos de crisis o de rebelión. En el periodo entre 1791 y la tercera o cuarta década del siglo siguiente, cuando cundía el temor al eco de la rebelión haitiana, la clase de los amos intentó incluso invalidar la legislación protectora.

El cambio jurídico más importante en Iberoamérica fue el reconocimiento pleno del derecho de comprarse a sí mismo o coartación. Implícito ya en la legislación antigua, este derecho se convirtió rápidamente en el Nuevo Mundo en práctica consuetudinaria. Formalmente admitido a principios del siglo xviii por la Corona, tanto la española como la portuguesa, todos los tribunales coloniales establecieron procedimientos consuetudinarios para su tramitación. Su ejercicio presuponía los derechos del esclavo a la propiedad privada y a concertar contratos, que, muy circunscritos en la legislación europea, en la iberoamericana alcanzaron plena vigencia. En los dominios españoles y lusitanos, y en menor grado en los franceses, se permitió al esclavo guardar el excedente del producto de sus conucos o, si estaba alquilado, cuanto ganara por encima del precio de alquiler. El trabajo en días domingo y festivos, aceptado por la Iglesia, fue considerado una manera legítima de ganar dinero. Consentir que el esclavo poseyera propiedad privada tenía, desde el punto de vista económico, sus ventajas. Le proporcionaba incentivos para trabajar y con frecuencia permitía al amo reducir los costos de su mantenimiento. Pero también le daba al esclavo la posibilidad de comprar su libertad, aun contra la voluntad de su dueño. El ejercicio de este derecho fue engrosando en Cuba y en Brasil la cohorte de libres de color desde mucho antes de la emancipación.

Los archivos judiciales de Iberoamérica están llenos de casos de coartación en los que el Estado intervino para dictaminar sobre la justicia del precio fijado o de las cantidades entregadas a plazos. Iniciada

muy temprano en la era colonial, la compra de la propia libertad, reforzada por la legislación vigente, se fue difundiendo cada vez más hasta el siglo xix. Fue un instrumento bien conocido por los esclavos urbanos que deseaban disponer en alguna medida de su vida antes de obtener su libertad completa. Tras hacer un pago inicial para su rescate, el esclavo no podía ser vendido ni traslado fuera de su residencia habitual; en el peor de los casos, le quedaba el recurso de apelar a las autoridades para defender sus derechos en contra del amo.

Estudios realizados por norteamericanos sobre la legislación europea concerniente a la esclavitud demuestran que otros regímenes marcharon en dirección opuesta. Ejemplo de ello es el *Code Noir*, uno de los más opresivos de América que, promulgado en 1685 para las colonias francesas de las Indias Occidentales, estuvo vigente hasta la Revolución Francesa y luego por un tiempo en el siglo xix. Este código determinaba sin más que el esclavo era un bien mueble sin ningún derecho a propiedad ni a protección personal. Fijaba penas severas para los fugitivos y concedía al amo el derecho a castigar al esclavo a su discreción. Este no podía concertar contratos y carecía hasta de los derechos mínimos otorgados a hijos u otros dependientes. Su acceso a los sacramentos estaba limitado. No podía casarse sin el consentimiento del amo; aunque obligado a bautizarse, tampoco se le concedía ningún tiempo libre para el culto y la doctrina. Únicamente en un sentido fue el *Code Noir* plenamente favorable al esclavo: en relación con la manumisión. Aunque no contemplaba al principio la coartación, reconocía al esclavo liberado por el amo una ciudadanía plena. Esta disposición, por cierto a la vanguardia de su época, fue motivo, en las colonias francesas, de interminables conflictos en el siglo xviii entre blancos y libres de color. Los blancos intentaron una y otra vez restringir los derechos de los manumisos, hasta conseguir, normalmente por períodos breves, prohibir la manumisión y denegar la igualdad a los ya liberados. Pese a esta oposición, los libres de color de las posesiones francesas constituyeron una de las clases más importantes y económicamente poderosas de la América esclavista, aunque el draconiano *Code Noir* le impidiera alcanzar como grupo el tamaño que tuvieron en las colonias ibéricas. La compra de la propia libertad se convertiría con el tiempo allí también en un derecho consuetudinario, pero menos desarrollado y difundido que en Iberoamérica.

Los historiadores suelen restar importancia a las leyes en su aplicación diaria a los esclavos en América. Con todo, es evidente que el edificio entero de la esclavitud no podía construirse sin el apoyo del Estado. La propiedad es por naturaleza una institución legal, así como los contratos pueden existir sólo si hay un tribunal capaz de obligar a su cumplimiento. Sin Estado no hubiera habido esclavitud. A pesar de que se daba, sin duda, preferencia a los derechos del amo antes que a los del esclavo, el Estado no podía dejar de tener un interés genuino en el funcionamiento global de la «peculiar institución», como la llamaban

los norteamericanos. No fue casual que la esclavitud indígena se acabara en el siglo xvii cuando la Corona, tanto de España como de Portugal, se negó a reconocer su legalidad. Del mismo modo, la abolición surtió efecto en las sociedades esclavistas cuando sus gobiernos decidieron por fin declarar nulo e inválido todo contrato de esclavitud. Estas afirmaciones no implican, naturalmente, que en todo tiempo y en todo lugar se cumplieran rigurosamente las leyes más favorables al esclavo. La práctica difería enormemente de una nación a otra e incluso de una zona a otra: En general, cuanto más ligado estaba el esclavo a la plantación y al trabajo rural, menos recurso legal para la reparación de sus agravios tenía. Sin embargo, los aspectos fundamentales de las leyes fueron lo suficientemente conocidos como para brindar a un número considerable de esclavos una mínima protección legal.

Pese a esta protección, cantidad de esclavos vivieron sometidos a la arbitrariedad del amo o del capataz. Para ellos, el único recurso fue la fuga o la violencia. Desde los comienzos de la esclavitud americana menudearon las evasiones y el cimarronaje. Habitualmente, esta fuga de la plantación era temporaria, ya que la mayor parte de los huidos se escondía en algún bosque cercano. Este *petit marronage*, como lo llamaron los franceses, fue tan corriente que casi todas las sociedades esclavistas de Latinoamérica y Caribe habían elaborado procedimientos para intervenir cuando la situación se presentaba. En Cuba, por ejemplo, el fugitivo solía buscar fuera de la plantación un mediador —sacerdote, médico o esclavo capataz de su confianza— que garantizara que no habría represalias. Dados los costos de las ausencias prolongadas, plantadores y mayorales estaban por lo común dispuestos a negociar. En ocasiones, las demandas del fugitivo eran más complejas. Así, en Bahía, algunos esclavos huidos se negaron, en el siglo xviii, a volver a la plantación a menos que se les concediera más tiempo libre para trabajar sus conucos.

No obstante la intervención de mediadores, podían tomarse represalias: el esclavo era azotado, encarcelado o quizá torturado. Otras veces, sin embargo, era aceptado de vuelta con poco castigo. La reacción del amo estaba condicionada por el temor a que el *petit marronage* se convirtiera en *grand marronage*. Si no había negociación o si sus términos se violaban, el esclavo abandonaba las vecindades de la plantación y huía para siempre. La posibilidad de sobrevivir en libertad dependía de diversos factores: la existencia de bosques densos o montañas inaccesibles a cierta distancia de la plantación; de disponer allí de suelos y climas apropiados para la producción de alimentos; y, donde había indígenas, que éstos mostraran un ánimo más o menos cordial.

La ciudad o los grupos de color libres también sirvieron de refugio para el fugitivo. Estas escapatórias eran posibles sólo si a poca distancia de la plantación existía algún centro urbano con numerosos libertos y esclavos trabajadores independientes o, en su defecto, alguna extensa población de campesinos de color libres. No era fácil para la po-

licía dar con un fugitivo escondido entre ellos; abundaban los pedidos de captura de esclavos en que se aclaraba que éstos se hacían pasar por personas libres. Mientras que en muchos regímenes esclavistas de América existieron fronteras rurales, sólo en Brasil e Hispanoamérica hubo ciudades o poblaciones de color suficientemente grandes como para servir de asilo a los prófugos.

Los cimarrones solían tener objetivos bastante conservadores: escapar de la esclavitud y llevar una vida normal de campesinos libres. Para establecer comunidades permanentes y autónomas, necesitaban mujeres, herramientas, semillas y otros suministros; e incursionaban una y otra vez en las zonas de plantaciones para abastecerse. Por más que escapar y desaparecer era su ambición primordial, los cimarrones solieron, pues, convertirse en depredadores para sobrevivir. Terminaban así en abierto, a menudo sangriento, conflicto con blancos y con otras clases libres. En Brasil sus comunidades se transformaron además en refugio de fugitivos de toda laya y fueron, por tanto, objeto de constantes ataques por parte de las autoridades. Asimismo, en ocasiones, aunque raras, comunidades cimarronas se unieron, en Brasil y en las Guayanas, a grandes rebeliones de esclavos o de otros opositores contra el orden establecido. Tan encarnizado se hizo el conflicto entre cimarrones y plantadores, que éstos armaron mercenarios, blancos y negros, o emplearon milicias locales para acabar con sus comunidades y recapturar a los huidos. Estas interminables hostilidades, sumadas a las dificultades propias de montar una comunidad cimarrona permanente, convertían a la empresa en algo sumamente arduo. Si alguna tuvo éxito, ello se debió en buena parte a la concurrencia de diversas circunstancias favorables.

En las Indias Occidentales, las llamadas comunidades de *maroon* tuvieron su origen por lo común en fugas de multitud de esclavos ocurridas en momentos de inestabilidad política y social dentro de la sociedad blanca. Las muy célebres de Jamaica se constituyen cuando esclavos de haciendas españolas huyeron en masa hacia el interior al invadir los ingleses la isla a mediados del siglo xvii. En las Guayanas, daban ocasiones en que invasiones militares extranjeras, que desbarataban el sistema de control establecido por los plantadores locales, fueron aprovechadas por los esclavos para fugarse. Una vez consolidadas y conocidas por los esclavos del lugar, estas comunidades podían sobrevivir y prosperar sin la mediación de acontecimientos externos como guerras o invasiones extranjeras. Antes de que la formalización de tratados entre *maroons* y blancos cortara el trasiego, nuevos fugitivos se daban maña para llegar a ellas, donde por lo general eran bienvenidos.

Todas las sociedades esclavistas tuvieron comunidades de fugitivos; pero Brasil se llevó probablemente la palma. Sus *quilombos*, como allí se llamaron, numerosos y perdurables, se difundieron por todo el territorio. La Corona portuguesa definió «quilombo» como toda comunidad de cinco o más esclavos fugitivos en un decreto de 1741. Comunidades de esta naturaleza existían, empero, desde un siglo antes y siguieron

propagándose hasta mediados del XIX. Su proliferación en Brasil se debió tanto a la cantidad de mano de obra esclava allí introducida como a la existencia de fronteras en casi todas las regiones de producción agrícola y minera. Las fronteras brasileñas, a diferencia de lo que ocurrió en los Estados Unidos en el Ochocientos, no estaban cerradas por tribus hostiles ni por colonos blancos; las habitaban en cambio fugitivos de la justicia y una numerosa clase, esencialmente marginal, de mestizos conocidos como *caboclos*.

La importancia de los quilombos se relacionó con la distribución de esclavos por el territorio brasileño. Quilombos, los hubo hasta en el confín meridional de Santa Catarina; los más antiguos y poblados surgieron, sin embargo, en la región azucarera del Nordeste. Entre éstos, el más famoso fue el de Palmares, en la capitania de Pernambuco, situado en el actual límite entre este estado y el de Alagoas. La República de Palmares unificó diversas comunidades, que habían superado su etapa predatoria y alcanzado un floreciente desarrollo agrícola fundamentalmente autónomo. Los distintos pueblos, construidos con fortificaciones, se organizaron en un estado centralizado, recolector de impuestos, bajo el mando de un rey. Su religión, así como su agricultura, combinaban elementos de linaje africano, europeo y americano. Originadas en los primeros años del siglo XVII, estas comunidades ganaron gran número de adherentes en los decenios siguientes a causa de los conflictos entre portugueses y holandeses. En la década de 1690, en el apogeo de su poder, Palmares albergaba unas 20.000 personas, muchas de las cuales llevaban tres generaciones en la comunidad. Portugueses y holandeses atacaron Palmares repetidas veces a partir de 1630; pese a ello, la comunidad siguió prosperando y llegó incluso a poseer un ejército propio mantenido por el Estado y equipado con armas robadas o compradas al enemigo. En los años de 1670, su rey, Ganga-Zuma, dispuesto a firmar un tratado de capitulación con los portugueses, fue asesinado por dirigentes más jóvenes, que continuaron la lucha. Fuerzas financiadas por la Corona lograron, finalmente, tras sesenta años de campaña, destruir la República en 1695.

En los siglos siguientes surgieron otros importantes quilombos, algunos en zonas distantes y deshabitadas y otros próximos a pujantes centros esclavistas. En la región minera de Minas Gerais, el Reino de Ambrosio o Quilombo Grande llegó a sumar casi 10.000 esclavos distribuidos en diversos palenques, como se llamó a esos pueblos defendidos por estacadas. Tras enconada resistencia, el quilombo fue aniquilado en el decenio de 1740. El de Pará, en el pueblo de Trombetas sobre el río Amazonas, al noroeste de Manaos, creado en 1820 por Atanasio, un esclavo *cafuzo*, o sea de sangre india y negra, fue excepcional por su activa intervención en la economía de mercado. Su comercio abarcó no sólo a indios y a blancos de las proximidades, sino también la Guayana holandesa, adonde exportó cacao y otros productos. Destruído en 1823, cuando cobijaba unos 2.000 cimarrones, fue restaurado

por Atanasio y perduró hasta el decenio siguiente. Un grupo desprendido de esta comunidad fundó río arriba Cidade Maravilha, que hacia 1850 mandaba sus niños a pueblos de blancos para ser bautizados. En el siglo XIX, diversos quilombos participaron en insurrecciones de blancos contra el poder imperial. En Maranhão, a fines del decenio de 1830, el quilombo de Campo Grande, gobernado por el cimarrón Cosme Bento das Chagas, aportó un ejército de 5.000 antiguos esclavos a la revolución liberal desencadenada por blancos del lugar. Tropas imperiales acabaron pronto con los republicanos de Maranhão y se volvieron luego contra el quilombo de Campo Grande, al que destruyeron.

Los casos descritos fueron, naturalmente, excepcionales. Los cientos de quilombos que han dejado su nombre en la topografía brasileña fueron más bien comunidades pequeñas, de entre veinte y cincuenta antiguos esclavos, que trataban por todos los medios de pasar desapercibidas. Algunas se mezclaron con caboclos y otros grupos que practicaban una agricultura de subsistencia hasta perderse confundidas con ellos. Otras fueron tan osadas como para instalar, aunque fuera temporalmente, sus casas cerca de las ciudades más importantes. De cualquier modo, estos quilombos existieron en todo tiempo y en todo lugar en Brasil y sirvieron de refugio a los esclavos fugitivos, tanto más cuando los brasileños no acostumbraron a negociar tratados con los pueblos cimarrones para cerrarlos a nuevos prófugos.

Estas comunidades existieron asimismo en Hispanoamérica, pero aquí no fueron tan numerosas ni tan importantes como en Brasil. Surgieron sobre todo en zonas rurales aisladas donde se había erigido alguna industria —minería, pesca, ganadería o granjería. Las montañas que bordean las costas de México, Panamá y norte de las actuales Venezuela y Colombia cobijaron algunas de las más populosas y activas. Una de las primeras fue la que, en 1549, pescadores de perlas huidos fundaron frente a la costa venezolana en la isla de Margarita, sede de uno de los regímenes esclavistas más brutales. De 1553 a 1559, un africano de linaje noble conocido como el rey Bayano, dirigió en Panamá un numeroso grupo de cimarrones. Pero la época de mayor profusión en el istmo la marca el decenio de 1570, cuando Francis Drake se encontró allí con unos 5.000 cimarrones, muchos de los cuales se unieron a las correrías del inglés. Venezuela contó también con importantes palenques, entre ellos el establecido hacia mediados del siglo XVI por el rey Miguel, un esclavo criollo de Puerto Rico, cabeza de una revuelta de trabajadores en las minas de oro venezolanas. En esta ocasión unos ochocientos esclavos se organizaron bajo un gobierno que combinaba aspectos religiosos y civiles de la sociedad española. Este palenque, al igual que otros de Panamá, acogió también a indios rebeldes. Ambos grupos convirtieron a esas regiones en escenario de continuas incursiones.

La vecina provincia de Cartagena, sobre la costa caribeña de Colombia, fue también refugio de esclavos fugitivos. Hacia 1690, durante

una gran campaña, las tropas encontraron allí alrededor de una docena de palenques, de los cuales cuatro albergaban más de 200 personas cada uno. Sus pobladores estaban gobernados por reyes y dirigentes religiosos; pero la agricultura se organizaba por unidades familiares. Aquí, como en Venezuela y en México, aunque grupos reducidos de cimarrones lograron sobrevivir hasta la abolición, sus poblaciones empezaron a decaer, entre fines del siglo XVII y comienzos del siguiente, debido a la declinación de la esclavitud en estos sitios y a la progresiva ocupación de tierras antes deshabitadas.

En el Caribe, las comunidades cimarronas se extinguieron hacia fines del siglo XVIII. De cualquier modo, ni siquiera en su momento de proliferación constituyeron una alternativa viable para la mayoría de los huidos. Ningún régimen esclavista aceptó con ecuanimidad la existencia de estas comunidades. Como sucedió en Palmares, llegada la ocasión, milicias locales o incluso tropas nacionales las destruían y volvían a esclavizar a sus pobladores. Algunas fueron, sin embargo, capaces de rechazar una y otra vez los ataques. Cuando se les hacía demasiado difícil su exterminio, los blancos prefirieron, ante el peligro que representaban, negociar formalmente tratados de paz. Uno de los primeros fue el firmado en 1609 en la región de Verachuz con un cimarrón llamado Yanga. Por él se reconocía la legalidad de la comunidad y se otorgaba a unos cien antiguos esclavos la libertad, a cambio de terminar con las correrías y devolver a los esclavos fugitivos que llegaran en adelante. El más famoso, el convenio con los *maroons* de Jamaica, se celebró en el decenio de 1730, seguido por otros con cimarrones de las restantes islas. Los más duraderos fueron los que, hacia 1760, garantizaron a los cimarrones de Surinam su independencia. Todos estos acuerdos se concertaron a costa de los futuros fugitivos; obligaban a los cimarrones a aceptar un representante del gobierno de los blancos dentro de su territorio y a devolver los esclavos huidos con posterioridad al tratado. Puesto que, por un lado, los recién huidos cedían con mayor facilidad ante las ofertas de retorno a la plantación y que, por el otro, las fugas provocaban la hostilidad de los plantadores y de las autoridades, los cimarrones solían aceptar esos acuerdos si con ellos salvaguardaban su independencia. Incluso en Brasil, donde no hubo tratados formales, se negoció algún arreglo con los quilombos para dejarlos en paz a cambio de que devolvieran a los nuevos fugitivos.

En las Antillas, las comunidades de cimarrones fueron a la postre destruidas a medida que las plantaciones invadían fronteras antes inaccesibles y aisladas. Cabía siempre justificar los ataques en virtud de la acogida que en esas comunidades encontraban esclavos fugitivos no devueltos, pese a los tratados, a sus amos. En Brasil, Cuba y colonias al norte de América del Sur perduraron hasta la abolición de la esclavitud zonas de frontera donde poblaciones cimarronas pudieron sobrevivir, transformadas, andando el tiempo, en comunidades campesinas con una agricultura de subsistencia. Únicamente los *Bush negros* de Su-

rinam y los *Black caribs* de Dominica y Centroamérica pervivieron como grupos diferenciados por rasgos culturales marcadamente africanos o amerindios.

La posibilidad de escapar del sistema por un tiempo más o menos largo y de hallar refugio entre gentes de color en la ciudad, el campo o la frontera, sirvió al fin de cuentas como válvula de seguridad para el régimen de plantación. Mientras la huida fuera factible, las presiones internas que solían acumularse eran manejables. Con frecuencia, sin embargo, la fuga era imposible, o demasiado inmediata e inicu la provocación. En situaciones tales, la violencia de los esclavos se volvía hacia adentro y estallaba la rebelión. Rebeliones contra los amos, las hubo de toda guisa, desde sumamente espontáneas hasta cuidadosamente planeadas; desde guerras raciales de exterminio hasta elaborados ataques contra objetivos seleccionados. En algunas, cualquier victoria era a sabiendas imposible; otras abrieron el camino al cimarronaje o forzaron a los gobiernos a apresurar la abolición; una alcanzó todas sus metas.

En todos los casos, la revuelta fue, sin embargo, el recurso último de hombres y mujeres desesperados ante los abusos de la esclavitud. Del siglo XVI en adelante, todas las sociedades esclavistas de América presenciaron levantamientos de esclavos. Es difícil hacer generalizaciones para procesos sociales tan complejos; con todo, caben algunas. Así, en regímenes donde preponderaban los africanos las revueltas solieron ser más intensas y frecuentes que en donde los criollos constituían mayoría. Puesto que todo esclavo sabía bien cuáles eran las consecuencias de su rebelión; aquéllos más comprometidos con el orden social imperante tendían a ser más conservadores. A los recién llegados de África, con escasas vinculaciones familiares o locales, les arredraba menos el desenlace. Los nacidos en América, más ligados ya a una familia y a una comunidad, eran poco inclinados a rebelarse; pero incluso ellos fueron a veces provocados hasta vencer su moderación.

La revuelta era de ordinario espontánea e involucraba un corto número de esclavos. Que un esclavo agraviado matara al amo o al capataz sería lo más frecuente. Cuando un grupo de esclavos premeditaba actos de tal naturaleza, intentaba implicar a la plantación entera y planear una escapatoria, por lo general rumbo al cimarronaje. Se conocen, empero, ocasiones en que los esclavos montaron guerras raciales o de clase, cuyo propósito era eliminar a los amos y retener para sí la tierra. Estas luchas se dirigían o contra los blancos solos o contra otras clases serviles también. En sociedades esclavistas más evolucionadas, libertos y esclavos conspiraron juntos para crear una república de negros y mulatos. La reacción contra la esclavitud era instintiva, fundada en sentimientos universales de humanidad y de justicia. En ciertas oportunidades, sin embargo, las revueltas arrancaron de diferencias religiosas y se fundaron en complicadas cosmologías, a menudo con tintes milenaristas.

Las comunidades mineras apartadas propendieron más a rebelarse; lo contrario ocurrió en las granjas familiares. Cualquier congregación

numerosa de esclavos posibilitaba las conspiraciones y revueltas. Su frecuencia se aminoraba en zonas con una frontera variable o con una amplia clase de libres de color, o en sociedades que habían elaborado procedimientos aceptables para tratar con el *petit marronage*. Las variaciones en intensidad y oportunidad de las rebeliones dependieron no sólo de factores demográficos, geográficos o estructurales, sino también de cambios acaecidos con el curso del tiempo. Entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, los levantamientos empezaron a mostrar una mayor conciencia de clase y a formular claras demandas de mejora. La revolución francesa, así como la haitiana, encendieron por toda América conspiraciones y revueltas en pro de la emancipación de los esclavos y la igualdad para los libertos. Estas solieron estar encabezadas por blancos pobres o libres de color, pero comprendían también a esclavos. De este tener fueron la llamada conspiración de los sastres, ocurrida en Bahía en 1798, y el levantamiento en 1795 del distrito de Coro, en Venezuela. La primera fue a poco sangrientamente suprimida; el segundo alcanzó a montar un ejército de trescientos hombres que atacó diversos centros urbanos. En los decenios de 1820 y 1830, cuando los gobiernos metropolitanos eran inundados por demandas reformistas de corte liberal, la abolición se convirtió en las colonias en tema de incesante debate. Como resultado, las protestas de los esclavos, informados acerca de las reformas oficiales, maduraron hasta convertirse en movimientos masivos o en huelgas bien organizadas en demanda de mejores condiciones de trabajo, o de más tierras para sus cultivos de mantenimiento, o incluso en favor de la abolición de la esclavitud.

De las rebeliones documentadas, las más tempranas pertenecieron al tipo de las espontáneas y al de las guerras raciales, frecuentes durante los siglos XVI y XVII sobre todo en la América española. Una de las más antiguas, y más cruentas, tuvo lugar en los alrededores del puerto de Santo Domingo. En 1522, esclavos africanos de plantación se lanzaron allí a una desenfundada matanza de blancos y destrucción de cosechas; su objetivo era instalar una república negra. En la ciudad de México se registró ya en 1537 una conspiración de esclavos con intentos de incendio. En la isla de Margarita se alzaron en revuelta los pescadores en el decenio de 1540. Dada la dispersión de esclavos en México y en Perú entre las masas indígenas, levantamientos ulteriores los llevaron a cabo juntos fugitivos e indios «sin civilización»; éstos solieron concluir en cimarronaje. En el siglo XVII, alzamientos de esclavos sacudieron las minas de plata en el norte de México y las de cobre de Perú; en el XVIII, los depósitos de oro del Chocó, en Nueva Granada, fueron objeto de ataques perpetrados por esclavos y cimarrones. Ningún núcleo urbano de Latinoamérica y del Caribe se salvó de confabulaciones o revueltas de esclavos; tampoco ninguna zona de plantación. Las rebeliones masivas arreciaron, empero, al intensificarse el flujo de africanos a partir de fines del siglo XVIII.

Entre todas sobresalen la sublevación de esclavos de Haití en 1791 y la serie de rebeliones islámicas de Bahía entre 1808 y 1835. El ejemplo haitiano en particular se destaca por las cantidades implicadas, por su violencia y destructividad y, finalmente, por su éxito. Fue el único levantamiento de esclavos de América que consiguió acabar con el sistema de plantación, y el que tuvo consecuencias del más vasto alcance, que afectaron desde los precios mundiales del azúcar hasta las leyes de esclavitud por todo el hemisferio occidental. Que se desencadenara en un momento en que luchas civiles dividían a la clase de los amos, explica en buena parte su desenlace. Hasta entonces, estaba demostrado, escapar era a la postre la única victoria posible para los sediciosos, ya que aun en situaciones graves, si la clase de amos permanecía unida, el sistema de sujeción seguía intacto. Se necesitó una ruptura profunda del orden social, sumada a una guerra internacional, para que los esclavos haitianos pudieran matar a plantadores, ocupar sus tierras y liberarse de la esclavitud. Factores externos hicieron, pues, posible que una revuelta de esclavos madurara en una sublevación masiva, bien armada y capaz de derrotar a los diversos ejércitos profesionales que acudieron a la isla dispuestos a acabar con esa intolerable amenaza al orden establecido.

La rebelión de esclavos de Saint-Domingue estuvo vinculada íntimamente con figuras del culto vudú, así como con acontecimientos políticos internos e internacionales. En agosto de 1791, en medio de la confusión y de los conflictos suscitados por la disyuntiva de apoyar al rey o a la Asamblea, llegaron a la capital metropolitana noticias sobre una reunión de esclavos en el Bois-Caiman de Saint-Domingue, encabezada por un tal Boukman. Este, originario de Jamaica y al parecer un sacerdote vudú, informó a los esclavos que el rey francés les había otorgado tres días a la semana para trabajar en sus conucos, que el decreto con la concesión de estos beneficios estaba en camino a la colonia con la flota y que los plantadores se oponían a la reforma. El jamaiquino mostró documentos supuestamente provenientes del gobierno en París e instó a organizar una rebelión en apoyo de las mejoras concedidas. En el clima de agitación y de caos político reinante en la isla, las autoridades no percibieron ninguna amenaza por el lado de los esclavos; les preocupaba más la revuelta de los mulatos libres en defensa de sus derechos civiles. Dos días después de las manifestaciones de Boukman, en la tarde del 22 de agosto, se inició la rebelión. De la cantidad de esclavos movilizados y la coordinación con que actuaron, cabe deducir que esa reunión con Boukman había sido sólo una de muchas, en la cual se ultimaron los planes de un movimiento vinculado a cultos secretos africanos. En la primera noche fueron incendiadas muchas de las mejores plantaciones de la isla; a los pocos días quedaba devastado el llano septentrional, la región más rica de Saint-Domingue.

Una vez desencadenada y sin una oposición eficaz, la rebelión se transformó en una máquina de violencia que destruía todo lo que se le

enfrentaba. Boukman murió pronto en el ataque a la ciudad de Le Cap. Le sucedieron dos esclavos, Jean François y Biassou, ambos africanos. Surgieron también a la sazón otros dos jefes que habrían de desempeñar papeles fundamentales: uno, Jeannot, era partidario de convertir la rebelión en una guerra racial contra blancos y mulatos; el otro, Toussaint L'Ouverture, un respetado liberto que sabía leer y escribir, favorecía los objetivos políticos del movimiento y el concierto de compromisos. Esclavo de nacimiento, Toussaint había obtenido su libertad en 1776 y había sido educado por misioneros capuchinos. Al estallar la insurrección, se desempeñaba como trabajador calificado en una plantación esclavista. Aunque al principio no participara en la revolución, una vez incorporado ascendió a poco a su dirección. Los rebeldes firmaron alianzas con las fuerzas españolas que custodiaban la mitad occidental de la isla bajo dominio hispano, declararon su apoyo a Luis XVI y establecieron contactos con los franceses realistas más conservadores de Saint-Domingue. Jean François fue nombrado Grande de España durante estas negociaciones e incluso se habló de poner fin a la rebelión. Entretanto, las peleas en torno a los derechos civiles a punto de ser concedidos a los mulatos de la isla por la Asamblea Francesa, provocaron la ruptura entre las fuerzas de blancos y de mulatos y la toma del gobierno local por el grupo blanco más extremista. En consecuencia, los mulatos libres, muchos de ellos plantadores, se levantaron en el oeste de Saint-Domingue. La esclavitud sobrevivía aún en las regiones del este y del oeste; el agravamiento del conflicto en todos estos planos provocaría, empero, el derrumbe del sistema entero.

Toussaint asumió finalmente la jefatura de las fuerzas esclavas rebeldes del Norte, que derrotaron a los mulatos en el oeste encabezados por Rigaud. Tras la ejecución del rey francés, Toussaint viró hacia posiciones republicanas. Impuso un sistema de trabajo forzado en las plantaciones, con el intento de mantenerlas en producción. El gobierno francés premió su diligencia otorgándole el control total de la colonia. Bajo su mando, las fuerzas compuestas por libres y esclavos triunfaron sobre ejércitos expedicionarios enviados por España y por Inglaterra; aparte, consiguió atajar las demandas más radicales de los insurrectos. Sin embargo, el carácter cada vez más conservador del gobierno republicano en la metrópoli a últimos del siglo acarrearía la ruptura de Toussaint con los franceses y la desaparición efectiva de la esclavitud. En 1802, tropas napoleónicas apresaron a Toussaint y lo deportaron a Francia; se lanzaron luego a un ataque general contra los rebeldes con el propósito de restablecer la esclavitud en todas las colonias. En Guadalupe, donde la esclavitud había sido reemplazada por la condición de aprendiz, la volátil situación política interna permitió a los franceses lograr su objetivo. No ocurrió lo mismo en Saint-Domingue, donde los antiguos esclavos resistieron fieramente. Tras dos años de lucha cruenta, los franceses fueron derrotados. En enero de 1804, Haïti, bajo la jefatura de Dessalines, proclamó su independencia. Los dirigentes de la

nueva república procuraron, en vano, resucitar la antigua economía plantadora. Los campesinos de la isla estaban siempre listos para rebelarse ante el menor atisbo de restablecer la plantación. La industria azucarera se extinguió. En cambio, la cafetalera sobrevivió gracias al trabajo de familias campesinas.

La rebelión haitiana de esclavos dio, pues, lugar a campañas militares con todas las de la ley y, entre los esclavos, puso en marcha desde el principio un gobierno propio. Nada de esto se repetiría en la historia afroamericana. Lo sucedido en Guadalupe muestra que se necesitaba algo más que el colapso de la clase dirigente para el triunfo de una rebelión. Las vacilaciones de los jefes negros ante la preservación o no de las viejas plantaciones prueban, por otra parte, que sólo el rechazo masivo de los antiguos esclavos a cualquier restablecimiento del trabajo rural forzado salvaguardó el compromiso inicial de acabar con la esclavitud. Por último, la rebelión enseñaría a la clase de los amos que tanto las luchas internas como las emancipadoras contra el poder metropolitano podían poner en peligro el régimen que tanto les importaba preservar.

Pocas rebeliones esclavas contarían en adelante con el apoyo de blancos, ricos y pobres, ni siquiera con el de los libres de color. Típica por este aislamiento, aunque singular por sus motivaciones religiosas, fue la serie de revueltas que esclavos islámicos desataron en las zonas rurales y urbanas de Bahía entre 1808 y 1835. La primera estalló cuando esclavos *houssa* y *nago*, tras capturar plantaciones azucareras, pretendieron marchar sobre la ciudad. Para doblegarlos, hizo falta una violenta batalla. En 1810 se produjo otro levantamiento de esclavos musulmanes de plantaciones, al que siguió; en 1814, una revuelta de pescadores costeros. De éstos, unos cincuenta murieron a manos de tropas enviadas desde Salvador, no sin que antes cayera asesinado buen número de amos blancos. Entre 1816 y 1835 tuvieron lugar otros cinco levantamientos, en el campo y en la ciudad. En 1830, por ejemplo, veinte *escravos de ganho* armados se apoderaron del mercado de esclavos y liberaron a cien cautivos: La revuelta más importante fue, empero, la de 1835. Perfectamente organizada por esclavos musulmanes tanto en la ciudad como en las plantaciones, fue descubierta antes de que el plan se cumpliera por entero. Con todo, el número de esclavos armados bastó para causar muchas muertes y enormes daños a las propiedades. El terror cundió entre gobernantes y pobladores. Más de cien cabecillas *nago* de la rebelión fueron ejecutados. La represión, que no escatimó ni a los libres de color, fue tan brutal que no habría en la región ningún otro levantamiento de envergadura en los años siguientes.

Quizá más famosa como rebelión frustrada que como movimiento efectivo, la de 1844 en Cuba, conocida como la Conspiración de Plácido o de la Escalera, tuvo en la isla consecuencias similares a las revueltas de esclavos islámicos en el Nordeste brasileño. La conspiración se desarrolló en una época de creciente represión por parte de las autoridades

y de agitación por parte de la población libre en reclamo de un gobierno autónomo, o incluso independiente. En 1842, la legislación más o menos liberal de 1789 sobre la esclavitud, había sido reemplazada por otra más rigurosa. Al mismo tiempo, el rápido crecimiento de la clase de color libre agudizaba las tensiones económicas y sociales entre las razas. Esta situación ahondaba la frustración de los libres de color, muchos de los cuales habían alcanzado posiciones importantes como profesionales. Como los mulatos libres de Saint-Domingue, ellos reclamaban mayores derechos políticos. La conspiración puesta en marcha en 1844 por este grupo pretendía la independencia para Cuba y de cierto tipo de emancipación para los esclavos que se unieran a la revuelta. Los conspiradores fueron por cierto bastante ineptos; estaban también en contacto con los más enardecidos de los representantes ingleses en la isla. Descubiertos por las autoridades mucho antes del inicio del alzamiento, unos 3.000 conspiradores fueron juzgados por tribunales militares. De 300 a 400 fueron exiliados y once ejecutados, entre éstos, un cubano de color libre, el poeta Gabriel de la Concepción Valdés, conocido como Plácido. Aunque malograda, la conspiración dio pretexto para perseguir con saña a los libres de color y endurecer las condiciones de vida de los esclavos en la isla.

Las guerras de independencia en América fueron también ocasión para que estallara, aunque en forma limitada, la violencia de los esclavos. Ambos bandos se apoderaban de esclavos como botín, para incorporar los luego a sus fuerzas. Cuanto la guerra dejaba los campos assolados, los esclavos aprovechaban para huir y refugiarse en el cimarronaje. Los partidos en pugna fueron, por lo general, ambivalentes en lo concerniente a la participación de los esclavos. Terminada la lucha, la mayor parte de la tropa esclava fue devuelta a su condición anterior y los grupos que se habían organizado autónomamente reducidos nuevamente a cautividad. Así ocurrió, por ejemplo, en la complicada guerra venezolana de independencia, donde poco hicieron los republicanos en favor de los esclavos a pesar de la promesa de liberarlos hecha por Bolívar en 1816 a Haití a cambio de su apoyo. Esta reticencia era inevitable, puesto que los jefes blancos rebeldes pertenecían en su mayoría a la oligarquía de los plantadores. Mal podían estar, pues, ansiosos por destruir las bases de su bienestar. Ilustra también la ambigüedad de esas relaciones la revuelta republicana de Maranhão contra el imperio brasileño entre 1830 y 1841, ya mencionada. Aunque los esclavos bajo el mando de Cosme Bento das Chagas apoyaron con sus armas a los republicanos, estos blancos miraban con poca simpatía sus reclamos abolicionistas; en 1840, las tropas de esclavos, abandonadas a su suerte, fueron destruidas y sus jefes ejecutados.

Revueltas, rebeliones, conspiraciones y protestas fueron sólo una parte de la hostilidad manifestada por los esclavos a raíz de su condición. En todas las sociedades esclavistas de América hubo una elevada incidencia de crímenes de sangre y contra la propiedad perpetrados por

esclavos. Los registros dan repetida constancia de robos y destrucción de bienes por parte de esclavos; estos delitos se relacionaban, empero, más con las condiciones materiales y la pobreza de su vida, sobre todo en las ciudades, que con la opresión de la cual eran víctimas. Con ella tenían en cambio mucho que ver los crímenes violentos. Vivir bajo el látigo los empujaba a pagar con la misma moneda, no sólo a capataces y a jamos, sino también a otras personas, libres o esclavas. Entre 1810 y 1821, dos tercios de las víctimas de delitos en la ciudad de Río de Janeiro fueron esclavos atacados por pares suyos. Muchos de estos ataques se debían a conflictos personales; pero otros tantos derivaban de la hostilidad que sentían contra el sistema dentro del cual se les forzaba a vivir. Embriaguez, desórdenes sociales y crímenes fueron abrumadoramente fenómenos urbanos; sin embargo, ninguna comunidad de esclavos, ni siquiera en la más remota de las plantaciones, se libró de ellos. En un mundo donde la violencia y la desesperación eran el pan de cada día, era inevitable que formara parte de él la protesta, organizada o anónima.

## Capítulo 10

### Libertos en las sociedades esclavistas

Las sociedades esclavistas de Latinoamérica admitieron siempre la legitimidad de la manumisión, reconocida por el derecho romano y profundamente enraizada en la doctrina cristiana. Aplicada desde los primeros días de la colonización, a partir de los esclavos fue formándose así en cada región de América un estrato de hombres de color libres. El grupo, de lento crecimiento durante los siglos XVI y XVII, no gozó, sin embargo, sino de una libertad restringida, ya que siempre se le impusieron limitaciones por causa de su origen y de su color. A partir de comienzos del siglo XVIII, algunos regímenes esclavistas empezaron a modificar su actitud en relación con la manumisión, lo que repercutió a su vez en el desarrollo de la cohorte de libertos en cada sociedad.

Una amplia gama de circunstancias —religiosas, culturales, económicas, sociales...— influyó para que cada sociedad esclavista de América fuera diferente en cuanto a aceptación y número de libertos. En ninguna dejaron éstos, empero, de enfrentar la hostilidad de sus antiguos amos y de sus nuevos vecinos blancos. Libertad y plena aceptación no siempre equivalían. El racismo no faltó en ningún sistema esclavista americano y ni siquiera desapareció cuando negros y mulatos se convirtieron en ciudadanos libres y, por ende, en competidores económicos y sociales.

La bibliografía norteamericana sobre el tema cuenta con un largo debate acerca de la naturaleza del racismo, así como sobre la cuestión de si éste procedió o fue consecuencia de la esclavitud. Esta existía en las naciones conquistadoras desde mucho antes que la colonización europea y los esclavos africanos irrumpieran en América. Las monarquías ibéricas, en vías de centralización, estaban aplicando en el siglo XV,

cuando empezaron a llegar africanos en gran número, una política discriminatoria basada en el origen y en el credo, y, en menor medida, en el color. Con la consolidación del predominio africano entre la mano de obra servil y del régimen de plantación esclavista, el racismo se convirtió, para las gentes libres de América, en fundamento de la estratificación social. En el contexto ibérico, este racismo armonizaba con ideologías originadas en la conquista portuguesa y castellana de judíos y moros en el Viejo Mundo, aplicadas luego a los indígenas en el Nuevo. El largo conflicto entre cristianos, judíos y moros culminó en una política discriminatoria fundada en la «limpieza de sangre». Desde la expulsión de los judíos de Portugal y de España a fines del siglo xv, la legislación real distinguió cuidadosamente entre «cristianos viejos» —aquéllos que lo eran desde la Edad Media— y «cristianos nuevos» —los judíos o moros recién convertidos. A los cristianos nuevos se les negaba el derecho a ejercer determinadas ocupaciones y funciones públicas o eclesiásticas, y se los trataba en muchos aspectos como ciudadanos de segunda clase. Los indígenas americanos recibieron un tratamiento similar: se los consideró también como pertenecientes a un orden social inferior y tenían, como los cristianos nuevos, prohibido el acceso a ciertos cargos y trabajos. Con un sistema de estratificación de esta índole en funcionamiento, fue inevitable que los prejuicios raciales, llegados a América a la zaga de la esclavitud, se aplicaran a las personas libres de color.

Metrópolis y gobiernos locales dictaron leyes destinadas a limitar los derechos de los libres de color y a ponerlos en un pie de igualdad con los cristianos nuevos. Disposiciones suntuarias prohibían a las mujeres de color libres usar vestidos y joyas que las blancas podían lucir. A toda persona de color libre se le denegaba el derecho a una educación universitaria y la práctica de profesiones liberales, e incluso de algunos oficios especializados, como el de orfebre. Cuando cumplían el servicio militar, obligatorio para todos los hombres libres de la colonia, los libertos eran incorporados a unidades especiales diferenciados por su color, hasta el punto que había cuerpos para negros y otros para mulatos. Por generaciones, el sacerdocio y determinadas órdenes religiosas, así como altos cargos públicos, estuvieron cerrados para los antiguos esclavos y sus descendientes.

En leyes y costumbres las colonias iberoamericanas mostraron su racismo. En sociedades tan rigurosamente estratificadas, negros y mulatos libres habrían de incorporarse en la casta más baja. Para que el sistema colonial de castas funcionara era menester impedir que el mercado recompensara a los individuos según su capacidad y habilidad. Con el mismo fin, tampoco podía permitirse a los libres de color acumular riquezas; su movilidad ocupacional, e incluso la geográfica, debían limitarse. A medida que la importancia económica de los libres de color se hizo sentir, la realidad fue minando la rigidez del plan, proclamado al principio como ideal.

El régimen francés se pareció al de las restantes Indias Occidentales y al de Norteamérica. Francia no había heredado un modelo de castas definido; incluso el duro *Code Noir* del siglo xvii reconocía a los libertos los mismos derechos que a toda otra persona libre. Sin embargo, tal como las colonias iberoamericanas, las francesas se apresuraron a dictar numerosas leyes que restringieron los derechos de los libres de color: Se les impusieron distinciones suntuarias y ocupacionales y hasta castigos diferentes para los criminales. Importaba ante todo que el libre funcionamiento del mercado laboral no desplazara a los blancos de su posición dominante en la sociedad local. Lo mismo ocurrió en las colonias esclavistas de las potencias noreuropeas. Algunas de éstas llegaron incluso a proscribir los matrimonios interraciales y a castigar con severidad al blanco que tuviera relación sexual con negra o mulata.

Todas las colonias esclavistas de América fueron, pues, racistas e impusieron restricciones a la libertad de los antiguos esclavos. Con todo, en la realidad siguieron cursos diferentes. Estos dependieron de las formas en que se aplicó la manumisión y del grado de legitimidad otorgado al liberto dentro del orden económico y social. En todas partes se empezó con una generosa concesión de la manumisión. Muchos blancos liberaron entonces a sus esclavos, los amos en recompensa por un servicio leal o los padres a sus hijos. Igualmente generalizada y temprana fue la práctica de comprar la libertad. Las divergencias en el desarrollo de los regímenes esclavistas en relación con los libertos empezaron a manifestarse generaciones después. Las colonias ibéricas, por su parte, no sólo continuaron apoyando las formas tradicionales de manumisión sino que también aceptaron y codificaron la coartación. De resultas, se acrecentó allí el número de libertos, lo cual, a su vez, alentó una mayor difusión de la manumisión.

Otras sociedades, que habían empezado de la misma manera, fueron, en cambio, presas de un creciente temor ante el aumento de los libres de color. Aunque contaban con una legislación restrictiva similar a la de las posesiones ibéricas, los blancos de estos lugares desconfiaron de la eficacia de esas prohibiciones para salvaguardar sus privilegios. Atacaron entonces la práctica de la manumisión, haciéndola más difícil tanto para el amo como para el esclavo. Mientras los regímenes ibéricos legitimaban la compra de la propia libertad, los norteamericanos la limitaron, cuando no la prohibieron del todo. Esta resistencia contra la manumisión fue de hecho reduciendo en estas sociedades el número de libertos, que se mantuvo relativamente bajo hasta los años finales de la esclavitud.

La legislación de los territorios ingleses, franceses, holandeses y norteamericanos acentuó su hostilidad contra los libertos, en especial tras la revolución haitiana. Algunas colonias o estados prohibieron temporariamente la manumisión e impusieron restricciones severas a la movilidad ocupacional y aun física de los libres de color. La exigencia de registrarse para trabajar y la prohibición de concertar determinados tipos

de contrato limitaron aún más las oportunidades económicas y ocupacionales de esta clase. Hasta se intentó devolver libertos a África.

En la América española, la población de color libre creció lentamente a lo largo de los siglos xvi y xvii. Durante el xviii, el ritmo se acelera. A pesar del arribo continuo de africanos a Perú y a la franja septentrional de Sudamérica, en casi todas las colonias el contingente de libres de color aumentó, sobrepasando al de los esclavos. En Panamá, por ejemplo, había, en 1778, 35.000 personas de color libres contra 3.500 esclavos; y, todavía más, esas 35.000 representaban la mitad de la población total. En el Virreinato de Nueva Granada, que incluía las actuales naciones de Colombia y Ecuador, se calcula, para 1789, unos 80.000 esclavos y 420.000 libres de color. Los mismos grupos sumaban, respectivamente, 64.000 y 198.000 en las prósperas plantaciones de cacao de Venezuela. Perú, cuya dotación de esclavos se había reducido a unos 40.000 en 1792, tenía 41.000 libres de color entonces. Algo similar ocurría en Chile, el Alto Perú y el Río de la Plata, donde negros, mulatos y sus descendientes libres igualaban o superaban los pocos miles de esclavos que allí residían. En México la distancia entre ambos grupos se ensancha: contra 10.000 esclavos había, en 1810, entre 60.000 y 70.000 libres de color. Algunos investigadores mexicanos han calculado en más de medio millón esta población de los denominados afroestizos; la cifra parece, empero, exagerada. No cabe duda, en cambio, de que hacia 1800 en estas regiones los libres de color solieron sobrepasar holgadamente en número a los esclavos. En esa época, las colonias continentales de Hispanoamérica albergarían, calculando al tanteo, entre medio millón y 650.000 personas de color libres.

La experiencia de las colonias insulares de la América española fue algo diferente. En Puerto Rico y en Santo Domingo, la población de color libre sobrepasaba, a fines del siglo xviii, la de esclavos. Cuba no estuvo lejos de repetir este desarrollo; pero el flujo de esclavos fue allí tal que los libres de color, pese a su constante crecimiento, no pudieron alcanzarlos sino en la segunda mitad del siglo xix. Alrededor de 1788, en Santo Domingo residían 80.000 libres de color frente a 15.000 esclavos; estas proporciones se mantuvieron en adelante. En 1775, Puerto Rico albergaba 35.000 libertos y 7.000 esclavos. En 1820, éstos habían aumentado a 22.000, pero los libres de su mismo linaje sumaban ya entonces 104.000 y excedían en número a los blancos. En Cuba residían, en 1792, 85.000 esclavos y 54.000 libres de color. En 1810, éstos llegaron a ser 114.000; pero los esclavos casi duplicaban esa cifra. Hacia el cuarto decenio del siglo, el pausado, crecimiento de los libres de color había agregado a su contingente unas pocas decenas de mil. Los 149.000 que había mal se comparaban con los 324.000 esclavos de la isla. En los veinte años siguientes, los libres de color apresuraron su ritmo de crecimiento. En el censo de 1861, los 252.000 registrados dentro de esa categoría mostraron haber acortado la distancia que los separaba de los esclavos, unos 371.000. Tras las brutales luchas de in-

dependencia, conocidas como la Guerra de los Diez Años (1868-1878), los libres de color, unos 272.000 entonces, superaron por fin a los esclavos y siguieron aumentando hasta exceder el medio millón de personas en vísperas de la abolición de la esclavitud.

En Brasil, la población de color libre creció a un ritmo más vivaz que en la mayor parte de la América española; su trayectoria hasta el siglo xix fue, empero, similar. Según cálculos realizados para el siglo xviii, los libres de color constituían un importante segmento de la población en todas las regiones brasileñas, aunque no excedían en número a los esclavos. Diferente a lo que ocurrió en Cuba, la llegada masiva de africanos en el xix no hizo más moroso el incremento de los libres de color. Por el contrario, éste se aceleró durante la primera mitad del siglo, tanto que para 1850, al cerrarse por fin la trata negrera, los libres de color habían sobrepasado ya la cifra de esclavos. El primer censo nacional de 1872 registró, frente a 1,5 millón de esclavos, 4,2 millones de libres de color. Esta cantidad no sólo sobrepasaba la de los blancos, sino que representaba el 45 por 100 del total de 10 de millones de brasileños. Todavía faltaban más de diez años para la abolición de la esclavitud.

Hubo, desde luego, variaciones regionales en Brasil. En el Nordeste, los libres de color predominaban ya a principios del siglo xix. En Pernambuco vivían, en 1839, 127.000 personas de esta categoría cuando los esclavos apenas alcanzaban la mitad de esa cifra. Esta proporción se reiteraba, al parecer, en Bahía y Maranhão. La provincia de Río de Janeiro, por el contrario, destacaba como la única donde, en 1872, los esclavos rebasaban a los de su linaje ya libres. Este no era el caso de São Paulo y de Minas Gerais. El primero había alcanzado el empate hacía poco tiempo; Minas Gerais, en cambio, habría tenido más libertos que esclavos desde la segunda década del siglo. Los libres de color abundaron, pues, por todas partes; en el Nordeste, empero, fueron probablemente más numerosos. Los dos estados donde alcanzaron en 1872 sus cotas más altas fueron Bahía con 830.000 y Minas Gerais —también el estado con la mayor cantidad de esclavos— con 806.000.

Este animado crecimiento del contingente de libertos en la América ibérica contrasta fuertemente con lo ocurrido en otras colonias esclavistas. Franceses, ingleses y holandeses fueron imponiendo cada vez mayores restricciones a la manumisión con el objeto de impedir el desarrollo de la clase de color libre. Por más que empezaron con números relativos de libertos equiparables a los de las posesiones ibéricas, consiguieron frenar su incremento. A fines del siglo xviii, los libres de color se habían quedado muy a la zaga de la población blanca y representaban apenas una fracción del total de la población de color en todas las colonias noreuropeas, tanto continentales como insulares. Hacia 1780, Saint-Domingue, Martinica y Guadalupe sumaban entre las tres unos 30.000 libres de color, frente a 575.000 esclavos y 52.000 blancos. La situación no era mejor en las Indias Occidentales británi-

cas, que en conjunto albergaban 13.000 libertos, 53.000 blancos y 467.000 esclavos. La pobre representación de los libertos volvía a darse en los Estados Unidos. Aquí, el primer censo federal de 1790 numeró 32.000, al lado de 658.000 esclavos y de 1,3 millón de blancos.

Al iniciarse el siglo XIX, los libertos sobrepasaban, por tanto, en número a los esclavos en casi todas las colonias ibéricas, mientras que en los regímenes esclavistas fuera del dominio español o portugués apenas representaban una fracción de la población esclava. A pesar de esta disparidad, su incremento había sido de tal magnitud en Iberoamérica que eran a la sazón entre la mitad y los dos tercios de los esclavos residentes en el Nuevo Mundo. Los libres de color sumarían, aproximadamente, entre 1,7 y 1,9 millones frente a un total de esclavos por encima de los tres millones.

Esta desproporción entre las sociedades esclavistas ibéricas y las de origen noreuropeo se fue corrigiendo en el curso del siglo XIX cuando, impulsadas por las repercusiones de la Revolución Francesa y por las campañas de los abolicionistas, las colonias francesas y británicas en las Antillas y en las Guayanas empezaron a levantar las limitaciones impuestas a la manumisión. En Martinica y en Guadalupe un gran número de esclavos había sido liberado durante las prolongadas guerras civiles y los conflictos del período napoleónico. En 1815, en ambas islas más Cayena residían 22.000 libertos frente a 196.000 esclavos, una proporción de libres de color superior a cualquiera alcanzada antes de 1789. La restauración de la monarquía en Francia tuvo, sin embargo, consecuencias desgraciadas para los libres de color, ya que pretendió detener las manumisiones y restablecer el *Code Noir*. La Monarquía de julio de 1830 viró otra vez el rumbo, y a partir de esta fecha hasta la abolición de la esclavitud en 1848 la población de color libre se incrementó rápidamente en las tres posesiones francesas en América. En 1831 sus libertos recuperaron plenamente sus derechos civiles. En 1847, en vísperas de la abolición, sumaban ya 77.000; los esclavos, 174.000. Las colonias británicas también alojaron las restricciones que pesaban sobre la manumisión; sus libres de color estuvieron, empero, siempre lejos de la cantidad de esclavos existente en el momento de la abolición. En 1832, en las Antillas y en la Guayana británicas unos 127.000 libertos convivían junto a 663.000 esclavos.

Por más que el segmento de personas de color libres se amplió aquí antes de la extinción de la esclavitud, su presencia, no cabe duda, suscitó temor y una resistencia más pronunciada que en las colonias y repúblicas de la América ibérica. El miedo, expresado ante todo como cercenamiento de la manumisión, procedía, al parecer, del racismo que saturó a la sociedad en todos sus niveles. Los blancos libres temían una competencia imposible de controlar en el mercado laboral por parte de los libertos; a su entender, color y posición social debían ser idénticos. La existencia de una cantidad grande de negros y mulatos libres ponían en tela de juicio, creían, la legitimidad misma de la esclavitud.

El miedo a la competencia se originaba en el hecho aislado de que un contingente relativamente reducido de *gens de couleur* de las Antillas francesas había alcanzado un poder suficiente como para hacer tambalear el dominio de la clase de los amos blancos. Mientras que los libertos de otras regiones se incorporaron a los rangos sociales más bajos, en las posesiones francesas pudieron, desde el comienzo, convertirse en plantadores y enfrentarse a los grupos privilegiados de blancos. Estas circunstancias explican la ferocidad del ataque contra los derechos de los libertos, así como la capacidad de éstos para destruir finalmente la dominación de los amos blancos en medio de las turbulencias desatadas por la Revolución Francesa. En otros lugares fuera del ámbito de la América ibérica, la simple idea de una clase de libertos floreciente quebrantaba, a juicio de los blancos, la viabilidad del sistema esclavista; no debe sorprender, pues, que arremetieran contra esa clase, aun cuando por su tamaño y pobreza, fueran competidores poco temibles, incluso para los blancos pobres. La identificación de color con posición social había arraigado en estas sociedades tan profundamente que una clase de color libre les parecía una anomalía, tolerada a regañadientes.

Por el contrario, en las colonias ibéricas, con una rígida estructura de clase, distinciones de casta y color claramente delineadas, un sistema legal de estratificación con dos categorías de ciudadanos más vínculos de familia y parentesco bien establecidos, incluso para las uniones ilegítimas, los blancos parecían sentirse más a resguardo de la competencia de los esclavos liberados y de sus descendientes. Esta relativa conformidad de la clase dominante se manifestó desde el comienzo al fin de la esclavitud en una generalizada aceptación, tanto pública como privada, de la práctica de la manumisión. Investigaciones recientes destacan la complejidad del proceso de manumisión, que involucraba o no la voluntad del amo y la del esclavo.

A primera vista parecía que los españoles y portugueses simplemente liberaban por razones económicas a esclavos viejos o enfermos. No fue así. Un estudio sobre 7.000 manumisos en Salvador de Bahía entre 1684 y 1745, ha determinado que, dada la elevada participación de niños y jóvenes, la edad promedio de estos esclavos liberados fue de quince años. Un porcentaje sorprendentemente alto de esclavos manumisos en las ciudades, de México a Buenos Aires, fueron africanos; en realidad, la proporción de éstos en el conjunto de libertos sería igual a la que tenían dentro de la población total. Entre el 40 y el 60 por 100 de los libertos compró su libertad; un tercio la recibió, plena e incondicional, de su amo. El 10 o el 20 por 100 restante fue liberado con condiciones, entre ellas la más frecuente era seguir prestando servicio a la familia. Investigaciones recientes han establecido que alrededor de dos tercios (entre el 60 y el 67 por 100) de los manumisos eran mujeres y que, de ellas, pocas tenían más de cuarenta y cinco años.

Los datos indican, pues, que a la clase de color libre se incorporaban elementos dinámicos, una mayoría de jóvenes y de mujeres. Las tasas de reproducción del grupo eran, naturalmente, superiores a las de los esclavos. El crecimiento de la cohorte de los libertos criollos era reforzado por el continuo aporte de esclavas jóvenes, propensas, por tanto, a una fecundidad elevada.

La manumisión no era un mal negocio para el amo. Esa mitad de libertos que compraba su libertad o los que, (entre el 5 el 10 por 100) conseguían que otros se la comprara, solían pagar el precio corriente en el mercado, no el abonado originariamente por ellos. Esto era particularmente gravoso para el esclavo calificado o para aquél cuyo precio de venta había sido inferior. Libertos y esclavos acudieron una y otra vez a los tribunales para que se les fijara lo que consideraban el «precio justo» —el pagado originariamente o, para el nacido en esclavitud, el precio medio de un esclavo adulto. Los jueces fallaron alguna vez a su favor; no obstante, en la mayoría de los casos la sentencia confirmaba el precio consignado. El amo recibía, pues, una suma suficiente para reemplazar al manumiso. A menudo la compra de sí mismo se hacía en cuotas, pagando entre un tercio y la mitad de la suma estipulada como anticipo y el resto en un determinado número de años. El esclavo coartado, es decir, el que había concertado con el amo su rescate, contaba con ciertas protecciones legales. El amo seguía percibiendo lo ganado por el coartado hasta que éste pagaba la última cuota; recibía, pues, aparte del precio de compra convenido, beneficios adicionales.

Entre quienes alcanzaban su libertad por coartación, los africanos y negros fueron bastantes. En cambio, la manumisión concedida gratuitamente por el amo favoreció a criollos y mulatos. Esta preferencia por liberar determinados esclavos expresa el racismo del amo, y explica la proporción de pardos entre los libres de color, mayor que en toda la comunidad esclava. Manumitidas por gracia del amo, hubo asimismo más mujeres que hombres. Los datos muestran, además, que entre quienes compraban su libertad, hombres y mujeres se distribuían parejamente.

Aparte de manumitir a esclavos en actos ante notario público, el amo podía liberarlos en el bautismo. En este procedimiento, usado sobre todo para reconocer a hijos bastardos, bastaba únicamente la declaración de los padres y de los padrinos para considerar libre al niño. También era declarado libre todo expósito, sin tener en cuenta su color. Aunque no existen muchas investigaciones acerca de este recurso para escapar de la esclavitud, el análisis de los registros parroquiales de Paraty, zona rural de Río de Janeiro productora de azúcar y cachaza, muestra que, a principios del siglo XIX, uno de cada cien nacidos allí era un niño esclavo liberado. Su liberación no se formalizaba, como era habitual para otros casos, con la *carta de alforria* o certificado de manumisión, fuente usual para el estudio de la manumisión. Estos expósitos liberados, cuya cantidad parece exigua frente al conjunto de nacidos.

umentaron, sin embargo, un 16 por 100 al total de manumitidos en los cinco años que abarca el estudio. De ellos alrededor de dos tercios fueron por cierto niñas; su presencia fortalecía el predominio femenino entre los libertos. De haberse repetido estas proporciones en el resto de América latina, la consecuencia hubiera sido una mayor juventud de quienes se incorporaban a la clase de color libre y, por ende, una tasa positiva de crecimiento todavía más elevada.

La manumisión fue, sin duda, más frecuente en las ciudades que en el campo; asimismo, al esclavo calificado le era más fácil comprar su libertad que al no calificado. Los esclavos urbanos contaban con mayores facilidades para ganar dinero y conocían mejor sus derechos que los que vivían aislados en el campo o en plantaciones. No obstante, aun en las zonas rurales se aplicó, y no tan raramente, la manumisión. En un estudio acerca de las probabilidades de liberación que tenía un esclavo rural de Brasil durante la segunda mitad del siglo XIX se calcula que, en una cohorte de esclavos de diez años de edad que alcanzaban los cuarenta, alrededor de un 16 por 100 sería manumitido al llegar a cuarentón, y, de los que sobrevivían hasta los sesenta, un 26 por 100. Estas estimaciones presuponen una tasa bruta de manumisión del 6 por 1.000 anual, una mortalidad bastante elevada y un índice de manumisión constante en todos los grupos de edad.

Una vez liberado, el antiguo esclavo ingresaba, siempre salvo en las Antillas francesas, en el estrato social más bajo. Incluso el trabajador calificado, gastados sus ahorros en la compra de su libertad, se incorporaba empobrecido a la población libre. El antiguo esclavo solía hipotecar, asimismo, sus ganancias futuras en el esfuerzo por liberar a su esposa e hijos. Tan sólo en contadas ocasiones, y sobre todo en las colonias francesas, algún amo socorrió a su vástago manumiso con dinero y recursos para vivir en libertad. De todos modos, estos hijos de blanco constituyeron un porcentaje ínfimo de los manumisos. Esta generalizada pobreza de los libres de color explica sus elevados índices de mortalidad y de morbilidad, superiores a los de las otras clases libres en todas las sociedades esclavistas de América.

Sin embargo, las escasas comprobaciones realizadas indicarían que los libres de color eran más prolíficos que los blancos. En Minas Gerais, segundo estado de Brasil por el tamaño de su población de color libre, la tasa bruta de natalidad fue para este grupo, en 1814, del 42 por 1.000; la de mortalidad, 34 por 1.000. Entre los blancos del lugar las tasas eran, respectivamente, 37 y 27 por 1.000. Otros estudios sobre el tema confirman la idea de que los libres de color tuvieron tasas de fecundidad superiores a las de cualquier otro grupo dentro de su sociedad.

Gracias a esta elevada fertilidad y a la incorporación constante de esclavas manumisas a sus filas, el grupo de los libres de color contó con la mayor proporción de mujeres y fue el más juvenil de los tres estamentos que componían la mayoría de las sociedades esclavistas. En cuan-

to a matrimonio, familia y parentesco, poco se distinguió, por el contrario, del resto de la población libre. El censo de la capitania de São Paulo de 1800, por ejemplo, apuntó entre los blancos, un 50 por 100 de casados; un 25 por 100 entre los libres de color; y un 18 por 100 entre los esclavos. El censo general de Brasil de 1872 repite la proporción del 30 por 100 de unidos legalmente entre los blancos y casi la misma, ahora un 26 por 100, entre los libertos y sus descendientes; entre los esclavos, en cambio, baja a un 8 por 100.

La clase de los de color libre, trabajadora y desposeída, exhibió, pues, los índices más altos de uniones consensuales y de alumbramientos ilegítimos de la población no servil. Los blancos de las sociedades iberoamericanas apenas salían con todo mejor parados. Las uniones libres no implicaron forzosamente inestabilidad en la vida familiar; simplemente que la boda ante la Iglesia era demasiado costosa para personas tan pobres. Por otra parte, todos los libres de color bautizaban a sus hijos y, contrariamente a los esclavos, elegían un padrino y una madrina para la ceremonia. Ansiosos por trepar en su mundo nuevo de libertad, solían, a diferencia de otros grupos sociales, usar estratégicamente el compadrazgo. Tal como los mestizos en las sociedades donde predominaban los indígenas, muchos libertos elegían a blancos como compadres para ganar de esta manera el favor de personas de una clase superior a la suya. En estos casos, el compadrazgo servía para forjar una relación que contribuiría al ascenso de sus hijos.

Los negros y mulatos libres procuraron, mediante el compadrazgo y protecciones políticas, conseguir la ayuda y el apoyo de sus vecinos blancos más ricos y poderosos. También construyeron una red eficaz de instituciones que reforzó su cohesión interna como afroamericanos. El desarrollo de esta identidad como comunidad fue acicateado por los prejuicios que contra ellos mostraban los blancos, expresados en impedimentos legales que constantemente les recordaban lo restringido de sus derechos. Iglesia y autoridades insistieron, por otra parte, en que se organizaran por sí mismos en sociedades de color.

De las asociaciones políticas, la más importante fue la milicia. Ni la Corona de España ni la de Portugal mantuvieron un ejército permanente en tierra americana. La defensa estuvo a cargo de un reducido grupo de oficiales profesionales que encabezaban las milicias civiles. El servicio militar fue obligatorio para todo liberto físicamente capacitado. A mayor número de libres de color, más compañías de morenos y pardos se organizaban en sus respectivas comunidades. En Iberoamérica, la inmensa mayoría de los libertos físicamente aptos, cabe afirmar, prestó servicio militar en algún momento de su vida durante la época colonial. En tiempos de paz y en regiones aisladas y escasamente pobladas, las milicias raramente se inmiscuían en la vida diaria de la población; casi sin obligaciones, sus funciones eran ante todo ceremoniales. En cambio, en las grandes ciudades de Brasil y Cuba durante buena parte del siglo XVIII y del XIX, las milicias absorbieron mucho tiempo y dinero.

Para el soldado raso, la recompensa por el servicio cumplido fue modesta. En cambio, el oficial negro o mulato ganaba el derecho de recurrir a tribunales militares y otros privilegios. Artesanos ricos anhelaban, por ende, obtener esos cargos que les brindaban, incluso en su actividad comercial, la protección de la justicia militar.

Los conflictos en torno a estas unidades militares de morenos y pardos fueron interminables. Los blancos, con el argumento de que los libertos eran incapaces de mandarse a sí mismos, intentaron a menudo ocupar los rangos de oficiales. Los libres de color pedían, por su parte, que se les permitiera formar caballerías y otros cuerpos de élite, solicitud nunca concedida. Los oficiales morenos y pardos alegaron una y otra vez que se les denegaban promociones o beneficios conferidos normalmente a sus pares blancos. Otras quejas aludían a que se les recargaba de guardias o que se les encomendaban las peores tareas, o que se los destinaba más a menudo fuera de su lugar de residencia. Pese a los prejuicios y a los costos económicos, a veces desproporcionados e injustos, que debieron soportar, los libres de color aceptaron mantener sus milicias y servir como soldados, obligaciones que consideraban propias de su condición de ciudadanos. En Brasil y en la América española, los cuerpos de morenos y pardos siguieron siendo, hasta muy avanzado el siglo XIX, parte fundamental de su esquema militar y defensivo.

La Iglesia, por su cuenta, alentó también a los libres de color a formar cofradías y hermandades propias, en tanto solieron no ser admitidos en las de los blancos. Estas asociaciones fraternales y religiosas, de ayuda mutua, servirían, transcurrido el tiempo, para conservar vivos los cultos afroamericanos y cimentar, en la celebración colectiva de rituales y ceremonias, la amistad y la unidad de clase de las personas de color libres. Creadas con propósitos discriminatorios y respaldadas por una sociedad blanca dispuesta a preservar un orden social nada igualitario, estas organizaciones religiosas voluntarias se convirtieron en pilares de la comunidad de los libres de color, a quienes brindaron un sentimiento de identidad y de valía que, como los cuerpos de milicia, les ayudó a sobrevivir en un medio netamente racista. Nunca faltaron hermandades de este tipo en ninguna ciudad o pueblo donde hubiera una población numerosa de negros y mulatos, libres o esclavos. En los centros urbanos más importantes solía haber varias; y muchas admitían también a esclavos. Estas sirvieron, por consiguiente, para mantener los vínculos entre los que ya eran libres y los que no lo eran y para contrarrestar el antagonismo que, inevitablemente, existió entre quienes estaban comprometidos con el *statu quo* y quienes no podían dejar de oponérsele.

En Brasil, se ha dicho, pocos fueron los libres de color que no pertenecieran a alguna fraternidad; gran número de esclavos se afiliaron también a ellas. En todas se pagaban cuotas; su finalidad era ocuparse de las necesidades espirituales y físicas de sus miembros, incluido el entierro de los muertos. La mayor parte de estas hermandades de la América portuguesa y española eran relativamente pobres y apenas al-

canzaban a sostener algún altar en la iglesia. Hubo, empero, unas pocas que lograron acumular gran cantidad de bienes raíces y tener sus capillas y cementerios propios. Las formas de afiliación variaron: algunas admitieron a cualquier persona, sin tomar en cuenta su color ni situación social, condiciones que en otras se requerían para el ingreso; otras se basaban en fin en una particular ascendencia étnica. De este tipo, por ejemplo, se conocen de Salvador, en el siglo XVIII, una hermandad exclusiva de africanos nacidos en Dahomey y otra de gentes nago-yoruba de la nación *keu*. La época de florecimiento de estas asociaciones se extendió por el siglo XVIII hasta inicios del XIX. La ciudad de Salvador congregaba entonces unas dieciséis de morenos y de pardos, más muchas otras mixtas abiertas a ambos grupos. En la región minera de Minas Gerais existieron hacia ese tiempo veintiuna organizadas según el color de sus miembros.

Aunque estas hermandades y cofradías estuvieran autorizadas a elegir sus juntas directivas, existieron normalmente ciertas cláusulas que les prohibían elegir esclavos o analfabetos para los cargos de presidente, secretario o tesorero. La Iglesia se esforzó asimismo en vigilar esas asociaciones, a las que siempre impuso la tutela de un sacerdote blanco. Las autoridades gubernamentales las obligaron a veces a aceptar blancos para controlar sus finanzas. En la mayor parte de los casos desempeñaron funciones secundarias en la actividad religiosa local. Algunas, sin embargo, tuvieron gran poder económico y político. Destacaron en este sentido las hermandades de la ciudad de Bahía y las desperdigadas por los principales centros mineros de Minas Gerais.

Las hermandades negras, así como muchas blancas, financiaron magníficas obras de arte realizadas por mulatos y negros. En Minas Gerais los arquitectos y escultores más renombrados fueron libres de color. Antonio Francisco Lisboa, conocido como Aleijadinho, hijo de una esclava y de un artesano blanco, adornó las iglesias dieciochescas de Minas con esculturas y decoraciones que le ganaron la reputación de ser el mejor artista brasileño del período rococó. Manuel de Cunha, nacido esclavo, destacó como el retratista más famoso de su época, aunque pintó también en las principales iglesias de Brasil. Adiestrado aquí y en Portugal, su obra era ya reconocida antes de su manumisión. En música, los compositores de Minas fueron todos mulatos. Sobresalió entre ellos Emerico Lobo de Mesquita, organista de una hermandad blanca, miembro de la cofradía mulata de Nossa Senhora das Mercês dos Homens Pardos y compositor totalmente al corriente de las novedades del barroco en boga en Europa. Más conocido, aunque menos afortunado como creador, el jesuita José Mauricio, nacido de madre africana, fue nombrado compositor de la corte cuando la familia imperial se instaló en Brasil en 1808. De la clase brasileña de los libres de color salió también una de las cumbres de la literatura no sólo latinoamericana, sino también universal: el novelista mulato Machado de Assis. Poco expresó en sus escritos de su clase o de su experiencia personal; estuvo, empero,

íntimamente vinculado en su Nordeste natal decimonónico con los intelectuales de color libres. Los nombres mencionados, entre quienes alguno alcanzó fama internacional, fueron únicamente cimas más visibles de una multitud de libres de color músicos, escritores y artistas que produjeron obras, no sólo para las clases superiores, sino también para las masas.

Los libres de color desempeñaron también todo otro tipo de oficio en la América ibérica. Forzados en ocasiones a constituir corporaciones profesionales propias, a menudo pudieron, sin embargo, incorporarse a los gremios regulares. Ejercieron cuanto trabajo calificado hubiera en estas sociedades, con mayor frecuencia como aprendices u oficiales que como maestros. Con todo, algunos llegaron a ser maestros artesanos aun de oficios que les estaban expresamente prohibidos. Así, entre los oficiales militares de color figuraron orfebres de oro, plateros y joyeros, todas profesiones proscriptas por ley para los no blancos. Algunas ocupaciones estuvieron tradicionalmente dominadas por gente de color, tanto libre como esclava. Así, fueron de color casi todos los barberos, que solían desempeñar funciones de cirujanos. Que negros y mulatos libres abundaran en los trabajos calificados e incluso prevalecieran en algunos, no significa que su vida económica transcurriera sin tropiezos. Los archivos están llenos de demandas entabladas por artesanos blancos contra sus compatriotas de color libres. Por cada uno que destacaba, hubo siempre varios a quienes la barrera del color impedía el libre ejercicio de su profesión. Los blancos no se cansaron de pedir que morenos y pardos formaran corporaciones gremiales propias, o que fueran sometidos a exámenes más severos para obtener el título de maestro, o que se les negara lisa y llanamente el derecho a ejercer oficios en cualquier nivel. No obstante, la Corona y los funcionarios reales terminaron por aceptar su derecho a existir, por motivos muy prácticos: necesidad y eficacia comprobada. Los prejuicios fueron, por consiguiente, corrientes por todas partes, pero contrarrestados por alguna posibilidad de movilidad social y de integración económica.

En los trabajos menos calificados, donde los blancos eran pocos y estaban menos interesados en competir, disminuía la oposición. Entre los servidores domésticos, vendedores ambulantes, estibadores, marineros... predominaron esclavos y libres de color. Estas ocupaciones brindaban, sin embargo, a los antiguos esclavos y a sus descendientes cortas ganancias y escasas posibilidades de ascender. De cualquier modo, les proporcionaron la independencia económica que les permitió sobrevivir en el mundo libre dominado por una economía competitiva de mercado.

En fronteras, montañas, vecindades de ciudades y pueblos, tierras de plantación abandonadas... la mayoría de los antiguos esclavos construyó su vida como campesinos libres. Fueron, por lo general, ocupantes ilegales; pocos tenían en regla los títulos de propiedad. En zonas donde la esclavitud había proliferado, constituyeron el grueso de la población

rural con una agricultura de subsistencia. En otros sitios, de su trabajo dependió buena parte del aprovisionamiento de los centros urbanos.

Incorporados en los escalones más bajos de la sociedad, sin educación ni capital, el ascenso de libertos y manumisos fue lento y penoso. Por ejemplo, en Cuba sólo un 5 por 100 de los escolares de nivel primario y secundario eran, en 1860, libres de color, cuando los de esta clase constituían el 16 por 100 de la población total. Asimismo, en el Oriente, zona de la isla con mayor concentración de libres de color, había menos escuelas y servicios sociales. De los 14.000 propietarios existentes en Cuba en 1861, únicamente 1.000 eran de color, por más que en los distritos más pobres de la provincia de Oriente solieron ser los terratenientes más importantes.

Sólo en un caso en la América esclavista surgió de la clase de los libres de color un grupo importante de plantadores: el de Saint-Domingue, mencionado ya. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, prosperó, en el occidente de la colonia, un grupo de mulatos propietarios de haciendas. Gracias a su trabajo o al de sus hijos, estos libertos convirtieron la reducida herencia recibida del padre blanco en grandes plantaciones dotadas de numerosos esclavos. Retoños de estas familias viajaron a Francia para recibir una educación superior o ingresar en alguna profesión liberal.

El destino normal de este grupo hubiera sido, con el curso del tiempo, mezclarse con las clases altas e identificar sus intereses con los de los blancos. No ocurrió así. Los blancos, tanto criollos como franceses, veían cada vez con mayor alarma el creciente poder económico y educacional de esta nueva elite parda. Por más que el *Code Noir* de 1685 otorgaba la ciudadanía plena y sin condiciones a los libertos, leyes dictadas en la colonia y en la metrópoli durante el siglo XVIII procuraron una y otra vez aislarlos, clausurarles el camino de la manumisión y despojarlos de los derechos de que los blancos gozaban. Enconados, pues, por los blancos, los plantadores mulatos, a pesar de su posición social, hubieron de buscar sus aliados entre sus vecinos de color más pobres. Estos, en Saint-Domingue como en las otras posesiones francesas en América, ocupaban, como artesanos oficiales y aprendices o pequeños agricultores, los rangos inferiores de la sociedad libre. Aunque tuvieron un nivel de educación más elevado, estos grupos de Saint-Domingue eran por lo demás idénticos a los de cualquier otro lugar de la América esclavista. Ahora bien, contaron con un liderazgo poderoso que luchó por sus derechos, y esto sí los hizo distintos. Por más que casi siempre perdedores ante los blancos, jefes como Rigaud, Ogé y Labastille influyeron a la larga en la opinión de los radicales de la isla y de la metrópoli. El estallido de la Revolución Francesa les dio la oportunidad de devolver los golpes y de invertir la corriente de la legislación racista que ahogaba sus vidas. En 1789 consiguieron que la Asamblea Francesa les restituyera la ciudadanía plena. Para defender lo ganado contra los enfierecidos blancos de la colonia, tomaron las armas. Triunfantes contra los

blancos, las tropas de los mulatos libres cayeron finalmente vencidas ante el ejército de los esclavos rebeldes.

La batalla perdida en Saint-Domingue no desanimó a los libres de color de Martinica y Guadalupe. Más humildes, pero igualmente educados, agricultores y tenderos de esta clase pelearon porfiadamente otra vez, durante el período napoleónico y la restauración monárquica, contra el racismo. Incansables campañas en el interior y en el exterior volvieron a convencer a la opinión francesa de la justicia de su causa. La Monarquía de Julio facilitó, en 1830, la manumisión en las islas y, por fin, en 1848, decreta la abolición definitiva de la esclavitud en sus posesiones americanas. Los libres de color se habían transformado en una fuerza política tan poderosa que, en la primera delegación de las islas enviada a la Asamblea Francesa durante el decenio siguiente, ellos prevalecieron. De la media docena de representantes elegidos, sólo uno era blanco y precisamente el principal abolicionista de la colonia.

Ninguna otra clase de color libre mostró en la América esclavista tanto poder político y tanta solidaridad como la combativa comunidad de las colonias francesas. En el mundo ibérico, entre los libres de color destacaron ocasionalmente personalidades en actividades políticas, a menudo identificándose con sus iguales libres o esclavos, pero no pocas veces diferenciándose o aun oponiéndose a ellos. La complejidad de las relaciones, sobre todo en las sociedades iberoamericanas decimonónicas, se debió a una menor eficiencia del racismo y a una mayor aceptación de los libertos. Estos desempeñaron toda clase de funciones políticas: fueron funcionarios públicos, ocuparon cargos militares o administrativos electivos, encabezaron insurrecciones armadas... La familia Rebouças de Brasil, cuyo fundador fue abogado y representante por elección ante la legislatura provincial de Bahía y cuyos hijos fueron ingenieros y administradores en la corte imperial, representa un tipo de conducta, como Antonio Maceo, el héroe revolucionario de la guerra cubana de 1868, representa otro. Luis Gama y José de Patrocinio, libres de color, animaron el movimiento abolicionista brasileño mientras el vizconde mulato Francisco de Soles Torres, antiguo ministro y director del Banco de Brasil, era partidario de la esclavitud. En los ejércitos tanto de los realistas españoles como de los republicanos criollos durante las guerras de independencia (1808-1825) descollaron numerosos jefes de color, algunos de los cuales hicieron luego carrera política bajo el amparo de los nuevos gobiernos republicanos. Las disciplinadas milicias de negros y mulatos lucharon con denuedo en uno y otro bando. En regiones de esclavitud cuando arreciaron las luchas, como en Perú, o en Venezuela, realistas y republicanos liberaron a cantidades de esclavos para incorporarlos al servicio militar.

Atacados, despreciados, rechazados, temidos como competidores, recelados como nuevos ricos, los libres de color de todos modos se multiplicaron rápidamente en los regímenes esclavistas que los habían engendrado. Pudieron forjar una comunidad capaz de funcionar en una

economía libre de mercado. Pelearon encarnizadamente, alguna vez con éxito, por su derecho a la movilidad social y económica y a una ciudadanía plena. Esta, la más difícil de las luchas, se prolongaría por largo tiempo aun después de extinguida la esclavitud. El combate incesante de los libertos por su aceptación serviría, a la hora de la abolición, para allanar en alguna medida la entrada de africanos y de afroamericanos en la sociedad de los libres.

## Capítulo 11

### De la esclavitud a la libertad

La revolución haitiana fue solo una manifestación más de una creciente oposición contra la esclavitud africana. Desde tiempo atrás se había difundido por imperios y colonias esclavistas un movimiento abolicionista que, por vez primera en la historia moderna de Europa, ponía en tela de juicio la legitimidad de la institución. Desde los inicios de la esclavitud en América hubo individuos que objetaron su existencia; tales voces aisladas no habían conseguido, empero, cambiar la opinión común ni arrastrar suficientes seguidores. A partir de comienzos del siglo XVIII, creció el número de religiosos y filósofos que impugnaron la validez tanto legal como moral de la esclavitud. Los autores franceses de la Ilustración, con su visión racionalista del mundo y la idea de un relativismo cultural contrapuesto al eurocentrismo vigente, hicieron tambalear los puntales de la esclavitud. El golpe de gracia lo dio, hacia 1740, uno de los pensadores ilustrados de mayor prestigio, Montesquieu, quien escribió la obra titulada *El espíritu de las leyes*.

Una embestida más directa vino asimismo de corrientes radicalizadas y milenaristas dentro del protestantismo, contrarias a la esclavitud. Frente a estas sectas, la de los cuáqueros, más conservadora, estuvo en cambio comprometida con la trata y la explotación de africanos en América. Hacia 1770, sin embargo, la innegable contradicción que había entre sus creencias y su práctica terminó por resolverse en contra de la esclavitud. Los cuáqueros difundieron sus nuevas ideas entre sus miembros y aún más allá. Movimientos evangélicos manifestaron asimismo su rechazo contra la institución. En 1774, John Wesley anatematizó la esclavitud como un pecado contra el hombre. Hasta la justificación económica de la institución fue atacada. En 1776, Adam Smith,

en su obra *La riqueza de las naciones*, definió la esclavitud como un anacronismo dentro de la sociedad moderna y la declaró incapaz de competir con la mano de obra libre.

El abolicionismo, pese a contar apenas con una minoría de adeptos, había logrado el apoyo de un influyente grupo de pensadores y religiosos. Ya no eran voces aisladas o críticos marginales sus defensores: al contrario, crecía el acuerdo entre las clases dirigentes de Europa contra la esclavitud. En su opinión, ésta, a pesar de sus profundas raíces en la historia, había perdido legitimidad y contradecía al derecho tradicional o resultaba incompatible con una sociedad ilustrada. Este consenso explica por qué las principales potencias esclavistas arremetieron en Europa contra la esclavitud. En el decenio de 1770, Francia, Inglaterra y Portugal dictaron leyes o apoyaron dictámenes judiciales que en la práctica abolían la esclavitud dentro de sus territorios metropolitanos e islas atlánticas más cercanas.

A estas medidas siguieron en Norteamérica otras a favor del abolicionismo impuestas durante la revolución de 1776 por republicanos y protestantes milenaristas y evangélicos. Se promulgaron disposiciones graduales que declaraban libre a todo hijo de esclavo nacido a partir de entonces y que obligaban al amo de sus padres a mantenerlos como aprendiz hasta el comienzo de su edad adulta. Primeros en declarar la abolición fueron algunos estados norteamericanos de la nueva república: Vermont en 1777, Pennsylvania y Massachusetts en 1780. A ellos les siguieron, en 1784, con leyes de una abolición progresiva, Rhode Island y Connecticut. Todas éstas eran zonas con reducido número de esclavos, servidores domésticos principalmente.

La primera liberación masiva de esclavos como resultado de un movimiento abolicionista data de la Revolución Francesa. Con mayor firmeza que la revolución norteamericana, la francesa se enfrenta con el contrasentido que supone esclavizar seres humanos en una sociedad igualitaria. En 1788 se fundó en Francia, con el apoyo de los cuáqueros británicos, una sociedad antiesclavista, conocida como los *Amis des noirs*. Surgida de clases altas, esta asociación tuvo escasa repercusión hasta el estallido de la revolución en 1789. Incluso entonces, fueron los largos debates sobre la representación que debía adjudicarse a las colonias y sobre los derechos civiles de negros y mulatos libres los que permitieron a los *Amis* propagar sus ideas entre un público más amplio. En el curso de diversas asambleas, los abolicionistas, encabezados, entre otros por el abate Grégoire, Lafayette y Mirabeau, fueron extremando sus propuestas y apoyaron a la facción girondina. La cuestión hubiera perdido interés de no haber sido por la constante presión política y militar ejercida desde las Indias Occidentales por los libres de color. De 1789 a 1793, las pujas entre plantadores y negros y mulatos libres y, luego, esclavos rebeldes, determinaron a la opinión francesa, cada vez más radicalizada, a declarar la abolición de la esclavitud en sus colonias. La resolución de la Asamblea de febrero de 1794 afectó únicamen-

te a los 491.000 esclavos de Guadalupe y de Saint-Domingue, que fueron emancipados, aunque mantenidos en las plantaciones como *cultivateurs* o aprendices. Martinica había caído a la sazón en mano de los ingleses y Cayena de los portugueses. La anulación de la abolición decretada por Napoleón en 1802 decidió a los negros rebeldes a declarar la independencia de Haití. Con ella llegó la liberación a todos los esclavos que quedaban allí.

Los actos de la Revolución Francesa en favor de la abolición inspiraron a escasos seguidores en otras sociedades americanas. En colonias hispanoamericanas y en Brasil hubo alguna protesta o alguna conspiración sin mayores consecuencias. Contra plantadores parapetados en una eficaz resistencia con el apoyo de gobiernos, republicanos o metropolitanos, se necesitaría algo más que la alianza de evangélicos y pensadores radicales para acabar con la esclavitud. En Europa comienza entonces una movilización masiva que se concentró primero en la parte más vulnerable del sistema: su dependencia de la trata. Un extendido sentimiento de repulsa contra la inmoralidad del comercio negrero hacía de éste un blanco más fácil.

En Inglaterra, la Sociedad para la Abolición de la Trata, fundada en 1787, montó una eficaz campaña pública contra el tráfico negrero. Al año siguiente conseguía la promulgación de una ley que mejoraba las condiciones de transporte de los esclavos limitando su número según el tonelaje del buque. Esta medida no sirvió, pronto se demostró, para incrementar el espacio adjudicado a los africanos a bordo. En 1799, otra ley obligó a concederles una cantidad determinada de espacio. La abolición de la trata, tanto tiempo reclamada, se sancionó en 1807 y se puso en ejecución al año siguiente.

La campaña contra la trata pronto se propagó a otras naciones de Europa y América. En 1787 el Congreso de los Estados Unidos estableció como fecha para su cese el año de 1808. En 1792 la abolieron los daneses; éstos fueron, en 1802, los primeros en poner fin efectivo al comercio negrero. Durante la segunda y tercera décadas del siglo XIX, varias de las flamantes repúblicas latinoamericanas abolieron asimismo la trata.

Los antiesclavistas ingleses emprendieron una vigorosa campaña para acabar con el comercio negrero en todas las naciones. Presionaron a las autoridades de su país para que compelieran a otros gobiernos a cerrarlo. En el Congreso de Viena de 1815 varias naciones, apremiadas por Inglaterra, renunciaron a la trata. Incluso Francia, que en el período anterior a la revolución había transportado grandes cantidades de africanos y confiaba en reanudar el negocio, tuvo, vencida, que ceder a las presiones británicas. Mediante sendos tratados firmados en 1815 y 1817, Inglaterra obtuvo de españoles y portugueses la promesa de liquidar gradualmente la trata. En 1820 la marina británica comenzó a patrullar las costas africanas. Veinte años después, la mayor parte de las potencias navales europeas había otorgado además a Inglaterra el derecho a regis-

trar sus barcos en altamar. A ello accedieron también, pasado 1850, los brasileños y finalmente, en el decenio siguiente, los Estados Unidos.

Únicamente España y Portugal no cedieron a las demandas de Inglaterra. La política exterior británica en esta época se empeñó especialmente en obligarlas a terminar con la trata. Exigió a ambas naciones y al nuevo estado de Brasil a declarar a la trata piratería; hacia 1830 logró que los tres países aceptaran la formación de comisiones judiciales mixtas cuya función era condenar toda nave sorprendida con cargamento de esclavos. Infringiendo una y otra vez lo acordado, españoles y portugueses pudieron continuar con la trata hasta la segunda mitad del siglo. Pero los bloques navales y las patrullas de los ingleses dificultaban cada vez más la labor de los tratantes. En 1850, las presiones militares y diplomáticas inglesas impusieron finalmente a Brasil, más receptivo, el cese definitivo del tráfico negrero. Los españoles, cuyas posesiones cubanas eran las más importantes que les quedaban, resistieron, aunque de vez en cuando dictaban alguna ley, totalmente ineficaz, a favor de la abolición. El transporte de africanos a Puerto Rico, de menor cuantía, cesó en el decenio de 1840; acabar con el de Cuba requirió a ingleses y norteamericanos juntos imponer, unos veinte años después, un bloqueo. Con este acto finalizó realmente la trata transatlántica.

Contra lo que los abolicionistas creían, el cierre del tráfico negrero no acabó con la esclavitud en América. Extinguida la trata, la población esclava dejó de menguar; donde se escatimaba su liberación, los esclavos nacidos en América empezaron a alcanzar tasas positivas de crecimiento. Los abolicionistas europeos y americanos juntaron fuerzas entonces para una acometida final contra la institución. La emancipación de los esclavos era, empero, una empresa bastante más difícil y costosa que abolir su trata. Los propietarios de esclavos enfrentaron, en las sociedades esclavistas más importantes, a los partidarios de la emancipación; y en cada caso ésta fue ganada sólo gracias a intervenciones políticas o militares. Los amos pelearon o aplazaron cada paso encaminado a la liberación de sus esclavos, mostrándose hasta el último momento dispuestos a mantener intacto el régimen. En las Indias Occidentales francesas e inglesas, en los Estados Unidos, en Brasil, en las islas bajo posesión española... el precio del esclavo se mantuvo alto hasta la abolición. Esta demostración de confianza en su poder por parte de los propietarios de esclavos explica el redoblado ardor con que los antiesclavistas tuvieron que luchar. Cuando por fin debieron aceptar su derrota, los amos reclamaron compensaciones en dinero por los esclavos liberados o el derecho a usar de ellos gratuitamente como «aprendices». Procuraron, pues, obtener más del costo de sus antiguos esclavos y mantener el control, aun después de la emancipación, sobre la fuerza de trabajo.

Los movimientos por la abolición de la esclavitud marcharon a ritmos diferentes en las diversas sociedades esclavistas. En Inglaterra y Francia cobraron fuerza entre 1820 y 1840, sobre todo cuando, frustrados, percibieron que su campaña contra la trata quedaba atascada en

el cenagoso terreno de una confrontación con las potencias navales del mundo. Tras innumerables peticiones a los parlamentos e interminables debates, a más de huelgas y desórdenes entre los esclavos de las colonias que culminaron con la rebelión de Jamaica de 1831 y 1832, el gobierno británico resolvió finalmente, en 1834, abolir la esclavitud. La reacción de los plantadores fue, empero, tan violenta que la metrópoli tuvo que acceder a sus demandas antes de liberar a los 668.000 esclavos de sus posesiones americanas. Los amos recibieron generosas compensaciones al contado y el derecho de usar, a partir de 1834, por seis años, a los esclavos como aprendices. Pero las huelgas y disturbios desencadenados por éstos persuadieron a las autoridades a acabar con el sistema compulsivo de trabajo. Para 1838, la mayor parte de las colonias británicas habían dejado de aplicar el aprendizaje.

La experiencia inglesa sirvió de lección a franceses y daneses diez años después. Otra vez, la obstinada oposición de plantadores y dueños de esclavos forzaron a los respectivos gobiernos a pagarles indemnizaciones al abolir, en 1848, la esclavitud. Pero también la denodada resistencia de los 174.000 esclavos franceses y de los 22.000 daneses disuadieron a ambas naciones de cualquier intento de introducir el aprendizaje; todos fueron liberados directamente. Cuando les llegó, en 1863, su turno, los holandeses tampoco intentaron negar a los 45.000 esclavos emancipados en Surinam y en sus colonias antillanas la libertad de residencia y de trabajo.

Donde los esclavistas controlaban el gobierno, la emancipación avanzó a paso más lento. Los grupos protestantes que habían sido tan eficaces en los movimientos abolicionistas parecieron gastar su empuje inicial en la abolición de la trata y la liberación de los esclavos de los estados norteamericanos de los Estados Unidos. El ataque contra el régimen esclavista sureño se demoraría hasta bien avanzado el siglo XIX.

En la mayoría de las repúblicas de Hispanoamérica lo corriente fue, tras su independencia política, la emancipación gradual de los esclavos. Decretaron la libertad de vientres, por la cual todo hijo de esclavo nacido a partir de cierta fecha era libre. Obligaron, empero, a estos nuevos libertos a servir por largos plazos como aprendices a sus antiguos amos. A la par, ningún esclavo nacido antes de las leyes dictadas durante el decenio de 1820 fue liberado. En estos estados la esclavitud se prolongaría, aunque en declinación, hasta mediados de siglo.

Este tipo de proceso puede ilustrarse con el caso de Venezuela, Colombia y Ecuador. Independizadas por Simón Bolívar y reunidas en una confederación, la Gran Colombia, su gobierno decretó en 1821 la libertad de vientres y estableció juntas locales de manumisión para recaudar unos impuestos especiales destinados a comprar la libertad de los nacidos antes de julio de ese año. Estos esclavos sumaban para los tres países entre 125.000 y 150.000. Con la desintegración de la confederación, el movimiento abolicionista pierde brío. Los poseedores de esclavos se las arreglaron para manipular las leyes en su favor durante los dos decenios

siguientes. Los contratos de aprendizaje se prolongaron de dieciocho a veintuno o veintiséis años de duración; los amos se aseguraron así el servicio de los libertos por un par de decenios más. Colombia hasta reanudó el comercio negrero al vender, hacia 1840, unos 800 esclavos a Perú. A mediados de siglo recrudecieron las presiones en favor de la emancipación total y, por fin, cada nación llevó a término, siempre con la promesa de compensación económica para los propietarios, la liberación de los esclavos restantes. Su número se había reducido a un tercio o menos del existente en el momento de la independencia. En Colombia, de los 54.000 que había al finalizar la era colonial, quedaban en 1851 16.000. En Venezuela, de 64.000 en 1810 disminuyeron a 33.000, incluidos manumisos, en 1854. Los 8.000 esclavos de Ecuador habían menguado a 2.000 al decretarse en 1852 la abolición.

Perú siguió una trayectoria parecida a la de sus vecinos del norte. El ejército libertador de San Martín decretó una emancipación progresiva, concretada, en julio de 1821, en una ley de libertad de vientres. Las leyes de aprendizaje mantuvieron a estos libertos trabajando para los amos de sus padres veinte años más. La lenta extinción de la esclavitud peruana fue alterada ocasionalmente por algún episodio violento, como el de la captura de la ciudad de Trujillo en 1848 por esclavos rebeldes de las plantaciones azucareras. Al abolirse definitivamente la esclavitud a fines de 1854, de los 89.000 esclavos habidos en Perú en 1821 quedaban 25.000. Sus amos fueron, desde luego, indemnizados. Las demás repúblicas sudamericanas recorrieron más o menos las mismas etapas. Bolivia declaró en 1831 libre a todo esclavo nacido de 1825, año de su independencia, en adelante. No dictó, empero, la abolición definitiva hasta 1851, cuando quedaban allí sólo 1.000 esclavos. Uruguay sancionó la libertad de vientres en 1825, lo cual no le impidió seguir importando esclavos de Brasil todavía en el decenio siguiente. La única diferencia aquí fue que, dispuesta en 1842 la abolición definitiva, los propietarios de esclavos no recibieron compensación alguna.

Chile y México destacan por haber declarado la emancipación plena desde el primer momento. Chile liberó a sus 4.000 esclavos incondicionalmente en 1823; fue, al parecer, la primera república americana en hacerlo. Argentina se le anticipó, en cambio, en comenzar el proceso, ya que en 1813 aprobó una ley de libertad de vientres. La abolición definitiva no se produjo, empero, hasta la sanción de su Constitución en 1853. México, que antes de su independencia conservaba 3.000 esclavos, emancipó a todos a principios de la década de 1830. El reducido número que quedaba en Centroamérica había sido manumitido en 1824, con indemnización para los amos. Al cabo de unos tres decenios, los gobiernos republicanos del continente habían eliminado la esclavitud, muchos usando el aprendizaje como forma de transición y pagando una compensación por lo menos parcial a los antiguos amos. La experiencia en las principales sociedades esclavistas que perduraban todavía después

de 1850 fue diferente a la de esta extinción relativamente pacífica de la esclavitud.

La abolición siguió en Brasil, las colonias insulares de España y los Estados Unidos un curso más dilatado. En la nación norteamericana, el movimiento antiesclavista, vinculado estrechamente con el inglés, llevó a cabo una larga e intensa campaña que culminó a mediados de siglo con una arremetida frontal contra la institución negrera. Aislado, sin embargo, en los estados norteros, la desaparición de la esclavitud en todo el país sobrevendría sólo después de una guerra civil. La violencia y la devastación acarreados por esta lucha terminaron de convencer a los pensadores cubanos y brasileños que la esclavitud era una institución sentenciada a muerte. Surgieron, pues, en el decenio de 1860 movimientos abolicionistas serios en Cuba y Brasil.

Para Cuba y Puerto Rico el problema se insertaba dentro de complejas relaciones entre metrópoli y colonia, en pugna por influir sobre un gobierno central con frecuencia cambiante y casi-siempre indiferente. El abolicionismo fue asociado, desde un comienzo, con el liberalismo español; pero los liberales no insistieron con demasiado ardor sobre este tema. En realidad, los abolicionistas más destacados e influyentes de España fueron criollos cubanos o puertorriqueños. En las Cortes de 1811 a 1813, los delegados de las colonias pidieron la emancipación gradual de los esclavos de todas las posesiones americanas. Estos intentos fracasaron. Los ataques más eficaces contra la trata española provinieron de Inglaterra. En 1815 y 1817, ésta y España firmaron acuerdos para suprimir la trata y establecer en La Habana comisiones mixtas encargadas de apresar los barcos negreros. De poco sirvieron los tratados. Los cónsules británicos residentes en Cuba se convirtieron por los dos decenios siguientes en los campeones locales de la causa abolicionista.

En la propia España sólo en las pocas ocasiones en que los liberales ocupaban el poder tenía lugar siquiera alguna discusión acerca de la esclavitud, como, por ejemplo, la suscitada por radicales cubanos en las Cortes de 1822 y 1823. Pero no habría otro gobierno liberal hasta fines del decenio de 1860. La presión inglesa logró acabar con el tráfico negrero a Puerto Rico hacia 1840; para cerrar el de Cuba se necesitó la intervención de la marina de los Estados Unidos durante la guerra civil de este país. Se debió también a la influencia de esta guerra la novedad de la creación de una sociedad abolicionista en España, fundada en Madrid en 1864 por un puertorriqueño. La revolución liberal de 1868 aprobó, por fin, por decreto de septiembre de ese año, una emancipación gradual. Esta ley de vientre libre no pudo ponerse en ejecución a causa de la debilidad del gobierno y del levantamiento de Cuba contra su metrópoli. Las autoridades y los diferentes partidos políticos españoles se habían convencido, de todos modos, de que la esclavitud estaba condenada a desaparecer. Hasta los conservadores apoyaron su abolición progresiva en julio de 1870. La ley, conocida como ley de Moret, disponía la libertad de los esclavos nacidos a partir de su promulgación

y el trabajo de estos «patrocinados» como aprendices hasta los veintidós años de edad, con la salvedad de que a partir de los dieciocho debían recibir medio salario. Ordenaba asimismo que todo esclavo de sesenta y cinco años o mayor debía ser liberado.

Durante la primera insurrección cubana iniciada en 1868, la ley de Moret se aplicó sólo en el bando de los leales a la metrópoli. En Puerto Rico la emancipación se llevó efectivamente a cabo con una serie de leyes dictadas entre 1872 y 1873. En Cuba, la acción del gobierno redujo rápidamente el número de esclavos. En 1869, éstos sumaban 563.000; en 1878, 228.000. La mitad de la baja ha de atribuirse a las reformas de Moret. Con cierta demora tras la derrota de los rebeldes, la ley fue puesta en ejecución en 1880 en la isla entera; en 1883 quedaban allí 100.000 esclavos. Como era de esperar por las anteriores experiencias de las colonias francesas e inglesas, los libertos se opusieron a la disposición relativa al aprendizaje y los no liberados reclamaron su emancipación inmediata. La agitación decidió al gobierno de Madrid a terminar con el sistema de aprendizaje y liberar a los esclavos restantes.

En contraste con estos forcejeos entre metrópoli y colonia, la lucha por la abolición en Brasil enfrentó a clases y regiones dentro del país. Los ataques contra la esclavitud, institución profundamente enraizada en la sociedad brasileña, fueron aquí más tardíos que en otras partes de América Latina. La demora no impidió, sin embargo, que fuera esta lucha una de las más encónadas. Un tratado firmado con Inglaterra en 1831, que declaraba ilegal la trata atlántica, tuvo escaso resultado. Su abolición fue finalmente aprobada ante la creciente presión de los ingleses, así como de la opinión pública brasileña encabezada por un grupo de intelectuales liberales de las ciudades. Siguió luego un decenio de tranquilidad, sin que se suscitara nuevas objeciones contra la esclavitud. La guerra civil norteamericana y renovadas campañas internacionales contra Brasil reabrieron, en los años de 1860, el debate. Para evitar la confrontación en ciernes, el grupo en el poder resolvió poner en ejecución una emancipación gradual.

En septiembre de 1871 Brasil aprobó la libertad de vientres. Los esclavos así emancipados debían servir como aprendices hasta los veintún años de edad antes de ser liberados plenamente. También se estableció un fondo público para comprar la libertad de los nacidos antes de 1872. Con estas medidas, el gobierno creyó haber resuelto la cuestión. De hecho, las agitaciones contra la esclavitud se apaciguaron y hasta 1880 los plantadores gozaron de una relativa tranquilidad.

Sin embargo, la nueva década se inauguró con movilizaciones populares en favor de la abolición, que esta vez impugnaban el fundamento mismo de la esclavitud. Sus dirigentes provenían, como de costumbre, de las clases altas. Pero en Brasil los hubo también mulatos y negros. De extracción diversa, entre ellos se encontraba desde un ingeniero como André Rebouças a un farmacéutico como José de Patrocínio, un político como Luiz Gama o un esclavo fugitivo como Quintano Lacerda,

jefe de una comunidad de 10.000 cimarrones en el puerto de Santos. A mediados del decenio se sumaron a las protestas trabajadores negros libres. Estos, aparte de ayudar a los huidos, en los muelles y en los ferrocarriles se negaron a transportar esclavos.

Por más que el gobierno resolvió abolir el tráfico interno de esclavos y establecer un impuesto sobre su venta local, las medidas no sirvieron para contener a las manifestaciones antiesclavistas. En 1884 los abolicionistas declararon a Ceará, en el nordeste, estado libre. De inmediato se organizó una red clandestina que ayudaba a los esclavos a escapar y refugiarse en Ceará. Los propietarios de esclavos, reaccionando contra esta creciente desobediencia civil, lograron que, entre otras disposiciones paliativas de septiembre de 1885 en favor del esclavo, se incluyera una ley que castigaba severamente a toda persona que socorriera a un esclavo fugitivo. La ley sólo sirvió para inducir a los abolicionistas a cometer nuevos desacatos.

La agitación fue en aumento. Otras ciudades declararon la abolición de la esclavitud dentro de su jurisdicción. El estado de Amazonas se alistó junto a Ceará libre y, de mayores consecuencias, São Paulo se convirtió en centro de grandes movilizaciones. En noviembre de 1886, huelgas de trabajadores libres, muchos de ellos de color, forzaron a la ciudad de Santos a declararse libre; al cabo de un mes residían en ese puerto 10.000 fugitivos. Aunque los propietarios de esclavos proclamaban que la emancipación estaba ya en marcha con las leyes aprobadas en 1871 y 1885, a ojos de los antiesclavistas las medidas apenas habían afectado la institución. El Fondo de Emancipación, creado en 1871, había liberado hasta 1888 únicamente 32.000 esclavos. Los que habían comprado su libertad y los manumitidos por el amo triplicaban ese número. En 1885 todavía permanecían esclavizadas 1,1 millón de personas.

La política de enfrentamiento abierto practicada por los abolicionistas a partir de esa fecha terminó por dar el fruto deseado —el desmantelamiento de la esclavitud. En 1887 el número de esclavos había disminuido a 723.000 y siguió en declinación. Ejército y policía se negaban a devolver a los fugitivos a sus amos. Las principales ciudades paulistas declararon abolida la esclavitud y su territorio zona libre. En ellas encontraban refugio los esclavos que abandonaban en masa los distritos plantadores del estado. La violencia escaló al distribuir algunos abolicionistas radicales armas entre los esclavos prófugos. La agitación se propagó a los estados más atrasados. Cuando hasta miembros de la familia imperial profesaron su adhesión al abolicionismo, poca esperanza les quedó a los amos de esclavos. En mayo de 1888 el gobierno decretó la emancipación inmediata y sin compensación de todos los esclavos. Caía así el más vasto régimen esclavista sobreviviente. Con él terminó la esclavitud americana.

Las marcas de la esclavitud sobre la vida de América perdurarían, en cambio, por mucho tiempo. El proceso de transición fue en América

tan largo y sangriento como había sido el de emancipación. En su curso sobrevino en la economía del mundo una transformación profunda. Cambiaron de mano o se perdieron grandes capitales; las agroexportaciones producidas antes por esclavos, destinadas a Europa y Norteamérica, cayeron, aunque a veces para recuperarse pronto. La adaptación a una mano de obra libre perturbó el funcionamiento de los centros de producción; algunos de los más viejos se desmoronaron y surgieron otros nuevos. Trabajadores asiáticos o europeos meridionales migrarían a América para ocupar los puestos abandonados por los esclavos. La mano de obra empleada en la plantación se modificó. Desaparecieron las cuadrillas estrechamente vigiladas y con abundancia de mujeres; la plantación pasó a emplear familias, dejando el control sobre las condiciones de trabajo a los propios trabajadores. La mujer abandonó las labores del campo; en la organización del trabajo se profundizó la división por sexo. Se intensificó el carácter de estacional de la ocupación, diferenciada por las épocas de zafra y de siembra.

La transición del trabajador esclavo al libre inauguró un nuevo capítulo en la lucha entre los antiguos amos y los esclavos por el control de la tierra y de la mano de obra. Ambos grupos pelearon con ardor, unos para mantener, otros para destruir el sistema tradicional de plantación. Los plantadores querían preservar como mejor pudieran las viejas instituciones y modos de organización laboral. Procuraron retener a sus esclavos emancipados primero como aprendices, luego como trabajadores asalariados baratos, sin acceso a tierras y con escasos derechos políticos, económicos o sociales. Los esclavos rurales liberados deseaban, en cambio, tierras y trabajar fuera de toda coerción. Aun cuando, sin tierra ni oportunidades de trabajo en otras partes, se quedaran en la plantación, rehusarían volver a las condiciones anteriores. Exigieron la remoción inmediata de sus esposas e hijas de las labores de campo, acabar con las cuadrillas, el pago en dinero y poseer en usufructo una parcela para sus propios cultivos.

Esta pugna, larga, dura, a veces violenta, entre plantadores y esclavos emancipados caracterizaría la vida de las antiguas zonas rurales esclavistas desde la abolición hasta los primeros decenios del siglo xx. Los gobiernos apoyaron alternativamente a unos u otros. Por más que estuvieran interesados en mantener la economía plantadora y en convertir a los antiguos esclavos en un proletariado rural desposeído de tierras, nunca permitieron el retorno a la esclavitud ni la conversión de negros y mulatos en enganchados.

En realidad, el desenlace del conflicto dependía en buena medida de la viabilidad económica de las plantaciones. Los plantadores con tierras nuevas o fértiles apropiadas para producir exportaciones cuyos precios internacionales se mantuvieron, pudieron encontrar una salida favorable, como emplear a los antiguos esclavos o inmigrantes enganchados. Aquéllos en la situación opuesta, con tierras agotadas o los precios de sus productos en declinación, tuvieron que ceder ante las de-

mandas de los antiguos esclavos o abandonar la agricultura de plantación. Por otra parte, la falta de tierra o de ocupación para los esclavos liberados salvó en ocasiones a productores marginales; pero también plantadores en excelentes condiciones perdieron de repente cuando los vaivenes del mercado mundial inclinaban la balanza a favor de los antiguos esclavos.

La historia de los regímenes de plantación tras la abolición muestra esta diversidad. En regiones azucareras nuevas como la Guayana británica, Surinam y Trinidad, los plantadores salieron adelante pese al alza del costo de la mano de obra provocado por la emancipación. En Cuba ocurrió otro tanto. En el oriente, de desarrollo reciente, y en el occidente de la isla las ganancias eran tan grandes y tan acuciante la demanda de mano de obra que incluso antes de la conclusión de la trata importaron cultivos chinos. En las grandes plantaciones donde trabajan codo con codo esclavos, negros libres asalariados y chinos enganchados, la transición a la mano de obra libre fue relativamente simple. Para la zafra atraían campesinos negros y mulatos en calidad de trabajadores estacionales. Sin necesidad ya de mantener una fuerza de trabajo esclava el año entero, se acentuó la estacionalidad de sus operaciones, con un definido período de «tiempo muerto».

La abolición supuso también una reorganización total de la producción azucarera cubana en las regiones más adelantadas. Imitando las *usines* inauguradas en Guadalupe alrededor de 1860, los cubanos adoptaron, en el último cuarto de siglo, el sistema de centrales. Esta concentraba la producción en gran escala en ingenios centrales mecanizados, adonde llegaba por ferrocarril la caña cultivada y cosechada en tierras dadas en arriendo a colonos. Por Cuba entera las centrales con su engambre de arrendatarios o pequeños plantadores reemplazaron a los antiguos ingenios.

En el nordeste de Brasil ocurrió un proceso similar de adaptación. Las plantaciones de Pernambuco y Bahía no tardaron en recurrir a la mano de obra libre local, compuesta por campesinos blancos, de color y caboclos, dedicados normalmente a una agricultura de subsistencia. Por más que entraron en crisis cuando sus antiguos esclavos se marcharon a tierras de frontera, con un mercado nacional en continua expansión y mantenido el volumen de exportaciones, los productores contaron con capital suficiente como para llevar a cabo, a fines de siglo, una concentración de la producción al estilo de la de Cuba, instalando grandes ingenios centrales, llamados usinas en Brasil. Una serie de graves sequías en la misma época forzó a antiguos esclavos a volver a sus viejas haciendas como temporeros. En Brasil la industria azucarera acentuó también la estacionalidad de su producción, hasta el punto de crear una dependencia funcional entre la agricultura campesina —que sustentaba a los trabajadores la mayor parte del año— y la mano de obra asalariada estacional que realizaba la zafra en las plantaciones de los *lavradores*.

En São Paulo el cambio tuvo sus peculiaridades. Los altos precios internacionales del café durante este período proveyeron a los productores del capital necesario para afrontar la transición. Con la ciudad de São Paulo y otros centros urbanos en plena expansión y la cercana frontera occidental abierta y bastante próspera, los manumisos de los cafetales paulistas encontraron tierra u ocupación, sin necesidad de comprometerse con los plantadores. Los antiguos esclavos desaparecieron de las plantaciones y de la noche a la mañana fueron reemplazados por mano de obra blanca.

Los hacendados cafetaleros, refractarios a la transición hasta el fin, habían empezado alrededor de 1870 a ensayar con otras formas de mano de obra. Importaron entonces europeos, que inmigraron sujetos a cumplir determinadas obligaciones. Estos primeros experimentos paulistas fracasaron; los europeos se resistían a aceptar contratos de trabajo sumamente restrictivos, similares a los que en otros lugares de América se forzaba cumplir a los asiáticos. Huelgas de estos trabajadores, la disminución de su flujo y la amenaza de los gobiernos europeos de cerrar esta emigración, apremiaron a los hacendados a idear un sistema de reclutamiento de mano de obra más libre y con mayores retribuciones. Los inmigrantes hallaban que la devolución del precio del pasaje cercenaba demasiado sus ganancias; rehusaron, por consiguiente, trasladarse a Brasil. En esta época, a los italianos que hubieran podido emigrar a los cafetales brasileños se les ofrecían además otras oportunidades en Argentina o los Estados Unidos. Quedaba, pues, como solución que los costos del transporte fueran absorbidos por los propietarios, quienes tuvieron, por otra parte, que aceptar el contratar a familias y no sólo a varones solteros. Gracias a la riqueza que habían acumulado con un mercado favorable y a su influencia política, los plantadores consiguieron que el gobierno usara recursos públicos para subvencionar la migración de familias italianas. Primero el gobierno de São Paulo y luego, tras la proclamación de la república en 1899, el gobierno central subvencionaron el traslado de unos 900.000 colonos que fueron a trabajar en las plantaciones de café.

El empleo de estos colonos italianos y sus familias acarreó una completa reorganización de la producción cafetalera. Al mismo tiempo, la frontera del café avanzaba desde São Paulo por el este y por el sur hacia Paraná. En 1910, la vieja clase de los hacendados retrocedía ante esta nueva frontera ocupada por pequeñas propiedades rurales, la mayoría en manos de italianos. Paraná se convirtió entonces en el centro de la industria brasileña del café.

En la Guayana holandesa y en la británica la transición se pareció a la brasileña. Los esclavos liberados abandonaron las plantaciones y fueron reemplazados por inmigrantes enganchados. En estas colonias continentales, como en las Antillas francesas y en las zonas azucareras inglesas de nueva planta, como Trinidad, se ensayó todo tipo de inmigración. Ingleses y franceses importaron, entre 1830 y 1860, trabajadores

africanos libres. Demasiado evocador de la trata negrera, el flujo fue detenido por los gobiernos metropolitanos. De 1830 a 1910, estas regiones, más Surinam, ingresaron 544.000 indios orientales destinados a los cañaverales. La mayoría de los culies chinos, unos 125.000, fueron, entre 1850 y 1880, a Cuba; sin embargo, otros 18.000 desembarcaron en las Indias Occidentales. Estas islas, más Surinam, recibieron, a partir de 1830, a lo largo de cincuenta años, unos 41.000 portugueses de las Azores que se incorporaron a la producción de azúcar. Con idéntico propósito los holandeses transportaron a sus colonias, ya iniciado el nuevo siglo, 33.000 javaneses.

Estas colonias azucareras se defendieron bien durante el siglo XIX, pero en los dos últimos decenios perdieron terreno debido a la continua caída del precio mundial del azúcar de caña por la competencia de la de remolacha y la pujanza y eficiencia de la industria en Cuba y, luego, en Santo Domingo. Decaídas las plantaciones por esta crisis, los inmigrantes asiáticos siguieron pronto los pasos de los antiguos esclavos y se establecieron en el campo como pequeños agricultores o en la ciudad como artesanos. En Trinidad y las Guayanas, asiáticos y negros constituyeron una compleja sociedad multirracial diferente a la de otros lugares de América.

En la América del Sur continental la abolición de la esclavitud sobrevino cuando la mayor parte de los afroamericanos era ya libre. Como los últimos esclavos eran casi todos servidores domésticos, los recién emancipados no se marcharon a la frontera ni se instalaron como campesinos. En centros urbanos de México, Perú y el nordeste brasileño, la gente de color siguió predominando en el mercado urbano de mano de obra; en toda suerte de ocupaciones, especializadas o no, estaba bien representada. En cambio, en las ciudades del sur de Brasil y de Argentina y Uruguay la pasable situación económica de los afroamericanos se deterioró por la avalancha de inmigrantes europeos, sobre todo los italianos, dispuestos a competir incluso en trabajos no calificados con los antiguos esclavos. Estos retrocedieron aquí a posiciones inferiores a las que sus congéneres ocupaban en sociedades sin inmigración europea. En Uruguay y Argentina los pocos antiguos esclavos que quedaban se mezclaron en las ciudades con los mestizos de las clases más bajas; pocos decenios después no se distinguían ya del resto del proletariado urbano nativo.

En las zonas rurales, los antiguos esclavos no se integraron ni fueron absorbidos. Como ocurrió en el Caribe y en el centro y nordeste de Brasil, se convirtieron en campesinos. En las repúblicas continentales de Hispanoamérica, donde los afroamericanos fueron siempre una minoría aun en la población rural, negros y mulatos liberados solieron agruparse en comunidades relativamente aisladas y autónomas, que poco se distinguían, a no ser por el color, de las comunidades vecinas de mestizos e indígenas. Numerosas agrupaciones negras de campesinos o de pescadores moteaban las costas del norte de Sudamérica. Las había

en ambos litorales oceánicos de Colombia, próximas a Guayaquil en Ecuador y también en Venezuela. En Guayana abundaban comunidades apartadas de negros cimarrones, así como, en las zonas agrícolas más desarrolladas, otras de antiguos esclavos. Grupos de negros campesinos hubo en Veracruz, México, y en el interior de Perú y Bolivia. En las yungas, zonas de cultivo de coca en las tierras altas de Bolivia, existieron pueblos de negros que hablaban español y aymará, vestían ropas tradicionales indígenas y ejercían las mismas actividades económicas que sus vecinos aymarás. No se casaron, sin embargo, con ellos y mantuvieron su aislamiento social y cultural hasta bien entrado el siglo xx.

La abolición de la esclavitud y la transición a una mano de obra libre modificaron la organización social, económica e incluso geográfica de las viejas sociedades esclavistas. Los modos de integración o de marginación de los esclavos liberados variaron de lugar a lugar. Lo corriente fue que, con tierras o sin ellas, permanecieran en las antiguas regiones de plantación, incorporados en los niveles socioeconómicos más bajos. Con poco o nada de capital, con capacitación sólo para una economía de plantación, ya en declinación, discriminados por su color, para la mayoría fue muy difícil ascender a otras posiciones. En algunas sociedades, como las caribeñas, el estancamiento económico acarreado por la emancipación limitó la movilidad social a unos pocos. En otras naciones, incluso prósperas, como Brasil o los Estados Unidos, los antiguos esclavos terminaron en las regiones más subdesarrolladas.

Para los hijos de los antiguos esclavos, la esperanza de mejorar sólo podía brindarla el escapar de las decaídas regiones e islas de plantación. Esta emigración no sería, empero, posible hasta que se produjeran importantes cambios en la economía internacional. El aislamiento de los negros y mulatos descendientes de esclavos fue quebrándose a consecuencia del incremento de la demanda de mano de obra en las zonas industrializadas de Occidente tras la primera y, sobre todo, la segunda guerra mundial. Antes de 1914 habían tenido lugar migraciones internas en el Caribe y en Sudamérica; pero éstas no alcanzaron sino dimensiones modestas. La construcción del canal en la reciente creada república de Panamá suscitó una demanda de trabajadores que fue en buena parte satisfecha por negros de las Indias Occidentales británicas. Estos llegaron también al litoral caribeño de Honduras, Belice y Guatemala. Allí, como en otras comunidades amerindias, por ejemplo la de los caribes, fue visible su influencia.

La declinación de la industria azucarera en la mayor parte de las Indias Occidentales británicas y de las exportaciones en Haití, dieron origen a intensos trasiegos de trabajadores entre las islas del Caribe. Así, en los decenios de 1840 y 1850, una considerable cantidad de barbadenses se trasladó a Trinidad. La prosperidad azucarera de Cuba y Santo Domingo atraía regularmente a numerosos trabajadores estacionales procedentes de Haití y las Antillas inglesas. Santo Domingo, con escasos habitantes, fue la única nación que desarrolló una producción

azucarera después de la extinción de la esclavitud. La demanda de mano de obra generada por la tremenda expansión de esta industria fue satisfecha por migraciones intercaribeñas.

Las migraciones de afroamericanos empezaron a cobrar verdadero brío a mediados del siglo xx. Negros y mulatos abandonaron sus hogares ya no en busca simplemente de trabajo, sino con la esperanza de encontrar oportunidades económicas y de mejorar su nivel de vida. De las Indias Occidentales se marcharon a Norteamérica y a Europa; los brasileños, sin cruzar fronteras, a los pujantes centros urbanos y zonas industriales del sur del país. Cubanos y peruanos se mudaron a las ciudades, e incluso los lugareños ecuatorianos a Guayaquil, para obtener así una mejor educación para sus hijos y una vida más acomodada para sí.

El cambiar de residencia y el abandonar regiones pobres y marginales no acabaron, empero, con el legado de esclavitud. Incluso quienes consiguieron educación, capacitación y capital descubrieron que el camino de ascenso no era para ellos tan llano como para los blancos pobres. En toda sociedad americana el color negro era una seña de identidad negativa; para subir en la escala social era indispensable «blanquearse». En América Latina y el Caribe la sociedad se caracterizaba no por una falta de prejuicios, sino por unas sutiles diferenciaciones creadas en torno al color. La clase era un factor tan poderoso para determinar la posición social, que los atributos de clase influían a menudo en la definición del color, cualquiera fuera el fenotipo de la persona. Un abogado negro sería, pues, mulato, y uno mulato, blanco. A su vez, los afroamericanos que prosperaban, acatando la visión racista de la sociedad en que vivían, solieron casarse con personas que habrían de blanquear el color de su descendencia. Gracias a la influencia de la clase en la definición del color, el papel del prejuicio fue en estas sociedades mucho más sutil y la discriminación menos precisa que en otros sitios como, por ejemplo, los Estados Unidos, donde el color se determinaba exclusivamente por el fenotipo.

Mientras negros y mulatos en ascenso aceptaron esos valores teñidos de racismo, otros rechazaron una aculturación que implicaba tanto la aceptación de pautas «blancas» como la negación de su cultura y de su color. Una manera de defenderse contra el prejuicio fue preservar la cultura propia en el aislamiento de poblados de antiguos esclavos. Otra fue crear expresiones culturales distintas mucho más vibrantes. Con la libertad se expandieron cultos como el candomble, el vudú, la santería, o surgieron otros nuevos, como el umbanda. Aunque perseguidos como manifestaciones de idolatría y de desorden social por los blancos de Cuba y de Brasil y por la élite mulata de Haití, los cultos afroamericanos, salidos a plena luz entre fines del siglo xix y principios del xx, terminaron por ser aceptados por la sociedad dominante. Algunos pensadores primero e importantes sectores dirigentes después comprendieron que estas creencias eran demasiado fuertes para ser destrui-

das, en especial después que los negros obtuvieron el voto y se transformaron en una fuerza política. Toleradas ahora, se multiplicaron sus iglesias y sus festividades callejeras, a las que a mediados del presente siglo empezaron a adherir mulatos y blancos. Aquello que había comenzado como signo de protesta y defensa de la propia identidad se convirtió, para bien o para mal, en rasgo distintivo, y a la vez complementario, de la cultura nacional. Así ocurrió a todas luces en Brasil, si no en Cuba, o en Haití también.

Las manifestaciones más ásperas del prejuicio racial fueron limándose por la acción de factores políticos y culturales. Con la aparición de gobiernos democráticos o representativos en las viejas sociedades esclavistas, los negros fueron ganando poder político. Al terminar el siglo XIX, casi todas las Antillas francesas e inglesas habían concedido el voto a los afroamericanos; en Cuba y en Brasil lo obtuvieron en los primeros decenios de la centuria actual. Las élites tradicionales se vieron, pues, forzadas a avenirse con los negros. En las colonias del Caribe donde los blancos eran pocos y el gobierno era designado por la metrópoli, el proceso fue rápido. En el decenio de 1860, los blancos de Jamaica cedieron su poder político a la Corona para evitar que el gobierno cayera en manos de levantiscos afroamericanos. En las islas francesas, negros y mulatos prevalecieron a la hora de elegir, en 1848 y 1849, los primeros representantes de la colonia ante la Asamblea Nacional francesa. París los privó luego, entre 1854 y 1870, de sus derechos. Los desórdenes desencadenados en Martinica obligaron, en 1871, a restituirles, y esta vez para siempre, el derecho a votar. De inmediato retornaron a París los representantes negros y mulatos. En Brasil, desde temprano las asambleas provinciales contaron con representantes de color; pero éstos debieron esperar hasta el siglo XX para lograr un avance sobre el gobierno nacional controlado por los blancos del centro y del sur. En Cuba, los gobiernos republicanos, aunque dominados por los blancos durante los primeros decenios, contemporizaron con las masas negras.

Junto con su poder político, fue creciendo la aceptación de las contribuciones negras a la cultura y a la identidad nacionales. Los blancos latinoamericanos de fines del siglo XIX, influidos por ideas europeas, creían en diferencias entre las razas y consideraban inferiores a los afroamericanos y a su cultura. La primera guerra mundial, tan calamitosa, puso en tela de juicio la legitimidad del imperialismo blanco; al mismo tiempo, las ciencias sociales en Europa y en Norteamérica, que empezaban a impregnarse de un creciente relativismo, proveyeron a los radicales latinoamericanos de nuevas perspectivas para valorar su propia cultura. Surgieron entonces, en los años treinta y cuarenta, doctrinas nacionalistas que exaltaron las contribuciones africanas a la cultura del país. Bastante paternalistas en sus primeras manifestaciones, estas nuevas ideologías sirvieron con todo para reforzar la oposición al «blanqueamiento» y reducir en alguna medida el costo cultural de la integración

en la sociedad dominante. En el Caribe, circunstancias similares dieron origen a movimientos, dirigidos aquí por intelectuales negros y mulatos, que realzaron la «negritud» y el valor de la cultura popular.

En todas estas sociedades diversos factores —expansión económica, urbanización, inmigración europea y emigración afroamericana— influyeron sin duda en las posibilidades al alcance de los descendientes de los esclavos para prosperar. Pese a muchas dificultades, en América Latina y Caribe las oportunidades de ascenso pudieron desarrollar una conciencia de sí mismos y de la legitimidad de sus necesidades y de sus demandas culturales. Dos o tres generaciones después de la abolición, la progenie de los africanos gozaba de un grado relativamente alto de movilidad y ajuste social. En sociedades más competitivas, la lucha fue más dura y costosa. En sociedades más tradicionales, donde las culturas afroamericanas se habían congelado en el aislamiento, pudieron, en cambio, disfrutar de una seguridad mayor, pero a costa de menores oportunidades de movilidad. Sea cual sea lo ocurrido, en las antiguas sociedades esclavistas de América Latina la presencia afroamericana se ha convertido en una parte habitual y aceptada de la cultura y de la identidad nacionales. En vísperas de que se cumplan los cien años de la liberación del último esclavo, el legado de la esclavitud puede todavía percibirse, sin embargo, en la continua discriminación y en impedimentos que se le oponen al afroamericano en su ascenso. Con todo, la descendencia de los esclavos africanos ha alcanzado cierta movilidad socioeconómica, poder político e integración cultural en esas mismas sociedades a las que sus progenitores fueron, muchos años atrás, tan brutalmente trasladados.

## Apéndices

CUADRO 1  
ESTIMACIONES DE LA POBLACION ESCLAVA EN AMERICA  
A FINES DEL SIGLO XVIII

Región/colonia	Número
CARIBE	1.122.000
Indias Occidentales francesas	575.000
Indias Occidentales británicas	467.000
Antillas españolas	80.000
BRASIL	1.000.000
ESTADOS UNIDOS	575.420
AMÉRICA ESPAÑOLA CONTINENTAL	271.000
México y América central	19.000
Panamá	4.000
Nueva Granada	54.000
Venezuela	64.000
Ecuador	8.000
Perú	89.000
Chile	12.000
Río de la Plata	21.000
<b>TOTAL</b>	<b>2.968.000</b>

FUENTES: Para las Indias Occidentales, Alex Moreau de Jonnes, *Recherches statistiques sur l'esclavage colonial...* (Paris, 1842), pp. 14 y ss.; María Luiza Marcílio, «The population of colonial Brazil», y Nicolás Sánchez-Albornoz, «The population of colonial Spanish America», ambos en Leslie Bethell, compil., *The Cambridge History of Latin America* (Cambridge, 1984), vol. II; Leslie B. Rout, Jr., *The African experience in Spanish America* (Cambridge, 1976), p. 95. Para los Estados Unidos, Bureau of the Census, *Historical statistics of the United States* (Washington, D. C., 1973), II, p. 1168.

CUADRO 2

ESTIMACIONES DE LA POBLACION DE COLOR LIBRE EN AMERICA  
A FINES DEL SIGLO XVIII

Región/colonia	Número
CARIBE	212.000
Indias Occidentales francesas	30.000
Indias Occidentales inglesas	13.000
Antillas españolas	169.000 *
BRASIL	399.000
ESTADOS UNIDOS	32.000
AMÉRICA ESPAÑOLA CONTINENTAL	650.000
<b>TOTAL</b>	<b>1.293.000</b>

FUENTES: Las mismas que para el cuadro 1 y David W. Cohen y Jack P. Greene, compils., *Neither slave nor free: the freedmen of African descent in the slave societies of the New World* (Baltimore, 1972), pp. 335 y ss.

\* Esta cifra total se divide en 54.000 para Cuba (1792), 35.000 para Puerto Rico (1975) y unos 80.000 estimados para la colonia española de Santo Domingo, que tenía entonces una mayoría de su población dentro de esta categoría, incluidos esclavos fugitivos de la colonia francesa de Saint-Domingue.

CUADRO 3

ESTIMACIONES DE LA POBLACION ESCLAVA Y DE LA DE COLOR  
LIBRE EN AMERICA ENTRE 1860 Y 1872

Región/colonia-nación	Esclavos	Libres de color
ANTILLAS ESPAÑOLAS	412.291	473.530
Cuba (1861)	370.553	252.493
Puerto Rico (1860)	41.738	241.037
ESTADOS UNIDOS (1860)	3.953.696	488.134 *
BRASIL (1872)	1.510.806	4.245.428
<b>TOTAL</b>	<b>5.876.793</b>	<b>5.207.092</b>

FUENTES: Las mismas que para el cuadro 1, más Kenneth B. Kiple, *Blacks in Colonial Cuba, 1774-1899* (Gainesville, 1976), p. 63; para Brasil, mi artículo en Cohen y Greene, compils., *Neither slave nor free*, p. 320; para los Estados Unidos, *ibid.*, p. 339, y U.S. Bureau of the Census, *Historical statistics*, I, 14; y para Puerto Rico, Luis M. Díaz Soler, *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico* (Río Piedras, 1953), p. 259.

\* De este total de libertos en los Estados Unidos, 261.918 residían en los estados esclavistas sureños, y el resto en los estados libres del norte.